

DISCURSOS

leídos en la

REAL ACADEMIA DE MEDICINA 3

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ACADÉMICO ELECTO,

DR. D. JOSÉ GÓMEZ OCAÑA,

EL DÍA 28 DE OCTUBRE DE 1900.

LA VIDA EN ESPAÑA.

— 308 —

GRANADA

Imprenta de las Escuelas del AVE-MARÍA, carmen de San Juan ó la Victoria

1900.

R. 29229

DISCURSOS

leídos en la

REAL ACADEMIA DE MEDICINA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ACADÉMICO ELECTO,

DR. D. JOSÉ GÓMEZ OCAÑA,

EL DÍA 28 DE OCTUBRE DE 1900.

LA VIDA EN ESPAÑA.



333



GRANADA

Imprenta de las Escuelas del Ave-María, carmen de San Juan ó la Victoria.

1900.

R.29229

DISCURSOS

leídos en la

REAL ACADEMIA DE MEDICINA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ACADÉMICO ELECTO,

DR. D. JOSÉ GÓMEZ-OCAÑA,

EL DÍA 28 DE OCTUBRE DE 1900.

LA VIDA EN ESPAÑA.



—300—



GRANADA

Imprenta de las Escuelas del Ave-María, carmen de San Juan ó la Victoria.

1900.

6243

LA VIDA EN ESPAÑA

DISCURSO DEL ACADÉMICO ELECTO,

D. JOSÉ GÓMEZ OCAÑA.

Señores Académicos:

UN nuevo favor tengo que pedirlos, y añadiré á la cuenta que os hace acreedores de mi gratitud, que no midáis mi voluntad por este discurso, á pesar de haberla puesto entera en hacerlo digno de vosotros; y si la medís, atended á lo ambicioso del tema, no á la flaqueza de su desarrollo. Ningún objeto que no fuese genuinamente español y de altura proporcionada á vuestro saber, me parecía oportuno, y cuando le tuve elegido y puse manos á la obra, fué cuando comprendí que no llegaban mis facultades adonde mis deseos.

Agravaba mis temores la consideración de venir á ocupar en esta Academia el sillón que por tantos años y con tan raro mérito, ocupó el que fué su Vicepresidente, Don Manuel Rico y Sinobas, crítico finísimo, de entendimiento delicado y vasta cultura.

En este mundo son precisos todos los talentos y aptitudes, y tanto hace por la ciencia el que cierra los ojos á los defectos y con sus elogios y alabanzas mantiene vivo el entusiasmo del investigador, como el que pone plomo á sus deseos y le hace reparar en las mil limitaciones, errores é impurezas de los sentidos y facultades humanas. Como Cl. Bernard, Rico y Sinobas tenía fé en la ciencia y desconfianza en los investigadores; pero el talento crítico del maestro español fué muy superior al del profesor

francés, y pocos le igualaron en hallar el lado flaco de los supuestos científicos.

Tuve el gusto de tratar un poco á D. Manuel Rico en los últimos años de su vida; he leído ó tengo noticias de muchos de sus trabajos, y me han hablado de él sus discípulos y amigos, que también lo son míos, Don Benito Hernando y D. Francisco Vifials; y con todo ello podría escribir con largueza. Mas no traigo la mención de sus obras para tratar de ellas, que á esta empresa no llega mi competencia; ni recuerdo su persona para escribir su biografía, que otros la escribieron como merecía; evoco su memoria, para rendirle el tributo de respeto y consideración que se le debe y para deciros que en sus escritos he hallado saludables ejemplos para componer bien un discurso, y más aún, enseñanza para no componerlo mal. ¿Los he aprovechado? Vosotros juzgareis.

Trataré de *la Vida en España*, tema que se me ha impuesto por su grandeza y por ser, dentro de la Sección de Higiene, el que más se relaciona con la Fisiología, objeto de los trabajos y escritos de mi carrera. Me propongo discurrir sobre cómo y cuánto se vive en España, para sacar en consecuencia la longitud y provecho de la vida de los españoles, si vivieran como se debe, hasta donde este deber está definido por lo que hoy se sabe.

Comprendereis, Señores Académicos, por la sola enunciación del tema de este discurso, que no es posible que lo desarrolle como se merece, aunque vuestra benevolencia me tasase en cien veces más de lo que valgo. Harto lograré, si consigo excitar el apetito de otras voluntades superiores á la mía y en posesión de mejores y más completos datos,

I.

Aleccionado por fracasos ajenos, ni intento siquiera definir la vida. Mi pretensión, más modesta, se reduce á tratar de la vida humana considerada como función que se desenvuelve en el tiempo, con manifestaciones é intensidad variables y con determinada finalidad. Vivir es trabajar, luchar, caer, levantarse, prosperar, multiplicarse, gozar, padecer y siempre en batalla para triunfar de la muerte y para asegurar la victoria á la descendencia. Vida larga, tranquila, alegre y aprovechada, y como término, la muerte natural sin agonía: ¡tales son los ideales siempre perseguidos y rara vez alcanzados por los humanos!

Fisiológicamente considerada, la vida es trabajo; y este supone fuerzas que han de vencer resistencias y producir un resultado útil. Por cuanto es trabajo, la vida es también economía; en tanto vence resistencias, la vida es lucha, y el triunfo en la lucha es producción.

Las fuerzas que en el trabajo de la vida se emplean, á excepción de las nerviosas, no difieren y son correlativas y equivalentes á las empleadas en la industria. Son: calor, contracción, movimiento y corrientes inervadoras; y se engendran en las mutaciones químicas de los principios inmediatos de nuestros alimentos y tejidos:

Los principios inmediatos de los alimentos pueden consumirse en nuestros tejidos, sangre inclusive, extraños á ellos, como se consume el carbón en una estufa; pero esto ocurre las menos veces. De ordinario las primeras materias de los alimentos se incorporan á los tejidos, y por interreacción con las de éstos resulta el desprendimiento de fuerzas. Aún cabe distinguir, en este supuesto, las materias que se incorporan á los tejidos, convirtiéndose en carne, caso de la verdadera asimilación, de las que se encuentran meramente almacenadas ó en reserva. De todo esto se des-

prende que los materiales transformados para producir fuerzas en el organismo, son los principios inmediatos de los alimentos, las reservas y los tejidos. En la dieta absoluta, se echa mano de las reservas (glucógeno y grasa), y cuando se agotan, pechan los tejidos con el gasto, sacrificándose, primero, los de funciones menos urgentes, hasta que llega el turno al sistema nervioso, y la vida se hace imposible.

A raíz de los descubrimientos de Lavoisier se creyó que el trabajo químico del organismo se reducía á una combustión directa de los tejidos por el oxígeno atmosférico. Luego se ha enseñado que las combustiones no son directas, ni siempre completas, sino indirectas, graduales y muchas veces parciales. No son el carbono y el hidrógeno los que se queman, ni el oxígeno procede todo del aire, ni son el anhídrido carbónico y el agua los únicos productos de la combustión. En el organismo dominan las operaciones productoras de calor; pero no están excluidas las endotérmicas; se combustionan grasas, ácidos orgánicos, alcoholes y protéicos; la combustión se hace por grados, y no pocas veces por desdoblamientos, y en ella interviene no sólo el oxígeno atmosférico, sino también el que se contiene en los alimentos y tejidos (1).

Por el origen de las materias transformadas, parece el hombre un parásito, pues en su organismo consume lo que los vegetales y animales han producido. Los animales carnívoros viven de los herbívoros, estos de las plantas, y las plantas del suelo, de las aguas y de la atmósfera. En los vegetales hay que buscar el origen de los medios de sustento, y les corresponde la exclusiva en la fabricación de la materia orgánica más excelente, la protéica. El gran parásito humano puede industrializarse para sacar grasa y glucógeno de los protéicos, y aun puede elevar la estructura de és-

(1) Son ya antiguos los cálculos de Vierordt, en donde figuran, por individuo adulto y término de 24 horas, 944 gramos de *O.* excretado, contra 744 gramos que importa el absorbido por la respiración. Los alimentos suplen los 200 gramos de *O.* Desde el año de 1878, en que estos cálculos se publicaron, hasta la fecha, se han hecho multitud de experimentos, y los resultados varían; pero se confirma la contribución del *O.* de los alimentos.

tos y convertirlos en carne de sus carnes: lo que no puede es producirlos, y por eso ha dependido, depende y dependerá de la agricultura y de la ganadería.

Pero las plantas que han de sustentar á los hombres y á los animales viven del sol, del agua, del suelo y de la atmósfera, y de aquí la dependencia de los pueblos á su terreno, cuando son sedentarios ó agricultores, y las emigraciones de los ganaderos ó nómadas. Sin embargo, por su superior industria, el hombre se ha redimido de su condición de parásito de la tierra, ganándola y tornándola de esquivo en amable, de estéril en productiva, de húmeda en seca y de seca en húmeda. Sin contar á Babilonia (citada por Yhering) que fué un jardín en otro tiempo y es hoy campo yermo y desolado, seco unas veces y devastado por el torrente otras, en nuestros días vemos más rica á Holanda, envuelta en brumas y disputando su terreno á las aguas, que el Egipto bajo un sol de fuego y con su divino río, que riega y abona la más fecunda tierra del mundo.

Destruir los animales y las plantas por malevolencia y sin utilidad, es un abuso de fuerza que se vuelve contra el que lo ejercita. No cultivar el suelo es condenarse al hambre. Producir caro es la ruina en la competencia. La vida del hombre depende en primer término de su industria agrícola.

Es una máquina la humana que se desgasta con el trabajo, y en esto se parece á las de nuestra invención, diferenciándose de ellas en que con las primeras materias de su industria se construye y repara á sí misma. Los alimentos que, transformados son el origen de la fuerza del organismo, sirven á la vez para producir, sustentar y reparar los tejidos.

El valor dinámico ó tanto de fuerza que puede producir la unidad de materia transformada, depende de su naturaleza química, y así, en el calorímetro y en el organismo un gramo de grasa produce 9,3 calorías y 4,1 un gramo de almidón ó de albúmina. Pero una cosa es el valor y otra la utilidad. Un hombre que no carga un quintal de peso, lo arrastra fácilmente, valiéndose de una carretilla, y eso que al peso movido tiene que añadir el de la máquina. Lo mismo ocurre en el cuerpo humano, en donde

la utilidad depende más que del caudal, de la economía de su empleo.

Los organismos muéstranse prodigios de economía, desde cualquier punto de vista que se los considere. Por lo que hace á espacio, encájanse unos elementos en otros, resultando un macizo muchas veces inextricable; empléanse los órganos, ejemplo el hígado (1) en múltiples oficios, y por lo que se refiere al tiempo, los conductores nerviosos son modelo de ahorro en la transmisión.

Máquina de mucho trabajo y sin otro caudal que las operaciones químicas, necesita la animal de cierta temperatura, y está tan bien dispuesta, que la función de sus órganos internos se vuelve á utilizar bajo la forma de calor: precisamente por producir calor no dan los músculos como movimiento, más de una quinta parte de las energías que ponen en libertad.

De otra parte muéstrase la economía en el vivir mediante compensaciones sabiamente dispuestas para que con un tanto de materia y de fuerza, que empleadas de una vez no alcanzarían al desarrollo silmultáneo de todos los órganos ni á las funciones todas, se satisfagan, sin embargo, mediante alternativas de excitación y remisión, y turnos en la evolución anatómica.

Mas en ningún animal se ostenta la economía en grado tan alto como en el hombre y singularmente en sus funciones cerebrales. Las energías que el cerebro gasta las multiplica la inteligencia, de suerte que al servicio del hombre se ponen el calor, la luz, la fecundidad de la tierra, la fuerza de las aguas y de los vientos, la electricidad, el trabajo de los animales y el ahorro de las plantas.

(1) Hasta hoy se conocen seis funciones del hígado, á saber: segregar bilis, formar glucógeno, producir grasa, fabricar glóbulos, trasbordar oxígeno y retener ó neutralizar venenos.

II.

El trabajo vegetativo tiene por objeto transformar los alimentos (oxígeno y agua inclusives) para el sustento y medro del cuerpo y sus funciones. Al efecto, los alimentos son digeridos, absorbidos, transformados y asimilados; pero en todos estos trámites se pierde algo, pues ni se absorbe por la sangre todo el oxígeno inspirado, ni se digiere todo lo que se come, ni se absorbe completamente lo digerido, ni lo absorbido se asimila por entero. Es más: las aptitudes digestivas absorbentes metabólicas y asimiladoras son limitadas y variables en los individuos y cuando la alimentación las supera, es patológica la resultante, ya se localice en el tubo digestivo (indigestión), en la circulación (plétora), ó en las intimidades del organismo (retardo nutritivo). Quiere decir, que la nutrición sólo está bien en lo justo, y tanto se perturba por exceso como por defecto. El exceso, sobre no nutrir más, como el vulgo cree, arruina la nutrición, pues pone á prueba las fuerzas digestivas y absorbentes, y obliga al trabajo de arrastrar por todo el cuerpo la materia sobrante, hasta transformarla ó excretarla.

Desde luego la ración alimenticia varía con la edad, sexo y demás condiciones individuales, y con el clima y los trabajos; pero aun supuesto un individuo en determinadas circunstancias, es imposible *à priori* señalar la cuantía exacta de su ración. Lo que sucedía á los héroes de nuestra inmortal novela, se observa á diario en cualquier pueblo y en todos los climas: Individuos de mucho trabajo, complexión recia, madrugadores, trasnochadores, con el cerebro en combustión, y á pesar de ello, atendiendo poco y mal al gobierno de las tripas. Formando contraste con estos Quijotes, encuéntranse doquier Sanchos, nunca hartos, golosos, perezosos, dormilones y de carnes blandas, máquinas dispendiosas, caras para ellos

y para sus familias. Y como para todos los nacidos la combustión de un gramo de grasa produce las mismas calorías, el toque debe estar y está en la administración de las energías y en la delicadeza de la máquina, que sin rozamientos y sin pérdidas rinde su trabajo útil (1).

En la ración alimenticia debe de entrar el agua que se contiene en todos los alimentos y bebidas, y carece de valor en los pueblos bien administrados; las sales que van con las aguas, alimentos y condimentos, y tampoco tienen valor en la cantidad pequeña que se consumen; los hidratos de carbono, que son los principios inmediatos, cuya digestión más garantías ofrece, pues no hay jugo digestivo que no los disuelva y son, además, el alimento de los músculos; los protéicos indispensables á la economía por incapacidad de esta para producirlos; y las grasas, de mucho calor de combustión, difíciles de digerir; pero fáciles de absorber.

Esta vida, que parece tan cara, es barata por lo que al sustento se refiere. Un hombre adulto que no crece ni gana peso, ni realiza trabajo exterior alguno, fuera de los indispensables á la vida, puede mantenerse, calculando por bajo y suponiendo que todo el alimento se utilice, con 0,35 de peseta al día (2); mas es de advertir, que el régimen presupuestado en es-

(1) En la ración de entretenimiento de un hombre adulto debe de entrar de dos y medio á tres litros de agua, de 25 á 30 gramos de sales, de 400 á 500 de hidratos de carbono, de 75 á 120 de protéicos y de 75 á 125 de grasa, todo ello en las 24 horas. Semejante ración, si se utilizara por completo, produciría de 2700 á 3700 calorías.

(2) El cálculo está hecho en relación al presupuesto nutritivo antes mencionado y á los alimentos más baratos. También conviene con las cantidades que asigna el Estado para la ración de los soldados, 0,42; 0,45 de peseta; y por la de los penados, 0,42, sin contar el pan. Si los 100 gramos de protéicos, por ejemplo, los quisiéramos sacar de los huevos de gallina, costarían caros, 1,50 pesetas, próximamente. Más baratos, aunque todavía desproporcionados para la bolsa del pobre, resultarían obteniéndolos de la leche de vacas, pues se necesitarían casi 2 y 1/2 litros, que costarían de 0,65 á 1,25 pesetas. También costarían, 1,20 pesetas los 600 gramos de carne limpia de buey que serían menester. Por fortuna para los pobres, en un kilogramo de pan de trigo necesario para rendir los 400 ó 500 gramos de fécula de la ración, se contienen de 70 á 160 gramos de protéicos. Las habas, que son baratas, producen de 17 á 33

ta cantidad, á la larga da al traste con la salud, no por estar compuesto de alimentos vegetales (1), sino porque es maravilla que toda la ración se digiera, absorba y utilice. Pero si 0,35 no bastan, pongamos el doble, y la nutrición quedará satisfecha.

La ración aumenta ó debe aumentar en la época del crecimiento, en invierno para defenderse del frío, en la convalecencia de las enfermedades, y cuando se trabaja, en proporción de la tarea.

III.

Dotado el hombre de sensibilidad, de movimiento y de razón para conocer de sí mismo y de cuanto le rodea, y obrar en consecuencia, sirvenle de instrumentos el sistema nervioso y los músculos.

El sistema nervioso, en su más simple expresión, redúcese á la neurona, y la especialidad de ésta consiste en producir, por influencia de las congéneres ó por su propio metabolismo, una energía que no tiene igual en el mundo físico. Cuando las neuronas no hacen más que derivar por su cilindro-eje las corrientes que por las prolongaciones protoplasmáticas reciben, decimos que su función es refleja, y la llamamos automática, cuando la neurona produce la descarga en virtud de su propio metabolismo. La función refleja resulta clara, no tan clara la automática y muy turbia la cerebral. Hasta ahora alcanzamos mucho de las proyecciones sensoriales, no poco del concierto motor y algo de las asociaciones sensorio-motoras;

por 100 de albuminoides, cuando están secas, y en segundo orden, por su mayor valor y menor cantidad de protéicos, van las habichuelas, lentejas, garbanzos, guisantes, etc., etc.

(1) Con vegetales exclusivamente viven los animales herbívoros y han vivido y viven muchos hombres. Sin embargo, hay que contar con que el nitrógeno en las plantas no constituye sólo albuminóides, sino que entra en las amidas y otros cuerpos, cuyo valor de combustión es inferior al de aquéllos.

pero á las alturas de las ideas y de las voliciones, ¿quién podrá decir cómo se excitan las neuronas por la voluntad?

Los músculos se gobiernan por los nervios y rinden su trabajo en forma de calor y movimiento, y en este doble aspecto son los únicos motores del cuerpo humano y el tejido que, después de las glándulas, produce más calor. Desgraciada fué la comparación del músculo á una maquina térmica, pues ni responde á la ley mecánica en que éstas se fundan, ni su trabajo resulta de la transformación del calor en movimiento. Lejos de eso, el calor y la contracción se producen simultáneamente por la transformación en fuerzas vivas de un trabajo de tensión que Chauveau denomina trabajo fisiológico. Puede darse el caso de que el músculo realice todo su trabajo fisiológico transformándole en calor, sin que haya lugar á movimiento alguno (contracción esteril). Lo que no se da ni puede darse es el caso inverso: un músculo que rinda su trabajo fisiológico totalmente en forma de trabajo mecánico. Todo lo más que como trabajo útil puede producir es un sexto próximamente de las energías transformadas en fuerzas vivas.

Aparte del valor de los músculos en las funciones vegetativas, hay que considerarlo en las animales, y gracias á ellos, puede el hombre hacer patente su voluntad.

Del trabajo animal ningún hombre se libra; pero mediante la inteligencia puede economizarse mucho. Sin mover los músculos respiratorios, cambiar de postura ó de habitación ó de lugar, vestirse, desnudarse, buscar la comida, aunque esté á punto y la mesa puesta, etc., etc., nadie vive; mas son pocos los hombres y los animales que se limiten á éstos movimientos, estando sanos. El pájaro prisionero en la jaula, mimado, con comida, bebida y baño seguros, jaula limpia y sin celos ni ocupaciones, obedece en sus continuos giros á una necesidad de moverse. Lo propio ocurre al niño á quien mantienen los padres, ó al rentista ocioso, uno y otro se buscan quehaceres y jamás se condenan voluntariamente al reposo. Es ley de la vida el movimiento; pero una cosa son los ejercicios liberales, que se toman y se dejan segun la afición ó los caprichos del momento,

y otra son las ocupaciones regulares que pesan sobre el hombre para procurarse hacienda, conservarla ó atender al sustento propio y al de los hijos. A estas ocupaciones se las llama simplemente trabajos y responden á la maldición bíblica, «ganarás el pan con el sudor de tu frente.» Muchos trabajadores, por mala administración de sus fuerzas, pierden la vida en ganar para ella.

El tanto de energía que representa el trabajo varía mucho en los diversos oficios, y aun para uno mismo, según los países y las estaciones. Así, por ejemplo, no trabaja lo mismo un tipógrafo que un cavador, ni este como un marinero en día de zozobra, ni un cantero como un maquinista. No es igual el trabajo de la siega en una atmósfera abrasada que talar bosques en el invierno, y con todo ello quiero apuntar las inmensas dificultades con que lucha el cálculo para establecer una ración de trabajo (1). En España, hasta la fecha, no se han realizado experimentos, por falta de material idóneo, y los datos que poseemos de los fisiólogos del Norte vienen muy holgados á nuestros sóbrios compatriotas.

(1) El siguiente cuadro, que traduzco del *Dictionnaire de Physiologie* de Richet, ha sido compuesto sobre los datos que resultan de las investigaciones de Peltenkofer, Voit, Foster, Playfair y otros, y pertenecen á Rubner.

Clase de trabajo.	Ración bruta en 24 horas.	Ración neta (deducidas las heces.)
Reposo en ayunas.....	»	2.304 calorías.
I. Médico empleado.....	26.31 calorías....	2.445 id.
II. Trabajo moderado, oficial de carpintero, soldado.....	3.121 id.	2.868 id.
III. Trabajo intenso, obrero que hace girar una rueda.....	3.659 id.	3.362 id.
IV. Mineros, mozos de labranza, leñadores.....	5.213 id.	4.790 id.

IV.

Por ser destello divino la razón, el hombre se alza sobre lo creado, lo somete á su dominio y aspira á la inmortalidad. Desde que se nace no hay nada más lógico que la muerte, y sin embargo, vemos morir á nuestros padres, á nuestros hijos y á nuestros amigos, y siempre miramos adelante como si nunca hubiera de llegar nuestra última hora. Por una suerte de seductor optimismo jamás creemos en nosotros los males ciertos que vemos en los demás y nos afanamos por el futuro como si hubiéramos de vivir siempre. Y cierto que no nos debemos morir, porque nos prolongamos en nuestros hijos, no solo fisiológica y moralmente, sino hasta de un modo material y corpóreo.

No, la vida no acaba con la persona, y si la muerte es tan temida, es por el aparato que la rodea, por el espanto que por tradición le añadimos y porque el número mayor llega á la antesala del sepulcro vencidos, sin haberse perfeccionado, con la tarea semiacabada ó sin realizar misión alguna. Los menos creyentes temen á lo desconocido de ultratumba y los que ni este temor experimentan, sienten caer en la eternidad sin que su nombre les sobreviva por las obras ó por los ejemplos. Muchas veces volvía de Cátedra pensando en la muerte y eso que yo explico vida; pero vida amenazada y por amenazada siempre á la defensiva. Volvía, repito, de explicar Fisiología, y de vez en cuando me encaminaba en busca de mi buen amigo D. Cristobal Pérez Pastor. Hablábamos casi siempre de Cervantes y de regreso á mi casa me decía; esto es vida y los Príncipes del ingenio ni mueren ni dejan morir á las personas con quienes tratan. Cada vez que uno de vosotros os regocijáis con el *Quijote* entráis en comunicación con *el regocijo de las musas*, con él habláis, reís ó lloráis, y estoy á punto de decir que os entendéis con él mejor que con persona actual y corpórea. Cuando veo vigentes la lógica de Aristóteles, el teorema de Pitágoras y

el principio de Arquímedes; cuando veo que no han sido superadas la retórica de Demóstenes y la estatuaria de Fidias; cuando aún Horacio es preceptor literario y comparo esto que vive con tantas cosas como han muerto, no puedo menos de decirme: No mueren más que los malos y los estériles. Los descubridores de grandes verdades, los que aciertan á dar forma á la belleza, los que dejan ejemplo de virtud que imitar, los redentores de sus pueblos, los hombres de provecho, en suma, esos viven siempre.

Con la razón vive el hombre, por ella torna el mal en bien y se redime de parte del trabajo animal, haciendo que los animales domésticos ó las fuerzas naturales trabajen por él. Para algo hemos venido á éste mundo, y este algo será tanto más elevado cuanto menos nos ocupe y preocupe la posesión de los medios de sustento.

Lejos de ser cierto el principio de Malthus, de triste celebridad, ocurre todo lo contrario, y al multiplicarse el hombre se multiplican los combatientes contra la esterilidad, el dolor y las enfermedades. ¡Decir que los nuevos nacidos no tienen puesto en la mesa, cuando se encuentran sin cultivo las dos terceras partes del planeta, es desconocer la fuerza creadora de la inteligencia humana! Vivir no es cruzar esta existencia desde la cuna á la sepultura, parásitos de la tierra ó de los que trabajan. Vivir es producir y tratar de apartar el dolor de la condición humana. El que no produce es un muerto que vegeta ó un vegetal que se mueve, y al cabo las plantas son fábrica de alimentos para los animales.

¿Cuánto vale el trabajo racional? Poco, si se atiende al aumento de la combustión que suponen las funciones cerebrales; muchísimo, si de ese trabajo resulta el cultivo de los cereales, el descubrimiento de la circulación de la sangre, la pila de Volta, el *Quijote*, las Meninas, de Velazquez ó el Entierro del Conde de Orgaz, del Greco.

V.

Se vive mal en todas partes, y no es de las mejores la vida en España. Consolémonos: que fué bastante peor en los pasados siglos y la mejoraremos en el venidero, si á ello nos aplicamos.

Para juzgar de la vida de nuestros antepasados, hemos de atenernos á su hacienda, á las guerras que provocaron ó les movieron y á las casas que habitaron, y cuando esto no baste, á las costumbres, que se pintan en las comedias y novelas de la época. Casi abandonados los campos por falta de brazos y desdeñados los oficios y las industrias (1), la masa de la monarquía Española, en los siglos XVI y siguientes, se componía de un enjambre de parásitos, que tal nombre merecen los que viven de lo que otros producen.

Contrastando con la decadencia de la agricultura, de la industria y del comercio, eleváronse á tal altura las Bellas Artes, que con razón merece el XVII, el título de siglo de oro. Cervantes, Lope de Vega, Tirso, Espinel, Quevedo, Calderón y Alarcón, en la literatura; y Velázquez, Ribera, Murillo y Alonso Cano, en la pintura, immortalizaron la época de los tres últimos Austrias, y cuando estos perdieron un imperio, aquellos ganaban para España laureles inmarcesibles. Distinguiéndose entre las de más Naciones, la nuestra reconoció á sus genios y los honró como tales. Sin em-

(1) «Yo soy montañés de junto á Santander, del valle de Cayón, aun que nací en Andalucía; llámome Marcos de Obregón, no tengo oficio; porque en España los hidalgos no lo aprenden, que más quieren padecer necesidades ó servir que ser oficiales, que la nobleza de las Montañas fué ganada por armas y conservada con servicios hechos á los Reyes, y no se han de manchar con hacer oficios bajos, que allá con lo poco que tienen se sustentan pasando lo peor que pueden, conservando las leyes de la hidalguía, que es andar rotos y descosidos, con guantes y calzas atacadas.» Vicente Espinel. *El Escudero Marcos de Obregón*. Parte segunda. Descanso 8.^o

bargo, hasta las artes trascendía la pobreza nacional, y no sólo estaban sin dinero los autores, achaque corriente de todos los siglos para la mal administrada gente de pluma, sino que se pagaban á precios ínfimos las obras del ingenio. (1)

La democracia frailuna, así llamada por Menéndez y Pelayo (2), dulcificaba un tanto aquel estado, porque abiertas á todos las puertas de los conventos, por ellas se podía entrar con hambre y salir de Consejero de Castilla; pero en la apariencia y en el fondo se arrastraba, sobre todo por la clase media, vida miserable. Esta miseria hacía que se borrasen á menudo las diferencias entre el pícaro y el caballero (3): si el hambre apretaba, el caballero decaía en pícaro, en tramposo ó en fullero; pero bastaba un puntillo de honor para que el pícaro volviera á su condición caballeresca.

No era tan dura la condición del villano, y si actualmente ha ganado

(1) 1,600 reales pagó Francisco de Robles á Cervantes por sus *Novelas Ejemplares* y no mayor cantidad recibiría éste por el *Quijote*; Vicente Espinel cobró 1294 reales por su *Escudero Marcos de Obregón*; Agustín de Rojas 100 ducados por su *Viaje Entrelenido*, y 900 reales ganó con su *Romancero Espiritual* el Maestro Josef de Valdivieso (Pérez Pastor, *Documentos Cervantinos* y otros inéditos).

El gran Velázquez fué recibido en Palacio con 20 ducados de salario, al mes, se le concedió por la despensa la misma ración en especie que á barberos, y aunque más tarde fué ascendido y condecorado, no es menos cierto que figuraba en la misma nómina que los bufones, que cobró 100 ducados por *Los Borrachos*, y que al morir le debía la administración palaciega 54,824 reales. (Octavio Picón. *Vida y Obras de D. Diego Velázquez*. Madrid, 1899, páginas 47, 176 y 177.)

Por lo que hace á la música, puede considerarse como excepción afortunada la prebenda que gozó Espinel en su cargo de maestro de la Capilla del Obispo de Plasencia, en Madrid, con 1.200 maravedises al año y otros gajes. No ganó siempre con su música Espinel, y hé aquí cómo se expresa con respecto á las lecciones de canto que daba en Salamanca: «El menos desamparado de las armas reales era yo por ciertas lecciones de cantar que yo daba; y aun las daba, porque se pagaban tan mal que antes eran dadas que pagadas; y aun dadas al diablo.» (V. Espinel. «Vida del E. M. de Obregón» R. 1.^a. D. XII.)

(2) *Calderón y su teatro*. Madrid, 1881, página 61.

(3) Menéndez y Pelayo, loc. cit., pág. 66.



menos, tampoco perdió tanto en los pasados siglos. El destripaterrones de antaño mataba sus hambres con pan y cebolla, comía de lo que el campo daba, y para librarse del frío, nunca le faltaba leña en el monte ó el establo caliente.

Para los hidalgos no había otros refugios que *la Iglesia, el mar ó la Casa Real*; y cuando no eran militares, ni eclesiásticos, ni empleados, ni negociantes perecían de hambre, á pesar de sus ejecutorias. Famélicos, tiritando de frío en lo crudo del invierno, bajo un traje más de apariencia que de abrigo, derrochaban el ingenio para ocultar los defectos del vestido y del calzado, y la daban de galanes enamorados, con fe en Dios y confianza en sí mismos.

Con esta mezcla de valor y de flaqueza, con el aprendizaje de siete siglos de guerras, endurecidos en la lucha con la adversa suerte, y alentados con la fe religiosa, aquellos hidalgos pasaron victoriosas sus banderas por todo el continente americano, y *nutrieron la población aventurera que iba derramando su sangre por todos los campos de batalla de Europa* (1). Cuanto puede el esfuerzo individual para triunfar del clima extremado, del suelo pantanoso y pestilente, del hambre y de la sed, de los ríos y de los mares, de las enfermedades y de los hombres, lo lograron los españoles en sus conquistas de los siglos XV y XVI. Desgraciadamente, mientras nuestros hidalgos morían en la Florida, en Chile, en Filipinas, en Italia, en Francia y en Flandes, la población y la riqueza menguaban en España, dando lugar, como juiciosamente advierte Salillas (2), á que la picardía se amparase de la Corte y de los lugares de mayor concurrencia, logrando figurar como argumento de las novelas de Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, Vicente Espinel, Cervantes y Quevedo. El único libro en que se velan estas lacerías es el *Quijote*. En la historia del Ingenioso Hidalgo, no hay personaje antipático, la pobreza no es aborrecible y alterna con la abundancia (3).

(1) Menéndez y Pelayo. Obra citada.

(2) R. Salillas. *Hampa*. Madrid, 1898.

(3) Recuérdese la cena de los cabreros, compuesta de pan, tasajos de cabra, bellotas, queso y abundante vino. Salvo el *mal remojado y peor*

Las casas de nuestros abuelos eran asiento de toda incomodidad. Más bien bajas que altas de techo, con ventanales mezquinos, mal ventiladas y sombrías, la cocina en el peor lugar de la casa, frontera al excusado, y una y otro repartiendo sus olores por el resto de las habitaciones. Lo que faltaba de comodidad solía sobrar de solidez, y así las casas, se construían pesadísimas, con muros espesos, y á poco calificado que fuese el propietario, sobre todo en Vizcaya y Cantabria, se fabricaban de sillería, se reforzaban con torres y cubos y se adornaban con escudos, pareciendo por fuera fortalezas y tristes prisiones por dentro. Y lo eran en efecto, pues presos en su vanidad y pobreza vivían los hidalgos en sus casas solitarias.

De todo aquello que fué, perdimos la fe y la confianza, y nos queda el espíritu de aventura, el horror ó, cuando menos, el desdén por los oficios, el dejarlo todo para última hora, como si los problemas de la vida se resolvieran con el esfuerzo de un momento, la afición á la carrera de las armas, la tendencia parasitaria y el caciquismo, que es su última consecuencia. Nos quedan, además, cualidades de primer orden, como son la sobriedad, el buen pecho para hacer frente al infortunio, la viveza de la imaginación, la perspicacia, la habilidad manual, la sencillez y la moralidad de la vida privada. ¿Qué nos falta para sacar producto á tantas cualidades buenas? Educación. «Educar es instruir y hacer costumbres» (Manjón).

Las revoluciones han hecho cambiar de manos el poder y la influencia, pero dejando sin modificación alguna el carácter y las tendencias. Los hijos de nuestros grandes terratenientes se hacen abogados, y cuando vuelven á cuidar de sus haciendas las labran como sus abuelos. Peor todavía si las dejan en manos de colonos y administradores, para trasladarse á las ciudades y á la Corte, y disipar en breve tiempo rentas y capitales. Los hijos de nuestros artesanos y labradorcetes se meten, en cuanto pueden, en la Universidad, en busca de un título que les redima de ganar el pan con

cocido bacalao, que dieron á D. Quijote en la primera venta, se come archibien del repuesto de los frailes de San Benito, de la merienda del *Cañónigo toledano*, en casa del caballero del Verde Gabán, en las bodas de Camacho y en el castillo de los Duques.

el sudor que costó á sus padres. Las hijas de la clase media se educan en colegios, en donde *lo que se enseña no sirve para casi nada á las ricas, y para nada á las pobres* (1); tienen á gala, ellas y sus madres, el ignorar las faenas domésticas, afectan horror á la cocina, bordan y no cosen, hablan francés é ignoran la geografía de España.

Los jornaleros mismos están tocados de parasitismo, y aspiran á *colocarse* para no trabajar.

La característica de nuestra época es vivir de prisa y pasar por encima del que se retrasa. La economía de tiempo y de espacio, la multiplicación del crédito, los progresos de la industria y la aparente supresión de los privilegios empujan á los pueblos y les obligan á derrochar sus energías. Mas lo único que no ha podido el hombre, es aumentar su caudal dinámico, pues con la hiperalimentación y los excitantes (alcohol, café, tabaco, etc.), lo que consigue son empréstitos sobre su propia vida, por supuesto, pagando réditos y condenándose al dolor y á la muerte prematura.

VI.

De poco prácticos se nos tacha á los españoles, y es preciso ver si con razón. ¿Qué hemos de entender por hombre práctico?

No hemos de tener por práctico á un egoísta, ni á un vividor, ni á un parásito, ni á un hijo de Mercurio, ni á un manufacturero. Hombre práctico debe ser, el que en la lucha por la vida se baste á sí mismo las más veces, el que obtenga los mejores triunfos sin ayuda ajena, y el que con la menor fatiga saque los mayores rendimientos. Por prácticos pasan los pueblos sajones, los anglo-sajones especialmente, y tienen por héroe á Robinsón.

(1) Manjón. Memoria de las Escuelas del Ave-María.

Al contrario, se dice que son soñadores y románticos los pueblos como el nuestro, los que desatienden las más perentorias necesidades de la vida y chocan con el común de las gentes por correr tras un ideal. Ha tocado por suerte, á nuestro romántico pueblo, el primer personaje de todas las literaturas del mundo, Don Quijote.

Robinsón en una isla desierta, desnudo, inerme y sin otros recursos que los naturales, se aplica á todos los oficios y triunfa de la Naturaleza. Robinsón es ganadero, agricultor, albañil, tejedor, sastre, educador de sí mismo y gobernante.

Don Quijote abandona su hacienda y la malvende, primero para comprar libros de caballería, y luego para redimir el mundo de las injusticias. No se da reposo, y con armas anticuadas, con un lanzón en la mano y defendida la cabeza con una bacía de barbero, sale al campo y se apresta á desbaratar por la fuerza á los malos, que son los más y los poderosos.

No debemos olvidar, para no salirnos de nuestro carácter, que Robinsón comenzó por ser un hijo rebelde; luego se redime por la necesidad; pero la redención no es completa. Le falta ideal en la isla, y sus ansias, al fin logradas, fueron volver á su casa y á sus padres. Lo de la isla no pasó de prueba.

Echárselas de Quijote en estos tiempos, es por lo menos tan arriesgado como en los que escribió Cervantes, pues no han faltado, ni faltan, ni faltarán mozos de mulas, yangüeses, arrieros, galeotes, cabreros, locos y gente de todas condiciones que se atiene á las tortas y deja el pan pintado. ¿Pero qué sería de la humanidad sin los Quijotes, que por la verdad, por el bien, por la belleza y por la justicia se han sacrificado?

El hombre práctico es el hombre sano y bueno que hace su camino y prepara el de los demás. Sólo la práctica del bien hace prácticos á los hombres.

VII.

La vida de los pueblos, más que por los grandes sucesos, se revela por mil detalles poco apreciados antes, é investigados hoy con afán para reconstruir la Historia. Son tantos y tan varios estos detalles, que no la vida de un hombre, la de muchos, no bastaría á conocerlos y describirlos. De aquí el fino instinto de los novelistas y dramaturgos para penetrar en el caracter de la vida y costumbres de los pueblos.

Dejando aparte los detalles y ateniéndome á lo fundamental, discurriré brevemente sobre la instrucción, riqueza, moralidad y género de vida de nuestro pueblo.

Muchos creen, y yo mismo he participado del error, que éste es un pueblo de Licenciados y Doctores, los cuales, careciendo de ocupación en sus respectivas carreras, cargan sobre el presupuesto, y de rechazo sobre los contribuyentes. Las cifras no dan la razón á este clamor (1), al menos re-

(1) España, según el censo de 1887, no dá más que 84,510 profesionales para una población de 17.568,599 habitantes. Si á la cifra anterior añadimos 39,136 maestros de enseñanzas de todas clases y 97,257 empleados públicos, resulta un total de gente de letras y pluma igual á 220,903. En relación al censo, el 1,25 por 100. Análoga relación da para Bélgica el 10,40 por 100; para Alemania el 6,42 por 100; para Inglaterra el 4,65 por 100; para Holanda el 4,55 por 100; para Suiza el 4,36 por 100 y para Italia el 2,32 por 100.

Cierto que el número de empleados públicos ha aumentado en este siglo; pero más en otras naciones, Francia por ejemplo, que en España. En 1857 contaba nuestra nación 90,021 empleados públicos; aumentaron 963 hasta 1877; y 6,273 más, hasta 1887. En Francia, el presupuesto de gastos por empleados civiles aumentó en más de 100.000,000 de francos en los 13 años transcurridos desde 1871 á 1884. Desde 1886 al 1889 se han creado en los ministerios de la República, 10 nuevas direcciones, 19 subdirecciones, 51 jefaturas de negociados y 74 subjefaturas. (*Depopulation et civilisation*, por A. Dumont. Paris, 1890. Pág 198).

Si hemos de creer al censo, en la población de Madrid había en 1898

lativamente á las que arrojan las principales naciones de Europa; pero aunque las cifras nos dieran el primer lugar, no habría razón para quejarse de las profesiones letradas; la queja sería por atraso é incompetencia de los Licenciados y Doctores, no por su número. ¡Qué más quisiera nuestra nación que contar con miles de sabios que la honraran y enriquecieran! A sus doctores debe Alemania la prosperidad de todas sus industrias y la supremacía de algunas de ellas.

Las Universidades españolas no son tan malas como se cree, y por lo que hace al plan de estudios, el de nuestra Facultad nada tiene que envidiar á los extranjeros. Flaqueamos por la educación científica y por falta de dinero. Nuestros alumnos, desde las primeras letras aprenden libros sin aficionarse á la Naturaleza. A mí me ha ocurrido ir á resolver en los autores una duda, que hubiera podido resolver y resolví experimentalmente sin salir de mi habitación. Acudimos á la Universidad por el título, no por la ciencia, y es lógica la tendencia cuando nos pagamos del aparato y descuidamos la función. Cuando más, se aplican los escolares en los cursos de Clínicas, porque en ellos se adiestran para ejercer la profesión y ganar el sustento. ¿Qué ganancia, qué honores, qué ventajas ofrece la sociedad española al que despunta en Higiene, ó en Antropología? ¿Puede un joven, por aficionado que sea, si no es también rico, dedicar varios años á la Fisiología experimental? Y aun rico y aficionado, ¿dónde encuentra laboratorios para satisfacer su afición? Los laboratorios son cada día más caros, y cuando los poderosos ó las sociedades particulares no los crean ni sustentan, tiene el Estado que instituirlos y atenderlos (1). Y no

un total de profesionales de 16,255, no contando más que á los médicos, farmacéuticos, dentistas, abogados, notarios, procuradores y escribanos, que no figuran como empleados. No vaya á creerse que Madrid es una población de profesionales, empleados y cesantes, pues en el mismo censo figuran 335.476 personas, más de la mitad de los habitantes, viviendo de la agricultura, de la industria, del comercio y de las profesiones liberales.

Pudiera depender la exigüidad de la cifra de Licenciados y Doctores en España, de que muchos se declaran en el censo propietarios, rentistas, y en general, con profesión ajena á su título.

(1) En este mismo año han ocurrido sucesos prósperos para nuestra

basta crear laboratorios, si no se logran profesores que los dirijan y los hagan producir.

Peor es el Estado económico de nuestras Universidades (1), que se complica y agrava con la falta de hábito de nuestro pueblo para gastar dinero en instruirse. En el presupuesto de un estudiante figuran el pupillage, el vestido, el café, las diversiones, los libros, los repasos y las matrículas. De los libros de texto, nos quejamos más por caros que por malos; á los repasos se mandan los alumnos dos ó tres meses antes de los exámenes, y sólo para salir de ellos, y con el pago de las matrículas creemos satisfecha nuestra deuda con la enseñanza. ¿Y los instrumentos, prácticas, viajes, objetos de experimentación, pago de repetidores, etc.? El mismo Estado, cuando de reducir las Universidades se trata, atiéndose también al criterio económico del dinero que cuestan ó producen.

pátria, y algunos de ellos especialmente favorables á nuestra Facultad. Me refiero á las reformas de la Instrucción Pública, al premio que el XIII Congreso Internacional de Medicina de París ha otorgado á nuestro compañero D. Santiago Ramón y Cajal, en reconocimiento á su raro mérito, el acuerdo de celebrar en Madrid el XIV Congreso, y la creación, por el Gobierno español, de un Laboratorio de Investigaciones científicas, que dirigirá el antes mencionado sabio.

No acabaré esta nota, sin tributar á D. Antonio García Alix, Ministro de Instrucción Pública, las alabanzas que en justicia se le deben por sus hechos en pró de la enseñanza. Entre otros excelentes Decretos, merecen elogios, en primer término, los que aseguran el pago á los maestros de Escuela, los que regulan el ingreso en el profesorado y el Reglamento de oposiciones.

(1) En el curso de 1898-99 costaron al Estado las diez Universidades, por personal facultativo, profesorado, dependientes, oficinas, material de todas clases y premios, 3.541.531 pesetas, y produjeron, por matrículas, derechos académicos, títulos, timbres, certificaciones é impuestos sobre los sueldos del personal, 3.142.479. Costó, pues, al Estado la enseñanza universitaria en el citado curso, 389.052 pesetas, ó sea 88,905 cada Universidad. Para todas ellas, excepto la de Barcelona que no figura por este concepto en los presupuestos, se consignaron 28,250 pesetas por material científico, y recuerdo que en la Facultad de Medicina de Cádiz me tocaban 35 pesetas cada trimestre para todos los gastos del laboratorio de Fisiología. Hoy, por circunstancias locales, es la Facultad gaditana de las menos pobres de España.

Comprendo que la enseñanza primaria sea gratuita. Concedo que lo sea también la de los artesanos y artistas; pero ¿por qué ha de darse de balde la científica y profesional?

Comparten con las Universidades las tareas de dar títulos y producir funcionarios treinta Escuelas especiales (1), una Central de Artes y Oficios, ocho Provinciales de la misma clase y diez de Bellas Artes. (2) Estas últimas dependen de las Provincias y Municipios, y sólo reciben una subvención del Estado.

Aún cuenta con más exhuberante vida oficial la segunda enseñanza, si se atiende el observador á los 59 Institutos Oficiales, con más de 400 colegios incorporados y más de 32,000 alumnos. (3) Sin embargo, cada 3 ó 4 años, y á veces con menos período, se trata de reorganizarla, lo cual prueba dos cosas: 1.ª, que no está bien organizada; y, 2.ª que no se acierta con la reorganización.

Mucho se discute sobre si la segunda enseñanza debe ser preparatoria para los ejercicios usuales de la vida, ó clásica. Todas las opiniones cuentan partidarios, y así, mientras los franceses se quejan de las muchas letras y escasas aptitudes prácticas de sus alumnos, mejor preparados para

(1) Una de Arquitectura, una Diplomática, seis de Ingenieros (contando con las de industriales de Barcelona y Bilbao), una de Música y Declamación, otra de Pintura, Escultura y Grabado, once de Comercio, cuatro de Náutica y cinco de Veterinaria. Todas estas enseñanzas contaban el curso de 1898 á 99 con 171 profesores y no pocos alumnos. Sin contar las Escuelas de Ingenieros, las demás costaron al Estado 1.273,375 pesetas. De esta cantidad hay que descontar los productos de las matrículas, timbres y títulos.

(2) Por decreto de Enero de este año la Escuela Central de Artes y Oficios, las de Artes y Oficios de distrito y las Escuelas provinciales de Bellas Artes se convierten en Escuelas de Artes é Industrias y se destinan «á la mayor ilustración de las clases trabajadoras é industriales.»

(3) También le sale barata la segunda enseñanza al Estado, más que de balde, pues según D. Luis Méndez Soret, en el quinquenio transcurrido desde el curso de 1894-95 á 1897-98, los Institutos han producido al Estado 521,164 pesetas, término medio cada año (Cuadro Demostrativo de los Ingresos y Gastos de los Institutos por D. Luis Méndez Soret, Oviedo, 1899).

lucir en certámenes y oposiciones que para luchar por la vida, los prácticos ingleses lamentan la deficiente educación clásica de sus estudiantes (1). Tampoco parecen muy satisfechos los alemanes de la preferencia que se concede en sus colegios á la filosofía y al latín (2). Y no podía ser menos, pues este tira y afloja, por agudo que aparezca, no es nuevo ni se resolverá de plano por nadie. Es la oscilación natural del espíritu humano entre dos limitaciones, la del saber y la de la utilidad. Cuando flaquean el estómago ó el bolsillo, la busca de recursos se impone; pero cuando uno y otro están repletos, surgen las necesidades del espíritu, se vuelve por la tradición, se mira al ideal por encima de las miserias de la vida, se pule el sentimiento y se aman la belleza y el arte clásicos.

Mas volviendo á nuestro pueblo, diré que, mientras en el extranjero deciden cuál de las dos enseñanzas es preferible, aquí la queja es más elemental, pues no se aprende lo clásico, ni lo práctico, ni nada (3).

(1) Edmond Demolins. «A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons.»

(2) Discurso del Emperador de Alemania citado en el libro de Demolins.

(3) Todo lo que pudiera añadir en este punto lo tiene bien escrito el malogrado catedrático, D. Ricardo Macías Picavea, en una obra no tan leída como se merece, *El Problema Nacional*, derroche de erudición y plantel de buenos deseos. De la citada obra, páginas 125 y siguientes, copio estos párrafos:

«Nuestros famosos Institutos son cualquier cosa menos centros de educación y enseñanza. La mayor parte tienen por casa viejos edificios provistos de cuatro salas, tal cual pasillo ó galería y algún mediano corral abierto, ó nó, á la calle.... Diez catedráticos, cuatro sustitutos (que no auxiliares); cuatro ó seis mozos y bedeles; he aquí el alma de ese almario. Catorce clases ó sesiones diarias de cinco cuartos de hora cada una, desde 8 de la mañana á 2 de la tarde, catorce discursitos en monólogo ó en diálogo pronunciados por el respectivo profesor en la clase respectiva, catorce lecciones librecas, verbalistas, teóricas: he aquí toda la acción docente y educadora de ese Instituto sobre la juventud española.»

Leugo añade. «El norte único de los padres es la educación de sus hijos—si es que la palabra educación puede profanarse empleándola en tal sentido—consiste en fabricarles á toda costa y por cualquier clase de medios, con tal que sean rápidos y eficaces, una *posición*, esto es, un puesto en la gran masa social.

En el análisis que sigue de la primera enseñanza, me refiero á todas las escuelas que se dedican á la instrucción del pueblo, ya sean de niños ó de niñas, de párvulos, de adultos, de ciegos, elementales ó superiores, completas é incompletas, permanentes, temporales y dominicales, públicas ó privadas, laicas ó religiosas.

Para juzgar de la instrucción popular, hay que tener en cuenta el número de escuelas con relación al censo, su dotación por personal y material, el número de alumnos que en ellas reciben educación y los resultados de ésta, deducidos del número de personas que saben leer y escribir.

Pasaron aquellos tiempos de clamores patrióticos por la creación de escuelas, y hay que pensar en lo que se enseña en ellas. Ya en 1814, D. Judas Romo, después Arzobispo de Sevilla y Cardenal, pedía que se las sometiese á celosas y frecuentes inspecciones (1).

En 1855 contaba España con 20,755 escuelas de primera enseñanza y una asistencia de 1,004,971 alumnos. En 1886 ascendieron las escuelas á 31,179 y los alumnos á 1,843,183. En 1895 había en España 31,591 Escuelas (2). El número de alumnos inscriptos, que no todos acuden á ellas,

«¿Qué importa que el hijo sea inteligente ó necio, hábil ó inepto, íntegro de carácter ó flexible de espinazo? Lo que interesa es que cuanto antes, y echando siempre por el atajo, adquiera un título, y que este título se cotiche pronto en la bolsa del mercado público, donde se tasan profesiones y oficios, al más alto precio posible.

«La ley ha roto (*hoy ha vuelto á restablecerlos*) los límites de la edad dejando de par en par abiertas las puertas del ingreso á la voracidad insaciable de los padres, y es muy común ver infantes de 7 y 8 años, que apenas balbucean su propia lengua, pretendiendo aprender la más difícil que se ha hablado en el mundo, la latina.»

(1) D. Judas Romo. Plan Ejecutivo para el establecimiento de las Escuelas de primeras letras. Publicado en Madrid el año de 1835.

(2) De estas Escuelas son oficiales ó públicas 25,410 y se descomponen de esta manera De niños: superiores 190; elementales completas 7,421; elementales incompletas 778; de temporada 29. Escuelas de niñas: superiores 70; elementales completas 6,872; elementales incompletas 513; de temporada 5. Escuelas de ambos sexos dirigidas por maestros: completas 220; incompletas 4,363, y de temporada 821. De ambos sexos, dirigidas por maestras: completas 51; incompletas 2,450; y de tempo-

es de 1.104,779, y dejan de asistir 2.438,816 individuos comprendidos en la edad escolar (Gaceta del 26 de Marzo de 1895).

Entre los municipios, las provincias y el Estado gastaron en la instrucción popular el año de 1886, 29.149,074 pesetas. Lo presupuestado para la misma instrucción en 1898 ascendió á 28.000,000 de pesetas en números redondos (1).

Por lo que hace al número de escuelas, si con el número nos contentamos, corresponde á España lugar excelente entre las naciones europeas; tiene una por cada 572 habitantes (2).

No hace tan buen papel nuestro pueblo por el número de alumnos que asisten á las escuelas, en relación á la centena de habitantes. En dicha relación nos corresponde el undécimo lugar entre las naciones europeas (3).

Mala es también nuestra situación en lo que se refiere á la dotación de las escuelas. Para hacer las cifras de más bulto, compararé las que cada

rada, 72. Escuelas para párvulos 518; para adultos 947; para adultas 54; dominicales para hombres 4 y para mujeres 32.

Las Escuelas privadas de todas clases suman 6,181.

Contando sólo las Escuelas públicas, toca una para 714 habitantes. Contando públicas y privadas, corresponde una Escuela á 572 habitantes.

(1) En el año de 1897 á 98 consignaron los Municipios de todas las provincias de España (excepto la de Lérida, cuyos datos se desconocen) 26.195,944,74 pesetas para material y personal de la primera enseñanza, y en el presupuesto último de 1898 99 se consignan por el Estado 1.704,913 pesetas para personal y material y fomento de la instrucción popular, Escuelas normales, Colegio de sordo-mudos y ciegos y Museo Pedagógico Nacional.

(2) Francia tiene una escuela por cada 431 habitantes; Italia una por 533; Suiza una por 608; Alemania una por 856; Holanda una por 907; Portugal una por 945; Austria una por 1,239; Inglaterra una por 1,257. Es de advertir, y lo advierte el Sr. Marqués de Palomares del Duero, en un discurso sobre la «Reforma de la Educación Nacional» lo mal servidas de maestros que están las escuelas en España; así, por ejemplo, nosotros contamos con 30,000 maestros de todas clases para todas las escuelas y en Inglaterra hay 130,773.

(3) Los datos que apunto á continuación los he tomado del *The Stateman Years-Book* correspondiente á 1899 y á 1900, y se refieren á las últimas estadísticas. Las cifras de España son algo antiguas, como precedentes del último censo de 1887.

nación emplea en instrucción popular, con el total presupuesto de gastos, bien entendido que al entretenimiento de las escuelas contribuyen los municipios, las provincias, el Estado y los particulares, siendo muy difícil averiguar los recursos de la última procedencia.

Emplea Alemania el 18 por 100 del total presupuesto de gastos del Estado.

Inglaterra, el 9,59 por 100.

Bélgica, el 8, por 100.

Francia, el 5,81 por 100.

España, el 3,09 por 100.

Rusia, el 0,7 por 100.

Si calculamos los presupuestos de la instrucción primaria (1) con los respectivos censos, resulta España en pobre situación entre las naciones de Europa. En efecto, toca á cada inglés por gastos de instrucción primaria 9,1 pesetas; á cada alemán 7,35; á cada francés 5,2; á cada italiano 1,9 y á cada español 1,60 (2)

En Inglaterra asistía á las escuelas en 1897 el 18,32 por 100 de la población; en Escocia (1897) 17,8 por 100; en Suiza (1895) 17,4 por 100; Holanda (1896) 16,37 por 100; Francia (1896) 16,09 por 100; Alemania (1891) 16,03 por 100; Bélgica, 1896) 15,02 por 100; Austria (1890 95) 14,25 por 100; Hungría (1890-97) 13,38 por 100; Holanda (1897) 11,09 por 100; España (1887) 7,67 por 100; Portugal (1890) 5,01 por 100.

(1) Por el valor absoluto de las cantidades destinadas á la instrucción popular, figuran las naciones en este orden:

Inglaterra (Reino unido) 1897 13.869.512 libras esterlinas.

Alemania 1891 242.400.000 marcos.

Francia 1899 201.929.583 francos.

Italia 1895 63.027.172 liras.

Rusia 1894 7.403.012 rublos.

España 1898 29.000.000 pesetas próximamente, y no contando las cantidades sufragadas por las comunidades religiosas, sociedades y particulares.

Las libras han sido calculadas á razón de 25 pesetas; los marcos á 1,25 pesetas y los francos y las liras á la par.

(2) Según la Estadística de 1895, de los 15.842 maestros hay 14.828 con sueldos que no exceden de 1.100 pesetas al año: de estos hay 787 con 126 anuales; 1784 con 250; 5.031 con 500; 3.067 con 625; 2.745 con 825; y 1.414 con 1.100. Otro tanto ocurre con las maestras.

Es, por desgracia, tan evidente la falta de cultura de nuestro pueblo, que las cifras de analfabetos declaran por sí solas, sin que necesiten del contraste con las de otras naciones.

En 1822 carecían de toda instrucción el 90 por 100 de los españoles; en 1860, tres años después de promulgada la ley de Instrucción pública, en la que se hacía gratuita y obligatoria la primera enseñanza, la proporción de los que no sabían leer ni escribir era de 75,5 por 100. Dicha proporción bajó algo en 1877, á 72 por 100, y descendió en 1887 á 67,6 por 100 (1).

Hemos de confesar, por dolorosa que sea la confesión, que en punto á instrucción pública nos contentamos con el aparato, sin cuidarnos de la realidad. ¿Es nuestro pueblo ignorante? Pues créense escuelas cuantas hagan falta. ¿Sigue ignorante á pesar de las escuelas? Mándese que sea obligatoria la primera enseñanza. ¿No basta? Nómbrense inspectores que vigilen á los maestros y las escuelas. ¿Son la mayoría de estas incompletas? Conviértanse en completas. Y con todos estos buenos propósitos y con una legislación, más que paternal, seráfica, ni las escuelas están concurridas, ni los maestros pueden enseñar, ni los niños aprender, ni se hace efectiva la obligación que tienen los padres de mandar á sus hijos á la escuela, y todo sigue próximamente igual á como lo dejaron los famosos constitucionales de Cádiz.

La escuela no es simpática á los niños, que faltan á ella siempre que pueden ó la rienda paternal afloja. Y no es sólo antipática por ser obligación, sino porque todo en la escuela repele al niño. Puedo hablar por experiencia propia, y conste que en mis tiempos ya estaba abolida la palmata. Con tal cual tirón de orejas ó de pelo, ó con un encierro, ó con ponernos de rodillas y en cruz, pagábamos las costas de nuestras faltas escolares.

Teníamos la escuela en un salón, rectorio que fué de un convento de

(1) Según los últimos datos de la Estadística de primera enseñanza, de los 17.668 256 habitantes que arrojaba el penúltimo censo de España, no saben leer ni escribir 11.945.971. D. Judas Romo, después Cardenal del mismo apellido, se quejaba en 1822 de que sólo 6 españoles de cada 100 supieran leer y escribir.

frailes, todo ruinoso, los ladrillos del pavimento bailando por el piso, y las paredes sin encalar desde la exclaustación. La luz era buena, y humedad no había; ¡pero qué desamparo de todo lo demás! Diez ó doce bancos con sus pupitres, y en el fondo del salón una plataforma con un bufete y un sillón para el maestro. A la izquierda de la puerta de entrada una tinaja con agua, que pagábamos los alumnos mediante un cuarto cada sábado, y para beber un jarro de lata por donde nos trasmitíamos las boqueras unos á otros.

La mañana se dedicaba á hacer la plana, y allí se nos tenía ó se nos pretendía tener, quietos y atentos á la escritura, dos ó tres horas cada día. Por la tarde salíamos al encerado por secciones, unas veces bajo la férula del maestro y otras dirigidos por estudiantes viejos, á falta de pasantes. El epítome, el catecismo y lo demás lo dábamos de coro.

Nuestra salida de la escuela era como la de los pájaros cuando se les abre la jaula; nuestro placer, que tardase el maestro, que enfermase ó que llegara un día de fiesta.

Después he tenido ocasión de ver escuelas, y la impresión no ha cambiado. El mismo olor á carne humana, de aire confinado y cien veces respirado, el mismo canturreo, la misma forzada irmovilidad. Nada de paseos al aire libre, nada de juegos, nada de herir la imaginación, tan viva en esta edad, nada de inspirar amor y afición á la Naturaleza: para nosotros el mundo está parado.

Hay excepciones honrosas y dignas de mención y de propaganda, y de ellas la que mejor conozco se refiere á las escuelas del Ave María, fundadas en Granada y Sargentos por el presbítero y Catedrático D. Andrés Manjón. En estas escuelas pasan los niños el día entero, juegan, rezan, se instruyen y se educan. Todo se les da de balde, incluso pan, golosinas, algún cocido á los más necesitados y un traje por Navidad. La enseñanza y los juegos son al aire libre, siempre que el tiempo lo permite, y en risueños cármenes rodeados de jardines.

Las escuelas fundadas en Madrid, Cuenca y Siones por D. Lucas Aguirre, las que fundó en Madrid D. Valentín Sotés, las de La Macarena de

Sevilla, instaladas por la Real Maestranza y cedidas después al Ayuntamiento, los Jardines de la Infancia de Madrid, según el sistema Froebel, y otras muchas instituidas y costeadas por particulares, figuran también como buenos modelos (1).

El maestro no es ni puede ser un empleado municipal cualquiera, que va penosamente á su oficina dos veces cada día. El ministerio de la enseñanza imprime carácter, y el maestro debe enseñar siempre, por su cultura, por su educación, por su moralidad, por todo. El maestro debe ser una institución respetable y respetada, por el alcalde en primer término.

Lejos de eso, el maestro es, en muchos pueblos, el último de los funcionarios municipales, el más dependiente del cacique, y sobre sus apuros, hambres y miserias, se han hecho chistes.

Para hacer de los maestros lo que deben ser hay que pagarles bien y educarlos, instruirlos y escogerlos por su vocación y aptitudes. (2) Hay que decir la verdad, por amarga que sea. De la falta de respetabilidad de los maestros tienen la culpa ellos, en primer término, por su escasa instrucción y por las influencias que ponen en juego para lograr sus escuelas. Pobres campesinos, con las primeras letras mal aprendidas, se convierten en maestros por obra de dos semestres en los cuales estudian 16 asignaturas y sufren 17 exámenes (3) el de reválida inclusive (4).

No salen mejor preparadas las maestras (5) y eso que sus funciones son,

(1) R. Becerro de Bengoa, «La enseñanza en el siglo XX». Madrid, 1899.

(2) «El pedagogo educador ha de ser hombre sano, hábil, celoso, discreto, prudente, equilibrado, cortés, afectuoso, intachable en su conducta, de inteligencia cultivada, gustos sencillos y nobles, modesto, conocedor del mundo, de los educandos y de los procedimientos pedagógicos.» (Manjón, Discurso universitario.)

(3) Manjón. Discurso inaugural del curso de 1897 á 98 en la Universidad de Granada. —Idem, Memoria de las Escuelas del Ave-María en Sargentos.

(4) Por real decreto de 8 de Julio de 1900 se ha simplificado la enseñanza de los dos cursos, reduciendo á 13 las materias de estudio y á 9 las asignaturas, Dibujo inclusive.

(5) He aquí cómo las pinta Manjón en sus Memorias sobre las Escuelas del Ave-María en Sargentos: «Van de paso por aquel mi país y otros

si cabe, más importantes que las de los maestros: ellas educan á las niñas, de donde luego salen las madres que, á su vez han de educar á sus hijos, los hombres de mañana. Maestras y maestros se resienten de poco saber y muchas asignaturas, y de ellos pudiera decirse lo que dice un personaje de una novela de Dickens. ¡Si hubieran aprendido menos, cuánto más hubieran podido enseñar! (1)

Los muchachos á las claras y los padres á las turbias convienen en el despego á la escuela. Aquellos la miran como lugar de suplicio y ven en el maestro un tirano: los padres no están convencidos de las ventajas de la instrucción; por casualidad preguntan por sus hijos á los maestros, y en cuanto dichos hijos tienen nueve ó diez años, los retiran de la escuela para que les ayuden á ganar el pan. Cogiendo estiercol por los caminos, ó colillas por las calles, cuidando cerdos ó cabras, escardando, etc., ganan, según los padres, más que en la escuela.

»que conozco, una serie interminable de señoritas á medio hacer, con títulos de Maestras, procedentes de varias normales y ciudades, ó insertas en ellas, que son una de las calamidades más ridículas y funestas; porque ni enseñan, ni pueden enseñar, ni educar á los pueblos. Sus tufillos de ciudadanía, señorío y petulancia normal se manifiestan en el peinado, vestido, alto mirar, despectivo sonreír, rostro adobado, estilo rebuscado, con palabra redicha, un cierto despego que con frecuencia se traduce en soberano desdén ó en aspavientos y *esparagismos* (así los llama el pueblo), al ver aquellas calles sin adoquines ni faroles, aquellas casas sin pisos ni balcones, aquellas iglesias sin órgano, escuelas sin comodidades, boticarias sin piano, camisa sin almidón y chiquillos sin zapatos.

»Tales tipos se despegan ó indigestan á la vez, y como á sentido práctico no gana la ciudad al campo, y sabe todo el mundo á los pocos días, el origen, carrera y miserias de aquellas señoras de 250 y 300 pesetas anuales, empiezan maestra y pueblo por no entenderse y acaban por divorciarse.»

(1) «Los ricos no siguen carrera de Maestros; esta carrerilla, ó como se llame, se halla reservada á los pobres....» «En un año estos infelices (que no tienen cultura ni preparación suficientes) han de hacerse pequeños Bachilleres, y como esto no es posible, resulta que, en vez de carrera de Maestros, seguirán la de petulantes, ó, á lo más, la de pagayos más ó menos ensayados en la repetición de palabras sin substancia.» (Manjón, Memoria de Sargentos.)

Para lograr los frutos de la educación hay que contar con viejos obstáculos y evitarlos. Se trata de dar cultura al hijo, á pesar del padre inculto: para ello hay que hacer simpática la escuela, archisimpático y autorizado al maestro, y dar de comer á los niños pobres. Nada de gollerías, un pedazo de pan y frutas del tiempo ó secas, un traje al año y premios en metálico, en relación á los adelantos. Con esto bastaría para que las escuelas se vieran concurridas. Lo demás es obra del tiempo, de poco tiempo.

VIII.

Contra lo que el vulgo cree, la riqueza de un país no depende del suelo, sino de la industria de sus habitantes. El suelo y el sol son los primeros agentes para la agricultura; pero les faltan el agua y la labor. El agua puede llevarla el hombre á sus tierras cuando haga falta, y alejarla de ellas y conservarla cuando sea excesiva. Otro tanto digo de los cultivos y de los abonos.

Luego vienen la explotación del subsuelo y la industria, que aprovecha como primeras materias la ganadería, la agricultura y la minería. La tierra sólo es ingrata para los que no la trabajan ó para los que la explotan con torpeza.

Cuando un pueblo es inculto, la mucha población embaraza, y todo lo contrario sucede si es culto é industrial; entonces la tierra y la industria producen tanto más cuanto más gente trabaja.

¿Es rico nuestro país? Cuando era niño nadie vacilaba en contestar afirmativamente, pues al menos en Andalucía, las opiniones y la tradición convenían en apreciar nuestra tierra como la mejor del mundo (1). Des-

(1) Tan antiguo es nuestro optimismo en la apreciación de nuestros bienes nacionales, que estos aparecen poéticamente exagerados en «La Crónica general de España» del Rey Sabio. «Pues esta España que »deximos tal es como el parayso de Dios.»

pués he oído decir que somos pobrísimo, y últimamente, oyendo y leyendo á unos y á otros, he formado la opinión que ni somos ricos como la vanidad nos fingía, ni pobres como la desgracia nos aparenta. Nuestra riqueza va en aumento y la multiplicaremos muchas veces el día en que casi todos los españoles sepan leer, escribir y trabajar, y practiquen acertadamente el oficio, profesión ó ministerio que desempeñen.

Salvo algunas provincias metódicamente estudiadas por el Instituto Geográfico y Estadístico, para juzgar de la riqueza de las demás hay que atenerse á la confesión de los interesados, y como en España, desde muy antiguo, cada contribuyente ve en el fisco su mayor enemigo, ni por pecado venial tiene la ocultación de la riqueza. Por eso los datos de la Dirección de Contribuciones son inferiores á la verdad (1).

Pero aun tasando por alto, y por mucho que importen las ocultaciones, siempre resulta miserable el estado de nuestra agricultura. En 1879 solo se cultivaban 30 de los 50.000.000 de hectáreas, que en números redondos componen nuestro suelo: de los 30.000.000 de hectáreas cultivadas, eran de regadío 1.200.000 y el resto de secano (2); es decir, pendientes,

(1) Según *The Statesman's Year Book* de 1900, que toma sus datos de las publicaciones oficiales, el 79,65 por 100 del suelo de España se considera como productivo, y de esta parte el 1,6 está dedicado á los olivos; el 3,7 á la viña, el 19,7 á prados naturales, etc., el 20,8 á diversos frutos, y el 33,8 á la labor de las tierras de pan llevar.

Los datos oficiales no merecen gran fe, pues á juzgar por los últimos trabajos del catastro publicados por *El Economista* y otros periódicos de esta Corte, en Septiembre de 1899, la riqueza imponible oculta en las provincias de Granada, Cádiz, Córdoba, Málaga y Sevilla, ascendía á 63.049.849 pesetas.

(2) Macías Picavea, en su citada obra, página 42, resume el régimen de las lluvias en nuestro país, de esta manera: «el chafan Atlántico y Cantábrico reciben lluvias excesivas, desde 1 hasta 2 metros; que los altos relieves y macizos montañosos con las elevadas tierras colindantes de la parte septentrional y meridional acopian desde 750 milímetros á 1 metro; que el resto de las montañas cabeceras y lomos de las cuencas oscilan entre los 500 y 750 milímetros de densidad pluvio métrica; que la mayor parte de la meseta meridional y algunas regiones centrales de la septentrional y meridional solo alcanzan el tipo de los 250 á los 500 milímetros, y que únicamente descienden de estas medidas

para producir, de las vicisitudes metereológicas en una tierra como la nuestra, tan mal dispuesta á recibir con regularidad el beneficio de las lluvias (1).

Cierto que tenemos ríos caudalosos de mucho recorrido, como el Ebro, el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir, con sus muchos tributarios; pero desgraciadamente la mayor parte de ellos caminan de prisa, por cauces profundos, sin que sus aguas aprovechen á los sedientos terrenos de sus riberas. Tan atrasado anda nuestro pueblo en el aprovechamiento de las aguas fluviales, que todavía recuerdo haber oído cuando niño, á los labradores de mi tierra, refranes como los siguientes: «el peor vecino el río», «eres peor que el río», etc. Sucede que lejos de gozar de los beneficios del riego, nuestros labradores sufren las avenidas en el invierno y el paludismo en el verano.

Menos desconsolador es el estado de división de la propiedad, pues cuando el cultivo es primitivo la tierra produce tanto más cuanto más dividida se encuentra. Pero lo que beneficia la división territorial perjudica la aglomeración de los habitantes en las grandes ciudades y la despoblación de muchas provincias (2).

»las comarcas meridionales de la vertiente oriental y algunos paramales de la terraza interior, desdichadamente barridos en verano y otoño por el solano saháríco y en invierno y primavera por el cierzo Nord-este, frigidísimo este, abrasador aquél, ambos igualmente asoladores y secos.»

(1) De las tierras de secano, están dedicadas á los cereales 14.000.000 de hectáreas, que producen á razón de 6 hectólitros cada una. En Francia sale la hectárea de 16 á 17 hectólitros, tres veces más cosecha que en España, y limitando la comparación al trigo, resulta que cada fanega de este cereal cuesta al labrador francés 5 pesetas, y más de 8 al castellano. (Macías Picavea, obra citada.)

Hay secanos tan desdichados que por casualidad dan una cosecha abundante. Según carta de mi compañero D. Teodoro Ríos y Blanco, en el Alto Aragón, en el antiguo condado de Ribagorza, no ha habido cosecha abundante desde 1887. Tampoco llovió ni hubo cosecha en los períodos transcurridos desde 1718 á 1725 y de 1748 á 1755.

(2) Según *The Stateman Year-Book*, hay en España 3.426.083 propietarios de los cuales 624.920 son tan pobres que su contribución oscila entre 0,25 y 2,50 pesetas; 277.188 pagan de 125 pesetas en adelante.

Aneja á la agricultura va la ganadería, y también carecemos de datos exactos sobre su valor 1).

Ni hay amor á los árboles, ni los montes públicos producen en España lo que en otras naciones, y sin embargo, no son despreciables sus rendimientos. En el quinquenio de 1880-85 produjeron 64.282.859 pesetas. Sería oportuno á esta sazón hacer un cálculo sobre la total riqueza agrícola (2), pecuaria y urbana; pero no hay datos para afirmar cifras, sino para apreciar su decadencia (3).

Después de la agricultura lo que más produce en España es la minería, y eso que la mayor parte del mineral producido se exporta para alimentar la industria extranjera. En 1898, y no contando el mineral que quedó en el país, importó el producto minero 228.520.190 pesetas (4) En dicho año había 1.814 minas en explotación; hoy el número es mucho mayor.

La industria no prospera tanto, ni prosperará, mientras no suba nuestra cultura. En 1879 se apreciaba toda la industria española en 4.200.000.000 de pesetas, y sus utilidades en 85.000.000 de pesetas. No he podido

(1) Como prueba de lo erróneo de los cálculos sobre la riqueza pecuaria, baste decir que en 1888 la Junta consultiva agronómica tasó el ganado de todas clases en 25.163.764 cabezas, mientras que los datos no oficiales las elevaron á 38.000.000 de cabezas (*España y sus Colonias* por D. M. Escudé y D. L. P. de Ramón, Barcelona, 1891).

(2) En catorce mil millones de pesetas se ha calculado el valor de nuestras tierras. Más crédito merecen las siguientes cifras, que en hectólitros, declaran la producción agrícola de España en 1896: 25.334.933 de trigo; 11.463.666 de cebada; 5.420.269 de centeno; 2.764.247 de avena; 6.484.829 de maíz; 29.875.620 de vino y 2.976.384 de aceitunas.

(3) En los presupuestos de 1890-91 figura una partida de ingreso por las tres mencionadas riquezas, de 166.737.000 pesetas, y tomando el tipo de 15 por 100 á que ascendió la cuota del Tesoro, en aquél año, resulta un líquido imponible de 1.111.713.333 pesetas. Análoga operación con las partidas correspondientes al presupuesto de 1898-99 arroja un total de 1.008.929.190 pesetas, de donde se deduce una disminución de riqueza de 107.784.143 pesetas en los 8 últimos años de esta decena. Si los datos merecieran fe, la conclusión sería desconsoladora.

(4) En 1895-96 el valor del mineral extraído y del metal producido sumó 249.698.213 pesetas, 3.998.713 pesetas más que el año de 1887-88. La pequeña baja que se nota en 1898 se justifica por el estado de guerra en que nos encontrábamos.

averiguar ni aproximadamente el valor de la actual industria. Una rama de ella se encuentra en evidente progreso, la pesquera, cuyo producto se apreció en 1892 en 38.121.093 pesetas (1).

La marina mercante española se encuentra en estado de relativa prosperidad, pues según los datos que publica *The Statesman's Year Book*, en 1898 contaba con 436 vapores, que sumaron 341.951 toneladas, y 1.145 barcos de vela con 164.501 toneladas. En total 1.581 barcos con 506.455 toneladas (2).

Los cambios de productos con el extranjero ofrecen doble interés; por sus cifras, que declaran el crecimiento ó mengua de la riqueza pública, y por la clase de productos que enseñan lo que tenemos y lo que necesitamos. Desde 1857 hasta la fecha se han casi triplicado las cifras de nuestro comercio, y eso que los dos últimos años han sido aciagos. La importación aparece en su apogeo hacia 1889, luego decrece, sufre brusca depresión en 1898 y vuelve á subir el año pasado (3). Son nuestros principales productos de exportación los minerales y metales, los vinos, el aceite de olivas, las frutas, el ganado, el esparto y el corcho. Importamos maquinaria, material de ferrocarriles, instrumentos de todas clases, señas, adornos, drogas, algodón, cereales y carbón (4). Conviene que se sepa,

(1) En 1888 importaron las ganancias de la industria pesquera 36.881,425 pesetas, y en ellas figura la sardina conservada en número de un millón de millares.

(2) Portugal 1889, 630 barcos con 129,522 toneladas; Italia, 1898, 6,288 barcos 786,644 toneladas; Holanda 1898, 605 barcos 299,670 toneladas.

(3)

AÑOS.	IMPORTACIÓN.		EXPORTACIÓN	
	Pesetas.		Pesetas.	
1857	388.843.753	898.145.399		
1867	562.142.905	469.145.399		
1889	866.311.124	896.855.826		
1897	784.196.987	979.929.271		
1898	608.128.087	814.287.693		
1899	986.536.385	727.878.757.	En estas cifras, tomadas del <i>Statesman Year-Book</i> de 1897 y 1900, se incluyen los metales preciosos.	

(4) En el año de 1898 99 importamos 58 millones de kilogramos, en números redondos, de cereales de todas clases, que costaron 75 millones de pesetas próximamente.

El año de 1897 importamos de Inglaterra 2.257,306 toneladas de carbón,

para estimularnos al trabajo, que en España falta pan para nuestro sustento y combustible para nuestra industria.

No se cuentan en los datos que preceden muchas riquezas, tan importantes algunas como la urbana, ni se hace mención de las pequeñas industrias, que si aisladas no suponen mucho, reunidas hacen un total de consideración.

De todo lo expuesto se saca que España fué un pueblo pobrísimo; pero hoy no merece el superlativo y puede dejársela en pobre con tendencias á redimirse de la pobreza.

IX.

Si por el número de pordioseros hubiéramos de juzgar de la riqueza de España, resultaría más pobre de lo que es; pero esto no arguye pobreza, sino caridad mal entendida (1). Menesterosos no faltan en nación alguna, pues ni las más cristianas han resuelto socorrerlos sin menoscabo de su dignidad y sin exponerlos á caer en el parasitismo. *Ama á tu prójimo como á tí mismo*, enseñó Jesucristo, y así como nosotros no quisiéramos ver nuestros miembros perezosos, inútiles y viviendo del tronco, así debemos evitar que se haga de la limosna un medio para que unos vivan holgando, de lo que otros trabajan. Tienen derecho á ser socorridos el anciano, el niño y el enfermo que no pueden trabajar, y todo hombre, cualquiera que sea su edad y condición, mientras se le busca ó encuentra trabajo. Á los mismos socorridos ó asilados debe dárseles ocupación, según sus aptitudes, para que ganen el pan que comen.

cuyo valor de 1.080,604 libras esterlinas tuvimos que pagar con los cambios en contra. Las minas de España habían producido el año anterior 1.880,771 toneladas, y en 1898, 1.900,000, la mitad del consumo próximamente. No hay que olvidar que con carbón marchan los ferrocarriles y que tenemos más de 12,500 kilómetros en explotación.

(1) Según el censo de 1887, entre asilados y pobres de solemnidad, se juntaban en España 91,341.



«Si quereis reducir un hombre á la miseria para toda su vida, socorredle tres veces», dice D. Federico Rubio (1) y muchas le he visto preocupado con la suerte de los convalecientes que salen del hospital. Apenas puestos de la enfermedad, no se los puede echar á la calle, porque, pobres como son, se morirían de hambre: mantenerlos mucho tiempo es fomentar sus inclinaciones á la vagancia, y entre estos extremos, no hay más que un medio justo, tener anejos al hospital talleres donde los convalecientes, según sus fuerzas, ganen la comida, aunque sea haciendo tomiza, como con gracejo sevillano dice D. Federico.

Del deber que tenemos de socorrer á los niños, no se deduce autorización para que los padres exploten á sus hijos en el pordioseo, ni para tolerar esas bandadas de pillos que viven en la calle. Lejos de esto, no hay espectáculo más repugnante ni cosa que peor idea de nosotros dé á los extranjeros (2).

«Hay limosnas, dice Manjón (3), que son *perjudiciales*, porque son »opuestas á la voluntad de Dios y contrarias al bien de los hombres. Tal »sucede con casi todas las que se dan á los niños pordioseros, ineducados »y vagabundos; con la limosna se los perjudica.

»Dar letras sin pan al niño que nada tiene que comer sería matarlo; »pero darle pan sin escuela, sujeción ni disciplina alguna, es hacer de la »caridad la nodriza de la vagancia, es convertir la virtud más hermosa y »simpática en madre de la haraganería con todas sus funestas consecuencias. El niño que en los primeros años de su vida se acostumbra á vivir »pidiendo y mintiendo, sin sujetarse á enseñanzas, arte ni oficio alguno, »es un sér inútil para toda la vida y peligroso, porque pidiendo es como »se aprende á tomar, y de la ociosidad no hay nada bueno escrito.»

(1) Dr. Ruderico. *Terapéutica de la Felicidad*. Madrid, 1894 pág. 252.

(2) En una guía inglesa (Baedekers. Handbook for travellers Spain and Portugal, 1898) he leído con referencia á nuestra patria estas frases: «Los pordioseros son la peste de España; entre los muchos que piden pocos son los verdaderamente necesitados; no debe darse limosna á los niños.»

(3) Manjón. Circular de las Escuelas del Ave-Maria. 1899.

Es sabido que los que dan limosnas indiscretas hacen los pobres y que la industria del pordiozero acaba en donde comienza la buena administración de los socorros. En este punto tenemos mucho que aprender de Inglaterra, Italia, Francia y Bélgica (1).

No contando los asilos, hospicios, inclusas y hospitales que sostienen el Estado, las provincias, los municipios y las fundaciones particulares, gasta España mucho dinero en socorrer á los pobres. Hay multitud de Congregaciones religiosas é instituciones particulares que practican la beneficencia domiciliaria, cuidan los enfermos, recogen y educan á los niños, mantienen en decorosos asilos á los ancianos y hacen otras obras de caridad. También debe montar mucho la suma que se distribuye en las calles y en las casas á los pordioseros, y con todo ello, bien administrado, habría para atender á las necesidades verdaderas, dar trabajo á los que no lo tuvieran y educar á los incultos, que son los más.

(1) En las citadas naciones está reglamentado el socorro de los menesterosos con fondos que da el Estado, las provincias y los municipios, unidos á otros que proceden de fundaciones, legados y limosnas de todas clases. Inglaterra (Reino unido) empleó en 1897 la cantidad de 12.540,245 libras, en limosnas distribuidas por unas Juntas ó Consejos parroquiales, aunque á veces comprenden más de una parroquia (*poor law union*) y los menesterosos son socorridos en sus propias casas ó en asilos construidos al efecto (*work houses* ó *poor houses*).

En Italia hay una excelente institución, la *Opera pie*, reglamentada por la ley de 17 de Julio de 1890. Dicha institución posee un gran capital, actualmente más de 2.200.000,000 de liras, y tiene tanto crédito en el país que, en los 17 años transcurridos desde 1881-97, recibió 277.772,725 liras por nuevos legados.

Sin contar con los socorros distribuidos por las congregaciones religiosas, hay en Francia 15,227 despachos benéficos, *bureaux de bienfaisance* que distribuyen los fondos suministrados por los municipios, departamentos, fundaciones y particulares. La cantidad invertida por la beneficencia domiciliaria en 1895 pasó de 40.000,000 de francos.

En Bélgica la organización es parecida á la de Francia, y funcionan los depósitos ó asilos para los mendigos (*depots de mendicité*) y análogos despachos (*bureaux*) y además los hospitales, refugios y asilos que mantienen el Estado, las provincias y los municipios. En 1896 se gastaron en el socorro de los pobres 1.303,140 francos.

X.

Salvo excepciones, el hombre vive con arreglo á lo que gana, y mucha parte de la población española lo que gana gasta. Y no por largueza, imprevisión ó derroche, sino porque las necesidades y la falta de esperanza en mejorar de fortuna la alejan del ahorro.

Hay una clase, la menos numerosa, la de los ricos, que, si viven mal, es porque quieren: abusos de la fortuna, flaquezas de la voluntad ó achaques hereditarios los traen á mal vivir. ¡Cuántas cosas buenas pudieran hacer, y á veces hacen, los que no han menester de su tiempo para atender á las más perentorias necesidades de la vida! ¡Á cuántos ha perdido la falta de una regular ocupación! Después viene la clase media, cuyas avanzadas forman entre los poderosos, y el grueso se hunde y se pierde en el proletariado. ¡El proletariado de levita, el peor de todos, pues comprende á los que viven ó aparentan vivir como señores, y ganan menos que los carniceros, tahoneros, y aun que muchos obreros mecánicos (1)!

La vida de un pobre ordenanza casado y con hijos, con 1.000 pesetas de sueldo, es un problema que no parece tener solución; pero la de un empleado de 3.000 pesetas, en análogas condiciones de familia, necesitaría un Quevedo que resucitase para describirla. Y son los más los empleados con menos de 3.000 pesetas.

La vida de la clase media no puede estudiarse sistemáticamente desde un punto de vista higiénico. Bueno que se la lleve al teatro y á la novela, y que preocupe á gobernantes y sociólogos; pero nosotros debemos respetar la levita que la cubre, el aparato de la sala, las veniales mentiras del vestido y las apariencias del adorno. Corramos un velo sobre las fla-

(1) Diez pesetas de jornal, ó sean, 3,000 muy corridas al año, gana un ajustador del Dique de la Trasalántica, en Cádiz, mientras que un empleado de 12,000 reales cobra líquidos 10,600.

quezas, pues tras ellas se encuentra gente honrada, sufrida, sóbria y dispuesta á toda clase de sacrificios. Si á esta nuestra clase media, que hoy sin razón se considera fracasada, se la diera educación sólida, se la enseñara bien lo que estudia, se la acostumbrara á confiar en el esfuerzo propio, y no en el favor ajeno, se la aficionase á las profesiones usuales, á la agricultura y á la industria, daría de sí genio y virtudes excelentes.

La vida de los obreros es más transparente. Habitan muchos vecinos en una casa, no ocultan ni tienen para qué ocultar sus estrecheces, lucen el rumbo y la largueza, comen y viven en la calle, los días de huelga van de merienda, al café ó á la taberna, pueblan los hospitales y los asilos y se los puede estudiar en todos los aspectos de su vida. En cambio, ofrecen, especialmente los obreros urbanos, inmensa variedad de clases, y no pequeñas variaciones en una misma.

Los obreros urbanos varían mucho en los pequeños pueblos con relación á las ciudades: en aquéllos tocan y se confunden con los jornaleros agrícolas y alternan en sus oficios y en las labores del campo. Los obreros de las ciudades tienen un carácter especial, son más cultos, ganan más, comen mejor; pero están tocados de ambición, maleados por los vicios, mil necesidades los solicitan y respiran mal aire. El alcoholismo causa menos víctimas en nuestras ciudades que en las del extranjero (1); pero en cambio la tuberculosis hace estragos en la población obrera urbana.

(1) Apesar de esto, la cifra que paga la Diputación de Madrid para el sostenimiento de los dementes, casi se cuadruplicó en el decenio transcurrido desde 1878 á 88, no obstante haber acordado la corporación no mantener más alienados que los nacidos en la provincia de Madrid.

He aquí el número de tabernas de muchas capitales de España en relación con el número de habitantes. La proporción no es grande; pero es de advertir que me refiero á los datos oficiales y no cuento los casinos, cervecerías, confiterías, bodegas, fondas y mesones, en donde se expendien vinos y licores. En Oviedo hay una taberna por cada 100 habitantes; en Guadalajara, 1 por 123; en Santander, 1 por 152; en Toledo, 1 por 172; en Segovia, 1 por 194; en Cadiz, 1 por 220; en Málaga, 1 por 246; en Badajoz, 1 por 249; en Granada y Madrid 1 por 256; en Jaen, 1 por 324; en Córdoba, 1 por 326; en Zaragoza, 1 por 332; en Barcelona, 1 por 497 y en Lugo 1 por 1,345. Más tienen de curiosos que de exactos los datos que preceden.

XI.

Á una agricultura poco más que primitiva debe corresponder y corresponde una clase trabajadora pobre y tan inculta como el terreno. Los obreros agrícolas viven peor y ganan menos, y no obstante, si el paludismo no los diezmará en verano y otoño, se conservarían más saludables que los urbanos, por la falta de preocupaciones y el buen aire que respiran en el campo.

No lo pasan mucho mejor los propietarios, especialmente si tienen leña y carecen de capital. Aparte usureros y traficantes, los que mejor viven y más ganancia logran son los pequeños propietarios y colonos que labran por sí mismos sus tierras (1).

Según el censo de 1887, había en España 4.839,331 individuos dedicados ó empleados en la agricultura (2). Este número no puede ser fijo, pues constantemente emigran labradores hacia las profesiones de pluma, algunos ascienden á rentistas y no pocos paran en pordioseros. La inmigración

(1) Además de los datos que yo he podido recoger directamente en muchos pueblos agrícolas de Andalucía, Castilla, Santander y Provincias Vascongadas, he pedido y obtenido informes á multitud de amigos y compañeros cuyos nombres consigno en prueba de gratitud, y son los siguientes: Sres. Bernal, Gómez Ferrer, Ríos y Blanco, Guedea, Castro, Cabañas, Conde de Albornoz, Lasala, Goya, Palop, Blanco, Diaz del Villar, Rosique, Gómez Moreno, Berceiro, Iglesias y González, Beltrami, Yraola, Moya, García Blanes, Valderrama, Llorca, Benllode, Garcés, Rodríguez Morgade, y Ruiz (D. Daniel).

Como hecho de mi experiencia personal, que prueba la estrechez con que viven los jornaleros, apuntaré que, pagándose la visita del médico á 0,50 de peseta, ninguno puede pagar más de la tercera ó la cuarta, y muchas veces tiene que socorrerlos el facultativo. La poca ganancia y la falta de cultura y previsión les trae á estos extremos.

(2) En este número se cuentan los dos sexos, todas las edades y las relaciones todas, desde los propietarios hasta los jornaleros,

gración de las demás clases no puede ser grande, ni lo será, hasta que la agricultura tome vuelo en nuestra patria.

A la mayor parte de nuestros jornaleros falta trabajo todo el año, á menos que no estén acomodados á sueldo. Los atenidos al jornal, cuando más, trabajan 300 días al año, y eso que no huelgan siempre los días de fiesta (1). La razón es que las labores se atropellan aun en los años de cosecha, y no bastando para terminarlas en sazón los jornaleros del pueblo, se acude á los forasteros, y luego todos quedan parados.

En nuestro país, y descontando las provincias cantábricas, está poco desarrollada la emigración. Ni el hambre logra echar de casa á los campesinos, y tales han debido ser las que arrojaron malagueños y almerienses á la Argelia (2). Pero aparte de la emigración, los jornaleros gallegos, castellanos y aun andaluces se juntan en cuadrillas y van á otras provincias en busca de trabajo (3).

(1) En Andalucía y Extremadura no huelgan todos los días de precepto, sino dos veces al mes, y cuando duermen en los cortijos, se les paga medio día para que se incorporen y otro medio para que regresen al pueblo. En Castilla trabajan medio día, los de fiesta, ó huelgan por entero, y en casi todo el resto de España huelgan los días preceptuados, salvo cuando apuran mucho las labores del campo. En Levante, los jornaleros, lejos de disminuir el número de días de fiestas, los aumentan voluntariamente y se arreglan para que el año tenga 100 domingos (carta de D. Manuel Lasala.)

Pero aunque no dé un jornal, rara vez huelga de veras el trabajador del campo, que aprovecha los días de fiesta para labrar lo suyo ó se entretiene en sus quehaceres domésticos.

(2) Según los últimos datos publicados por el Instituto Geográfico y Estadístico, en el quinquenio de 1891 á 95 emigraron de España 399,241 individuos, é inmigraron en el mismo período 300.890; déficit para la población española en el citado quinquenio, 98.351 habitantes; pero si se tiene en cuenta que entre los inmigrantes se cuentan 82.838 militares y 1974 funcionarios que fueron destinados á las colonias, y no pueden considerarse como tales emigrantes, queda reducida la pérdida de población á 18.519 individuos. Sumando á esta cifra los 20.482 militares y empleados que regresaron y no son, por tanto, inmigrantes, alcanza la pérdida efectiva de población á 34.021 habitantes, ó sea 0,39 por 1000 habitantes al año.

(3) Los gallegos van á segar á la mayor parte de las provincias; los

Nuestros jornaleros del campo trabajan de sol á sol, y excepcionalmente de noche en la recolección de cereales. Cuando trabajan sólo de día, se les conceden media hora para almorzar y una para comer; en ciertas regiones otra media hora para merendar; en muchas dos para la siesta, desde Mayo á Septiembre, y si el trabajo es rudo, v. gr., la cava, se les dan descansos de 15 minutos. En Andalucía se llama *cigarros* á estos descansos.

En general, las mujeres españolas se ocupan en el arreglo de su casa y crianza de sus hijos, y si salen al campo, trabajan en las faenas menos penosas, recolección de frutos, escarda y vendimia; sólo en las provincias del Norte comparten las labores del campo con los varones.

La ganancia anual de un jornalero varía mucho en las diversas provincias (1) y según las labores; pero puede calcularse en 300 pesetas, término medio, fuera de su ración en el campo, ya le mantenga el amo, ya coma por su cuenta. Con las 300 pesetas ha de atender á su familia, si la tiene, vestirse, pagar casa y comer por las noches, cuando vuelve del tra-

sorianos bajan á trabajar á Córdoba y Sevilla; Los de la campaña de Córdoba á la Andalucía baja; los granadinos y almerienses van á la recolección de la aceituna en las provincias de Jaen, Córdoba y Sevilla; los de la serranía de Ronda á las campañas de Jerez, etc.

(1) Según los datos del Instituto Geográfico y Estadístico, con relación á los jornales de los agricultores en los pueblos menores de 6,000 habitantes, de las provincias de Almería, Canarias, Alicante, Pontevedra, Coruña, Orense, Oviedo, Cádiz, Barcelona, Santander, Lugo, Alava, Málaga, Baleares, Murcia, Granada y Vizcaya, los más caros se pagaron en la de Barcelona (1893-94), y salieron á 2,29 pesetas, término medio, y en la de Vizcaya (1895) á 2,30 pesetas. Los jornales más baratos resultaron en las provincias de Granada y Canarias (1893 y 94) á 1,25 y en Alicante (1895) á 1,26. El valor medio de los jornales en las 17 provincias mencionadas durante el trienio de 1893 á 95, fué de 1,53 pesetas.

El jornal varía mucho con las regiones, localidades y labores, siendo siempre corto en todas partes. Por excepción y en trabajos muy penosos excede de 2 pesetas. Valgan de ejemplo los guadañadores del Alto Aragón, que ganan 5,50 pesetas; los arrancadores de esparto y cogollos de palma de Almería, 6; los plantadores y recolectores de arroz de 2,50 á 4; los segadores de 2,50 á 3,50 y los cavadores de viñas de Jerez de 2,50 á 3 pesetas.

bajo, y los días que no tiene empleo. Supongamos el caso más favorable, un matrimonio con solo dos hijos, ya criados, para que la mujer pueda ayudar con su trabajo en unas cien pesetas al año; pero no en edad de contribuir con sus jornales. Los cuatro individuos gozan de buena salud, son económicos y sobrios; el padre no va á la taberna, y no les falta trabajo ni á él ni á la mujer para ganar entre los dos 80 duros al año (1). Quitemos 10 para alquiler de la habitación y otros 10 para vestirse todos, jabón para lavar, y reposición del mobiliario (2). Supongamos aún que se trata de una de las mejores regiones para el jornalero, ó que este está acomodado y come en casa de los amos: siempre nos resultará el problema de tres individuos, una mujer y dos niños viviendo al día con 0,80 de peseta. Empleados en pan, se podrán comprar dos kilogramos, que repartidos entre los tres, tocan á cada individuo 666 gramos (3). Casi se puede sustentar el cuerpo con este régimen ó con otros parecidos, v. gr. permutando algo de pan por patatas, legumbres, aceite ó tocino. ¿Pero es esto vivir? dirán los que me oyen. «Ya nos aseguraras esa vida», contestarían muchos jornaleros de Castilla, Extremadura y Andalucía. En efecto, parece que deben vivir peor de lo que resulta de nuestro hi-

(1) La ganancia media anual de un jornalero es difícil de calcular, no sólo por lo que varía, sino por los complejos motivos que influyen en el presupuesto de ingresos. Si se atiende sólo á la ganancia metálica por los jornales que presta, su ingreso anual se separa poco de 300 pesetas; si se añade lo que el jornalero se agencia de mil modos, la renta se eleva á 400, á 500 y aun á 600 pesetas. Esta última cifra es excepcional y más raro aún que la rebasa un jornalero; sin embargo, en Calatayud, según los datos que me proporciona mi compañero D. Luis Guedea y Calvo, se calcula en 625 pesetas la ganancia del año.

(2) Los jornaleros viven en habitaciones miserables, húmedas, sin luz y sin ventilación, en promiscuidad con las bestias, de las cuales les separa muchas veces una viga atravesada y otras un tabique, y por estos albergues pagan de 40 á 75 pesetas al año. En Levante suelen pagar, cuando tienen cuadra para las bestias, hasta 175 pesetas de alquiler.

(3) Los 666 gramos de pan producen en números redondos 300 gramos de hidrato de carbono, 60 de protéicos y 10 de grasa, ración insuficiente para un adulto. Algo mejor comen los obreros de Levante, cuya ración varía poco en la actualidad de la que describió Sáenz Diez en 1879, y mejor aún comen en Vizcaya, Alava y Cataluña.

potético presupuesto, pues ni todos los jornaleros están acomodados, ni dejan de estar enfermos, ni la mujer puede ir siempre á trabajar, ni son dos los hijos pequeños. Y todo esto se ha supuesto en el hombre sin vicios, juegos ni diversiones. Cierto que la taberna hace menos víctimas en el campo que en la ciudad; pero así y todo se ven concurridas los días de fiesta, y si no se bebe todos los días, ninguno deja de fumarse (1).

¡Cuántas veces en temporadas lluviosas ó muy secas he visto á los pobres jornaleros pedir de puerta en puerta y acudir al Municipio en busca de socorro! Años de hambre y años de caminos son sinónimos en mi tierra, porque en esas calamidades el Estado, la Provincia y el Ayuntamiento emplean á los pobres en la reparación de los caminos.

Los propietarios también reparten pan; pero poco pueden hacer los más de ellos. La carestía de la producción encierra al labrador y al jornalero en un círculo vicioso, pues en los años de cosecha aquél se arruina por defecto del precio de los frutos, y en los estériles perece el peón á falta de trabajo y pan (2).

Lo imposible no es condición para nadie, é imposible resulta la vida de los jornaleros en las condiciones antedichas; y, sin embargo, viven, y no todos en el campo están hambrientos. En los pueblos donde pasé mi juventud se ven caras de rosas, muchachas alegres y limpias, no mal calzadas, vestidas con cierta coquetería y flores en la cabeza; no ha muchos años los hombres se sangraban las primaveras *para rebajar la fuerza de la sangre*, y las casas se encalaban y se encalan cada día de fiesta solemne y parecen palomas blancas.

(1) Casi todos los jornaleros fuman y consumen en tabaco por valor de 0,10 á 0,20 de peseta al día.

(2) La crisis afecta á propietarios y á obreros; sólo que éstos la soportan desde tiempo inmemorial y aquéllos han logrado rachas de buena fortuna. Por eso la depresión actual la notan los propietarios, singularmente los labradores de Castilla y Andalucía. En las casas andaluzas de grandes labores se han reducido los empleados y ha desaparecido una especie de jefe de estado mayor de los obreros, *el hacedor*. (Carta de mi amigo y compañero D. Manuel Bernal con informes sobre los labradores de Medina Sidencia.)

¿Cuál es el secreto? El secreto está, en primer término, en el vigor de la raza, que se consume prematuramente en lucha desproporcionada; se vive á costa de la máquina, se vive mal y se vive menos (1). En segundo lugar, está la industria del jornalero buscavidas, que en los días de paro ó de huelga, y por las noches, se ingenia para ganar dinero. Hace cestas, caza aves y conejos, con lazo, á tiros ó como puede; coge espárragos, corta leña en el monte, busca sanguijuelas, trae flores campestres para los herbolarios, pesca en los ríos, etc., etc. Hay jornaleros que tienen su terrazgo, huerto, olivar, majuelo, casa propia, vaca ó cerdo, asno, y con todo ello se ayudan y lo pasan mejor. Estos, que con razón se llaman acomodados, aprovechan los paros y días de fiestas para trabajar en lo suyo, comen torrezno de su cerdo, leche de su vaca ó de su cabra, se compran traje de paño cada bienio, dan ajuar á las hijas cuando se casan, y dejan algo que testar cuando se mueren. ¿Por qué no son todos los jornaleros acomodados? Por la misma razón que no son todos hermosos, ni todos buenos; pero hay otra universal á los desheredados y á los riquillos: la falta de cultura. Á tener otra, otros serían los campos y mayores sus ganancias.

XII.

Los mineros (2) ganan más jornal que los braceros del campo; pero pagan con la salud y con la vida la ventaja que sacan á su trabajo. Prescindiendo de los accidentes traumáticos, tan frecuentes en las minas y

(1) «Los efectos de la alimentación sobre la salud de la clase jornalera son los siguientes: los hombres alcanzan regular estatura, son todos enjutos, soportan bien el trabajo al sol y llegan á una regular vejez. »Las mujeres se depauperan horriblemente desde el primer embarazo y la lactancia que le sigue: á los 30 años están marchitas; á los 40 son ancianas.» Informe de D. Manuel Lasala sobre los jornaleros de Castellón (Comunicación privada).

2) En 1898 había empleados en las minas de España 75.000 hombres,

canteras, los mineros enferman casi siempre, porque carecen del primer elemento de vida, aire puro respirable. Lo menos malo que contiene el aire respirado por los mineros, es polvo que irrita mecánicamente las vías aéreas, y de ordinario está envenenado por el anhídrido carbónico ó por vapores y polvos tóxicos, como mercurio, plomo, etc.

Á la acción letal de los citados venenos, añádese la fatiga de un trabajo rudo y continuado, la falta de luz solar y el exceso de presión y de humedad del aire que respiran los obreros en el fondo de las minas, y la reata de la herencia que pesa sobre muchos mineros, hijos de otros mineros, y trabajando ellos mismos en las minas desde los diez á los doce años. Así se comprenden los estragos que la anemia y la tuberculosis hacen en la población minera, condenada, por la manera de ejercer su oficio, á la vejez y á la muerte prematuras. Sólo faltaba duplicar la herencia morbosa para mal de los hijos, y así ocurre en muchos distritos mineros, en donde las mujeres padecen las mismas enfermedades que los varones, ya porque participen de la atmósfera envenenada que se extiende desde las minas á la población, (ejemplo, Almadén) (1), ó porque trabajan ellas mismas con el mineral, como ocurre en las minas de Almería, Aller, La Reunión y Linares (2).

Para mejorar las condiciones de vida de los mineros, hay que prohibir los trabajos á las mujeres en toda edad, y á los varones hasta que cumplan los veinte años, jubilar á los inútiles, cansados y viejos (3), limitar á 6 ó 8 horas la tarea en el interior de las minas, pagarles el jornal sin trabajo los días de fiesta, concederles ciertas vacaciones en el año para re-

450 mujeres y 1.800 niños, según datos que inserta The Statesman's Year Book, para 1900.

(1) Estudio clínico de las enfermedades que padecen los obreros de las minas de Almadén, por D. Ricardo Gómez de Figueroa. Madrid, 1888.

(2) Informes de mis compañeros D. Baldomero García Blanes, Don Francisco Arista y Montes, D. Emilio Alvarez Riveras, D. Antonio Rosique y D. J. García López.

(3) La Sociedad Hullera Española concede pensiones vitalicias á los obreros inutilizados en el trabajo, á los padres y viudas de los muertos en los mismos trabajos y á los mayores de 55 años con 20 de servicios. Este ejemplo debía imitarse por todas las compañías mineras.

ponerse y construir habitaciones saludables para los obreros. Lejos de eso, se les abandona á su codicia (1) y se les deja trabajar hasta que se agotan; no se dedican al descanso los días de fiesta más que por las empresas extranjeras, no por las españolas, con excepción de algunas minas, las de Aller por ejemplo; nadie cuida de educarlos ni de instruir á sus hijos; viven en chozas ó en tugurios, hacinados, dos huéspedes para cada camastro, que nunca está vacío, porque los ocupantes se relevan y transmiten las enfermedades.

Algo se ha conseguido mejorar la vida de los obreros en algunos distritos; pero en los mejores deja mucho que desear (2).

La alimentación de los mineros es mejor que la de los campesinos, en cantidad y calidad, sobre todo, por la cantidad, pues ni las tabernas ni cantinas se distinguen por la bondad de sus comestibles. Es de advertir que en las minas donde hay sociedades cooperativas, el minero come

(1) Esta codicia destructora no se justifica muchas veces ni por el ahorro, pues faltos de educación y de previsión los obreros, gastan en la taberna y en el regalo lo que debieran guardar. «Hay que ver los mercados de los mineros de Huelva, por ejemplo. Allí se encontrará abundancia de pollos, gallinas y perdicés y las mejores frutas.» .. «Así ocurre el hecho extraño de que el aumento de precio de jornales dé por resultado inmediato desorden en el régimen y por resultado mediato mayores necesidades insatisfechas y mayor miseria. (Dr. Rude-ríco, «La Felicidad», Madrid, 1894, pág. 115.)

(2) He aquí, según D. Antonio Rosique, la ración alimenticia de un minero adulto de la sierra de Cartagena: 1.300 gramos de pan, 80 de arroz, 80 de judías, 200 de patatas, 100 de pescado salado (sardinas, bacalao, atún ó caballa), 100 gramos de aceite, 750 de verduras y frutas, 400 de vino y 50 de aguardiente. Esta ración cuesta 1,24 peseta.

Los mineros de Bélmex, según el Dr. Sánchez, se desayunan con una tortilla de huevos con patatas, ó migas, ó bien 100 gramos de pescado seco, 40 gramos de fruta seca y 500 de pan. Cenán cocido, en cuya composición entran 100 gramos de garbanzos, 25 de tocino y 50 de carne. De postre frutas y ensalada.

Una excepción dichosa desde todos los puntos de vista ofrecen los mineros de «La Esperanza de Reinos», los cuales viven honestamente, educan sus hijos y comen bien. (Informe del Ingeniero citado muchas veces por D. Damián Isern, en su libro titulado «Del Desastre Nacional», Madrid, 1900, págs. 33 y siguientes.)

mejor y más barato. ¿Por qué no las hay en todos los distritos mineros?

El jornal medio de los mineros puede calcularse entre 3 y 4 pesetas en el interior de las minas, y en 2 pesetas en los trabajos exteriores. (1) La jornada para los trabajos exteriores es de sol á sol, menos cuando se trabaja á destajo y el obrero fuerza su labor para acabar antes: en los interiores se trabaja de 10 á 12 horas, excepto en las minas de Linares, en las que la jornada dura 8 horas, y en Almadén 6.

XIII.

Bien conocía á sus compatriotas el español que los comparó á molinos que muelen á represas, y eso que quizá no trató á los prototipos de la clase, á los pescadores. La cuarta parte ó más del año la pasan en tierra sin hacer nada, tendidos, tomando el sol, fumando gravemente ó bebiendo en las tabernas: el resto en la mar, trabajando, es cierto; pero faena tolerable las más veces, como cuando salen á tres ó cuatro millas de la costa y vuelven á las seis ú ocho horas con las lanchas colmadas de sardinas. Bastante más que hacer dan las merluzas, los besugos y las pescadillas, pues hay que ir lejos y gastar en su pesca 16 ó más horas. Pero el mayor trabajo, y el mayor riesgo también, lo dan los bonitos, que hay que

(1) D. Emilio Alvarez Riveras, médico de las minas de Aller, calcula el jornal medio de los obreros de dichas minas, en el interior, en 3,364. y para el exterior, en 2,979. El mismo Señor Alvarez aprecia en 285 los días de trabajo al año, y en 10 días, los que el obrero, por estar enfermo, cobra un socorro de 1,07 pesetas; y deduciendo el 3 por 100 para la caja de socorros y 30 pesetas por alquiler de la habitación, resulta un líquido de pesetas 804,24, que repartidas entre los 365 días del año, dan para cada uno de ellos 2,20 pesetas. Con esta cantidad ha de atender el minero al alimento, vestido y diversión, y suponiendo compuesta la familia de cuatro personas, de las cuales el cabeza de familia gana la referida cantidad, y los hijos 0,84 céntimos diarios, resulta un total de pesetas 3,04, que distribuidas entre cuatro personas, dan para cada una 0,76 diarios.

pescarlos á fuerza de vela, mar adentro, á donde se pierde de vista la costa. De la pesca del bonito se vuelve á las 24, 48 ó 72 horas, y á veces no se vuelve.

Mientras el mar y el viento se muestran favorables, las faenas de remar, gobernar y pescar son tan rudas como las de un cavador ó un cantero, y muchas veces, ni tanto; mas cuando el huracán hincha las olas y entre montaña y montaña de agua se entabla la lucha por la vida, es sobrehumana la brega y los marineros titanes ó héroes. Para describir estas cosas se necesita pluma de oro, y nunca mejor que en ellas se ha empleado la del insigne Pereda.

Estas luchas son las avenidas que dan de través, en ocasiones, con el molino y los molineros; las pescas trabajosas son las tareas con represas, y luego, á tomar el sol. Los pobres marineros viven como «verdaderos párias; pero relativamente felices, porque como no saben otro oficio, y además *carecen de toda cultura*, sólo esperan el día de regular producto para celebrarlo emborrachándose» (1). Sin embargo, en esta vida, mala y todo, hay algo de aventura y de desorden, que gusta sobremanera á nuestra gente.

¿Y la ganancia? Es tan eventual como la pesca, y oscila entre 1,50 y 2,50 pesetas al día, quedándose en la primera cantidad los pescadores del Cantábrico y Mediterráneo (2), y alcanzando, y aun pasando la última, los que pescan en el Atlántico (Cádiz, Puerto de Santa María, Sanlúcar, Vejer, etc.).

Cien pesetas de plus al año logran en el Cantábrico los patrones de lan-

(1) Carta de D. Baldomero García Blanes acerca de los pescadores de Almería.

(2) El mismo García Blanes describe así la ganancia de los pescadores de Almería: «Al llegar al puerto, se subasta el producto, y del líquido que resulta, después de cubrir gastos, como carnada ó cebo para el arte y pan y vino para los tripulantes, se hacen tantas partes como tripulantes, una para la jarcía ó arte, dos para el Patrón, cinco para el barco y una para el dueño de una yunta encargada de la tracción para varar el barco; en resumen, les queda una miseria, hasta el punto que de 100 pesetas, en que se remate la pesca, apenas si tocan 2 á cada pescador.»

chas que pescan merluza y bonito, y doscientas los de las sardineras. En el Atlántico, el patrón gana tres veces lo que un marinero, y en el Mediterráneo próximamente lo mismo,

La ración casi la constituye el pan, y los que mejor comen son los de la costa gaditana (1). Cuando los marineros cántabros salen á la mar por menos de un día (sardineras, besugos y merluza), come cada hombre de 500 á 750 gramos de pan de maíz ó de trigo y bebe medio litro de vino tinto, si van bien las cosas. A la noche, en sus casas, otra ración de pan y un poco de pescado asado ó cocido. Lo que ellos llaman puchero, y no es más que un potaje de habichuelas, patatas y verduras, suavizadas con un poco de aceite ó tocino, lo comen por excepción, y carne, tres ó cuatro veces en el año. Los pescadores de altura, sobre todo si han de estar en la mar más de 12 horas, suelen añadir á la ración de pan otra de pescado asado ó cocido.

Mientras los maridos y los hijos grandes están en la mar ó en tierra, las mujeres se dedican á vender el pescado. En Laredo, las pejineras, que así se llaman estas vendedoras de pescado, constituyen un tipo curioso. Descalzas de pie y pierna, saya corta por encima de la rodilla, no muy limpia de ordinario, y remendada casi siempre, un jubón ó un mantón cruzado al pecho, cuando hace frío, y un pañuelo sirve de tocado y guarda el moño. Sobre la cabeza lleva una canasta con el pescado (tres ó cuatro arrobas, si es sardina) y en este jaez corre y recorre, al trote cuando va, y con más calma cuando vuelve, un camino que varía entre 30 y 50 kilómetros (ida y regreso comprendidos). Estas mujeres, que parecen alegres y son más habladoras que las costureras, ganan según la venta, próximamente 1,50 pesetas, como sus hombres. En el camino comen pan, alguna sardina asada, y beben cuanto vino y aguardiente pueden.

¿Quién cuida de la casa, quién guisa y lava, quién limpia? preguntarán los lectores. La casa no ha menester ni cuidado ni custodia: tiene poco

(1) El pescador gaditano come en la mar sopas de pescado y éste guisado de varios modos, y en tierra, come sopas con carne, tocino y postres, (frutas de ordinario). Un marinero de Sanlúcar se come dos pesetas cada día, contando el valor del pescado de su ración.

que perder y se trata de gente honrada. Lavar, se lava de tarde en tarde, y no porque haya mucha ropa, que á veces no hay más que la puesta. La limpieza no es ni ha sido nunca cuestión en la casa de un pescador, y por lo que hace á guisar, pronto se asan unas sardineras ó se cuecen unos verdes ó caballas.

La habitación, si tal nombre merecen los tugurios donde viven (1), cuesta de 50 á 60 pesetas al año, y por la mañana, cuando los inquilinos se despiertan, huelen... Más vale no decirlo.

Mucho mejor situación, quizá la primera entre todos los obreros en España, gozan los marineros de cabotaje y altura (en barcos de vela y de vapor); y no digo si se trata de obreros mecánicos, como maquinistas, fogoneros, carpinteros, etc.

El cabotaje en la costa cantábrica se hace por pataches, pailebots, goletas y bergantines y vaporcitos mandados por patronos expertos en la navegación entre Bayona de Galicia y Bayona de Francia, ó por capitanes que sirven en líneas regulares de vapores. Lo ordinario, en los buques pequeños, es que el patrón y la tripulación coman por su cuenta y entren á la parte en la ganancia; pero otras veces van á sueldo y comen por cuenta del armador. En este último caso ganan 70 pesetas mensuales, los marineros; 100 pesetas, los fogoneros; 175 á 200, los maquinistas (2), y 200 los capitanes ó patronos. Comen bien, al tenor de lo que cuesta la ración, 50 pesetas mensuales la de los patronos y 30 la de los marineros.

Quando la tripulación entra á partir en las ganancias del barco, comen peor, pues la codicia y la necesidad se combinan para reducir la ración. Las patatas, las habichuelas, las berzas y algún pescado que pescan constituye el relleno de la comida, y el pan es la base de la alimentación. La ganancia suele ser tan variable como el tiempo. En verano, con la mar bella y encontrando fletes de ida y vuelta, suelen salir mejor librados que

(1) «Viven muy mal, en tugurios llamados casas, por los que pagan de 4 á 6 pesetas mensuales. En las tales viviendas viven hacinados, faltos de ventilación y de higiene, carecen de retrete y tienen que hacer sus necesidades en la calle.» García Blanes, Carta citada.

(2) Sin título.

los que van á sueldo (1). En cambio, con tiempos duros, encerrados en los puertos y comiendo á cuenta de la ganancia futura, lo pasan mal.

En la costa mediterránea, la vida de los marineros que sirven en los barcos de cabotaje es análoga á la de los cántabros, y no hay para qué detallarla.

Tampoco varía mucho en cuanto á sueldo, aunque es mejor en punto á seguridad y ración, la vida de los marineros de altura. Ganan de 75 á 80 pesetas mensuales (2).

Dos puntos flacos tiene la vida del marinero, ya sea de cabotaje ó de altura: la continuidad fatigosa del trabajo y la falta de porvenir, cuando por edad ó accidente no sirven para navegar. En los barcos no hay días de fiesta, ni noche para el descanso. No se descansa más que cuando no hay trabajo, y esto ocurre muy de tarde en tarde.

El personal, mientras cumple, tiene su plaza segura; pero como no tenga ahorros, y estos no los pueden hacer los marineros que tienen familia, sucede que á la vejez se encuentran muchos sin colocación ni amparo (3). Las compañías y los mismos marineros deben pensar en esto, para crear fondos de reserva con que atender á los inútiles y retirados.

XIV

Ahora me toca hablar de los españoles sujetos á un régimen administrativo, y que viven á expensas del Estado, de las Provincias, de los Municipios ó de las Sociedades benéficas. Dichos sujetos se prestan á una descrip-

(1) El 40 por 100 de la ganancia líquida de los fletes corresponde al barco; 5 por 100 al capitán y el resto se reparte entre la tripulación, considerándose como unidad el marinero, el capitán como unidad y media y el motil como tres cuartos. Esta distribución es casi general en los pequeños barcos que hacen el cabotaje en nuestras costas.

(2) He aquí los sueldos mensuales de los tripulantes de la Compañía Trasatlántica: marineros, 80 pesetas; carpinteros, 100; cocineros, de 100 á 200; pinches, de 40 á 50; panaderos, 100; camareros, de 40 á 75; fogoneeros, 50; maquinistas de 1.ª, 625; de 2.ª, 450 y los aprendices, 125.

(3) M. Tongo. Comunicación privada.

ción completa; pero para juzgar de su vida, sólo tengo algunos datos administrativos, y estos casi nunca declaran la realidad. Dejo la tarea á otros y aquí solo daré dos notas: una pesimista, deducida de las relaciones oficiales, y que denuncian un malestar enorme en las Inclusas (1) y Hospicios, á cargo de las Diputaciones provinciales, y otra optimista, sugerida por observación propia: la esplendidez con que son atendidos los inválidos del trabajo en el Asilo del mismo nombre. Aquí se realiza la caridad con largueza, que lejos de humillar eleva al socorrido. Los inválidos viven en un palacio rodeado de jardines y bosques, comen bien en regio comedor, duermen en salones fastuosos y pulcrísimos, y son atendidos con tierna solicitud por las hijas de la Caridad.

Pero hay una clase numerosa de individuos sometidos á un régimen administrativo, que solicita mi estudio, ya que los datos me los encuentro á mano en la excelente Memoria escrita por mi amigo D. Rafael Salillas, editada oficialmente con el título de «Anuario Penitenciario», año de 1888.

En 20,000 individuos, poco más ó menos, puede calcularse la población de nuestros presidios y cárceles correccionales. La sociedad los aísla para que se corrijan y no hagan daño, mientras se corrigen; y lejos de eso, por la mala administración de nuestros establecimientos penitenciarios,

(1) D. Amalio Gimeno en el Senado, el Dr. Rodríguez Pinilla en el Ateneo y los periódicos de esta corte, se han quejado de la enorme mortalidad de niños en la Inclusa de Madrid. Desde 1881 á 1890 ingresaron unos 14,000 niños, y murieron 11,000, la mayoría en el primer año fuera de la casa. El año 96 murieron 687 niños, y el 97, 622. Por desgracia, las Inclusas de las provincias no están mucho mejor administradas y la mortalidad de niños es horrible. Estos males hay que corregirlos con urgencia, sin que nos consolemos con el triste ejemplo que, por lo que hace á París, nos ofrece Zola en su última obra «Fecundidad». Quiere decir que no andan mucho más adelantadas las cosas en el extranjero; pero no es esto razón para que nosotros dejemos de remediarlas.

La mortalidad de los niños en España no sólo es horrible en las Inclusas, sino también en las ciudades, pues mueren el 4 por 100 de los nacidos antes de llegar á los 5 años. El año de 1884 murieron más, el 589 por 100. En Valladolid ha llegado á 620 por 1 000, en Logroño al 51 ó 52 por 100 y en Zaragoza al 75 por 100. Con razón pedía el Sr. Gimeno en el Senado que se votase una ley de protección de la infancia.



se convierten muchos de estos en escuelas del crimen, á tal extremo, que en el ánimo de los jurados pesa la condena de un delincuente, si lo es por vez primera, ante la probabilidad de que su pasión se agrave en la cárcel y en el presidio. Sin embargo, en esto, como en todo, hay que mirar adelante, porque lo que dejamos atrás fué bastante peor.

La población penal se alberga en 19 presidios y 456 cárceles. De estas hay 251 cuya fecha de construcción se ignora; 45 fueron construidas antes del siglo XVII; 22 en dicho siglo; 52 en el XVIII; y 67 en el que acaba. Estas últimas son las mejores, no sólo por los adelantos de la arquitectura y de la administración penal, sino porque fueron construidas para encerrar presos, mientras que muchas de las antiguas fueron Casas Consistoriales, conventos, pósitos, palacios, fortalezas y casas particulares. En las modernas hay 17 del sistema celular.

De los presidios, 11 fueron conventos y 7 cuarteles ó fortalezas. Sólo dos edificios en Ceuta (Jadu y Serrallo) y el penal de Pedrera, en Tarra-gona, son obra de este siglo.

En estas prisiones *toda incomodidad tiene su asiento*, muchas son insalubres y las más se prestan fácilmente á la fuga de presos. De las cárceles, se dan 194 en condiciones higiénicas, y 252 se tienen como insalubres: de los presidios, 8 se estiman como salubres, y sin condiciones higiénicas los demás. No hay que decir que estas son muy relativas, aun en los establecimientos que se dan por salubres.

Lo que puede el ingenio de los presos, cuando tratan de evadirse, nadie puede calcularlo; y por eso son posibles las fugas de todas las cárceles. Pero mientras que ha habido 161 fugas en 93 cárceles sin condiciones de seguridad, sólo se refieren 294 de las 227 cárceles que se tienen por seguras.

Las cárceles las costean los Municipios y las Provincias, y por la falta de uniformidad de su régimen no se prestan á una descripción común. Lo contrario ocurre en los presidios, mantenidos por el Estado, y en los cuales la alimentación es uniforme y la estadística de trabajos muy completa. Desde estos dos puntos de vista merece estudiarse la vida de los penados.

El Estado pasa 0,42 peseta, término medio al día, para la ración de los penados, sin distinción de sexos, y mediante contrata, se les sirve una comida reglamentada. Habiendo por medio contratista, es de temer que (1) no sean los alimentos de primera calidad; pero no hay temor por lo que hace á la cantidad, pues como muchos penados comen por su cuenta, nunca es escaso el rancho.

Reduciendo á principios inmediatos los alimentos que figuran en las listas semanales, y dividiendo por siete la cantidad que arrojan, sácase en números redondos, para la ración diaria de los penados, 471 gramos de hidratos de carbono, 22 de grasa y 152 de materias azoadas. Este presupuesto satisface, en el papel, la nutrición de un adulto, y con mayor razón, si el adulto trabaja poco, como sucede á la mayoría de los corrientes. Pero la satisfacción, repito, no es más que aparente, pues he tasado las especies alimenticias por los análisis hechos por autores nacionales y extranjeros sobre alimentos de primera calidad, no alterados ni adulterados. Mas aun suponiendo la mayor excelencia en los alimentos que suministran los contratistas, todavía resultaría déficit en la ración, por las mermas y desperdicios de aquéllos, y por los descuentos de lo no digerido, absorbido ó metabolizado.

El cuidadoso autor de la Memoria Penitenciaria calcula la ración dia-

(1) He aquí la ración semanal de los penados, según el Reglamento vigente:

Especies alimenticias.	Año de 1886.		
	Gramos.	Nitrógeno.	Carbono
Garbanzos	500	18,30	220
Judías.	300	11,76	129
Patatas	2,100	6,93	281
Arroz	800	5,40	123
Carne	250	7,50	27,50
Bacalao	150	7,53	24
Tocino	160	2,04	113,82
Pan	4,550	54,60	1,365
	8,310	114,06	2,233,32

«Anuario Penitenciario para al año natural de 1888», págs. 238 y 239.

ria, por individuo, en 16,29 gramos de nitrógeno y 319,04 gramos de carbono, cuyas cifras no sólo satisfacen, sino que exceden á las que han menester los adultos para su ración de entretenimiento (1); pero sobre tener en cuenta las razones antes alegadas, hay que observar, y lo observa el Dr. Salillas, que un tanto importante del ázoe procede de los alimentos vegetales, y no puede considerársele como constituyente de substancias protéicas.

Peor que la mesa anda la organización del trabajo en los penales, siendo este empeoramiento antecedente y efecto de la mala alimentación. Antecedentes: el 61,40 por ciento de la población penal no realiza trabajo alguno remunerado y activo; el 32 por 100 se ocupa en servicios interiores de los establecimientos, y su trabajo ni luce ni parece; y cerca del 30 por 100 permanece en ocio completo. De la cantidad que gana el corrigendo, la mitad es para el Estado, y se calcula en 0,06 pesetas cada día laborable; pero como la alimentación cuesta 0,42, resulta un déficit para el Tesoro de 0,36 diarios, amén de la ración de los días festivos, vestido, hospitalidades, etc. El régimen parece hecho á propósito para que resulte perjudicial al cuerpo y al alma del penado y oneroso para el Tesoro. «Los únicos que en España no contribuyen á las cargas públicas y disfrutan de protección directa é indirecta del Estado son los reclusos, los hombres y las mujeres colocados fuera de la ley en los Establecimientos penales.» Con estas frases concluye una parte de su trabajo el autor de la Memoria.

Consecuencia de la mala vida son las muchas enfermedades y defunciones que afligen á los reclusos. El mayor contingente de enfermos lo proporcionan las afecciones de los órganos respiratorios; después las gastro-intestinales, luego las fiebres (catarrales, gástricas y tifoideas), sigue el reumatismo, y en último término el paludismo. Aparte este último, que es endémico en Melilla, Cartagena y Valladolid, las demás enfermedades tienen su origen en el hacinamiento, falta de ventilación y de limpieza, hu-

(1) Según Saenz Diez, la ración de un hombre adulto debe contener 12,51 gramos de ázoe y 264 de carbono.

medad, escasez de luz solar y mala alimentación. Por rudas que sean las faenas al aire libre, las ventajas del aire puro respirado compensan los efectos de la fatiga.

XV.

El tanto de vida humana puede apreciarse, en un país cualquiera, por el número de individuos de todas las edades que sustenta ó por la longevidad de los mismos. Ni el aumento de población, ni la mayor duración de la vida, ni la extrema longevidad deben confundirse, sin embargo, con la vitalidad. La de una nación no sólo depende de los tres enunciados términos, sino de la riqueza, cultura, genio y poder. Tan compleja es la definición, que un mismo dato, la emigración, puede ser signo de la vitalidad de un pueblo, que extiende sus dominios y coloniza, ó de la decadencia de otro, que busca en tierra ajena el sustento que no encuentra en la propia.

Nuestra nación ha ganado en un siglo 7.679.621 habitantes (1), ocupa el sexto lugar en Europa, respecto á fecundidad (2), y no se ha duplicado por las guerras, epidemias, catástrofes, emigraciones, y principalmente por la pobreza y falta de higiene. Las guerras, y en especial las civiles (3),

(1) Crecimiento de la población española desde 1787 á 1897:

Años.	Población.	Densidad por kilómetro cuadrado.	Años transcurridos del último c. nso.	Crecimiento total.	Crecimiento anu- l. Absoluto. Por 100.
1787	10.409.879	20,66	»	»	»
1857	15.464.340	30,65	70	5.054.471	72.207 0,69
1860	15.673.481	30,99	3	209.141	69.713 0,45
1877	16.634.345	32,96	17	960.809	56.517 0,36
1887	17.550.246	34,78	10	915.901	91.570 0,55
1897	18.089.500	35,85	10	539.254	53.925 0,29

(2) El promedio de los nacimientos en España, según el Sr. Alba, era de 635,935, en el año de 1872.

(3) Las guerras civiles son crónicas en España y duran de 7 á 10 años y no terminan por el triunfo de las armas. (Luis Morote, «La Moral de la derrota»).

que han sido nuestra mayor calamidad, apenas se padecen hoy por los pueblos cultos; las epidemias pierden terreno, como lo prueban las de peste bubónica últimamente padecidas en la India inglesa, en Alejandría y en Oporto, y sólo es cuestión propuesta y no planteada en España la higiene, que nos redimiría del espantoso tributo que pagamos á la muerte (1).

Nuestra pátria, por su censo, ocupa el séptimo lugar entre las naciones de Europa, y uno de los últimos por la densidad de su población. Provincias tenemos, como Cuenca, Soria, Ciudad-Real, Albacete y Guadalajara (2), no mas pobladas que las estepas de Rusia, y en su totalidad la población española da 35 habitantes por kilómetro cuadrado (3).

Las provincias más pobladas de España, aparte de lo que en la densidad influyen los grandes centros de población, son las más industriales, ó las más ricas por la explotación de sus minas, ó las de cultivo más adelantado. A la cabeza, por su población, figura la provincia de Barcelona, que reúne dos de las condiciones antedichas, gran capital y mucha industria. La provincia de Barcelona da 116,66 habitantes por kilómetro cuadrado: siguen la de Vizcaya, con muchas minas y mucha industria y con una población de 108,82 habitantes también por kilómetro cuadrado; la

(1) En los 7 años transcurridos desde 1886 á 92 han perdido por defunción las 49 capitales de provincia 624, 242 habitantes, y han ganado por nacimientos 521,483 individuos: déficit, 32,741 habitantes. Las capitales de mayor mortalidad fueron: Zaragoza 35,70 defunciones por 1000 habitantes; Madrid 37,50; Granada 38,30; Bilbao 39,10; Cartagena 39,50, Valladolid 39,80 y Cadíz 41,40. Compárese esta mortalidad con la de Buda Pesth 26,40; Viena 24,20; Berlín 19,50; Londres 19,30 y Roma 19,30. Con razón dice Silio y Cortés, que España es el país de la muerte. («Problemas del día». Madrid, 1900).

(2) Contando sobre el último censo, Cuenca tiene 14, 07 habitantes por kilómetro cuadrado; Ciudad-Real 14,97; Soria 14,68; Albacete 15,69 y Guadalajara 16,62.

(3) Están más pobladas que España, Bélgica con 203 habitantes por kilómetro cuadrado; Holanda con 135; Inglaterra (reino unido) con 112; Italia con 102; Alemania con 81; Francia con 72; Suiza con 69; Austria-Hungría con 61 y Portugal con 48. Aparecen menos pobladas que España, Noruega con 5 habitantes por kilómetro cuadrado; Suecia con 10; Rusia con 18; Turquía con 28; Grecia con 30 y Bulgaria con 31.

de Pontevedra, con 101,04 y muy productiva por la pesca de sus rías y costas y por la laboriosidad de sus habitantes; la de Guipuzcoa, con 96,45; la de Madrid con 85,69, por su gran capital; la de la Coruña con 77,66; la de Alicante con 76,38; y Málaga con 71,35.

Las citadas provincias son ejemplo de la complejidad de las causas que influyen en la población y enseñan que ni el suelo, ni el clima deciden de la densidad de población. Provincia hay de suelo excelente, cielo tropical y rica en minas, por añadidura, la de Almería, que sólo da 38,99 habitantes por kilómetro cuadrado. Más despoblada está aún la de Huelva, con 25,13 habitantes, á pesar de sus riquísimas minas de cobre. Eso sí, cuando los niveles de la cultura y de la industria varían poco, y no hay causas especiales para aumentar la densidad de población, el clima influye; y por esto aparecen populosas las costas de dulce y constante temperatura, y casi desierto el interior por su intemperancia.

De la comparación, provincia á provincia, de la población de hecho, según los censos de 1877 y 87, se deduce aumento para 43, casi igualdad para la de Navarra, y baja de 2,76 por 100 para la de Almería: de 1,89 para la de Pontevedra; de 1,38 para la de Soria; de 0,67 para la de Álava; y de 0,12 para la de Teruel.

El aumento de población fué notable en la de Vizcaya, que ganó 24,06 por 100; en la de Guipuzcoa, que aumentó el 21,09 por 100; en la de Madrid, 14,89 por 100; en la de Ciudad-Real, 12,26 por 100; y en la de Ávila, 11,25 por 100. El incremento de la población en la mayoría de las provincias se debió á la paz y á los comienzos de prosperidad que se disfrutaron en el decenio: la baja puede explicarse en la provincia de Almería por la emigración á la Argelia. Para las demás, no acierto con las causas.

Otro dato, y ciertamente desconsolador, se advierte, comparando ciudad á ciudad, los dos censos antes citados y el avance de 1897; y es el crecimiento de la población en las grandes capitales, con perjuicio de la población rural y de la agricultura.

En el decenio de 1887-97 perdieron habitantes las provincias de Málaga,

el 6,6 por 100; la de Huesca, el 6,3 por 100; la de Tarragona, el 4 por 100; la de Lérida, el 3,7 por 100; la de Gerona, el 2,6 por 100; y en menores proporciones perdieron población las de Guadalajara, Baleares, Soria, Orense, Granada y Teruel. Ganaron habitantes las provincias de Barcelona, 131,568; Vizcaya, 54,563; Canarias, 42,869; y Valencia, 42,017. Con aumentos menos notables figuran las provincias de Huelva, Palencia, Logroño, etc., hasta las 35 que ganaron en población. Las guerras coloniales pudieran explicar la baja, si fuera general, y aun sin serlo, es indudable que, cuando menos, contuvo el acrecentamiento de la población. La pérdida de los viñedos, que constituía una de las mayores riquezas en la provincia de Málaga, debe tener parte en su despoblación: la falta de cosechas, desde hace muchos años, en el Alto Aragón ha debido influir en la provincia de Huesca, é ignoro las causas locales de la pérdida de habitantes sufridas por las de Tarragona, Lérida, Gerona, etc.

XVI.

A fuer de producto de energías, la vida se conserva como los capitales, por uno de estos dos procedimientos: *económico*, con sus variantes de ahorro de gasto inútil y obtención del máximo provecho con el menor dispendio, y de *reposición* de las fuerzas, cuando por enfermedad ó vejez estén á punto de agotarse.

De los dos, el primero es el que ha contado y cuenta menos adeptos, pues la virtud, la templanza, la diligencia, la sobriedad, la cultura y la previsión, aunque mucho aprovechen, cuestan caras, no se pueden pagar de una vez, ni se las adquiere hechas, ni se tienen en el momento que se quieren. Por el contrario, exigen mucho tiempo, voluntad educada y entendimiento cultivado. Luis Cornaro ha sido por pocos imitado, y en cambio, ¿cuántos imitadores tuvieron Epicuro y Brillat-Savarin? Cuesta mucho á los hombres la virtud, y por esto han pretendido incautamente sobornar á la Naturaleza y burlar sus leyes, como si fueran humanas.

Vivir mucho sin tomarse el trabajo de conservar la vida, abrir cuenta nueva en el mundo, cuando le vamos á abandonar, y rejuvenecerse en la vejez, han sido, son y serán las pretensiones de los vivientes. Los nombres de los inventores y los medios varían; pero en el fondo la tendencia es la misma, cualesquiera que sean las épocas. Pigmaleón pretendiendo animar á la estatua de Venus; Medea remozando al viejo Esón; Arnaldo de Villanueva con sus remedios contra la vejez, Paracelso con sus filtros, Bacón luchando con la consunción, los transfusores de la sangre, los magos hechiceros y charlatanes y los novísimos discípulos de Brovn-Sequard han pretendido lo mismo: robar la antorcha de Prometeo para volver á los placeres los Faustos caducos.

Sólo Dios puede resucitar á los muertos, y es pedir milagros á los médicos, cuando se les pide que devuelvan el vigor á un viejo ó restauren un organismo acabado.

Algo razonable hay, sin embargo, en el fondo de estos empeños. El hombre puede morir sin enfermedad ni agonía, de muerte natural. Las enfermedades son evitables, cuando no curables; pero ni la evitación ni la cura se logran de balde ó con ajeno esfuerzo. La ciencia puede redimirnos de mucho trabajo, enseñarnos la manera de multiplicar los rendimientos de nuestras fuerzas, mostrarnos lo que debemos buscar y de lo que hemos de huir, prestarnos su ayuda cuando el mal venga; pero á la postre, con más ó menos dificultades, siempre será el mismo sujeto el que se libra, y su cura tendrá lugar por sus propios é individuales recursos.

XVII.

Como dice el Br. Fernando de Rojas, «ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pueda morir» ¡Tal es la incertidumbre en que vivimos!

Ejemplos fidedignos de todas las épocas, incluso la nuestra, enseñan

que la vida humana puede exceder mucho de los cien años (1). Con todo, la rareza de los centenarios hace que se consideren como extremos de longevidad, y encierra en términos más breves la vida del común de los hombres.

Mas, dado que sea excepcional el centenarismo, ¿cuánto tiempo de vida concede Dios á los hombres sanos que viven bien? Vivir bien, *esta es la cuestión.*

La influencia de la cultura es tan evidente sobre la nación como sobre el tanto de vida de los habitantes. La media, la extrema, y aun el centenarismo, crecen con la civilización. Hoy se vive más que antaño; pero ni antes ni ahora se ha podido fijar *á priori* la vida de los hombres, y mucho menos tomados individualmente. Estudiando las estadísticas y considerando masas humanas, se obtienen cifras probables sobre la duración de la vida; y los ejemplos personales, para lo único que aprovechan, es para convencernos que, cualquiera que sea la posición, el oficio, las costumbres, el trabajo, el genio y los tiempos, un hombre puede malograrse ó alcanzar la extrema vejez. Y no se crea que esto ocurre con los hombres vulgares, sino que las mismas celebridades ofrecen ejemplos de muerte prematura y de larga vida.

El mayor número de los que han legado su nombre á la Historia, se encuentra entre los 40 y los 65 años, pues si el logro de la inmortalidad supone riqueza y sazón de las energías, también exige dispendio de ellas. La gloria cuesta cara, y los más la pagan con su vida.

Abundan, sin embargo, los ejemplos de celebridades que han logrado vivir el último tercio de la centuria, bien por traer desde su origen energías para tirar y guardar, ó por buena administración del caudal nativo.

Entre los célebres longevos llama la atención, por el número, la clase de literatos, y hay que explicarlo por una de estas dos causas: espléndi-

(1) Hufeland, en su *Macrobiótica*, cita, entre 34 centenarios, los siguientes viejísimos; Kantingern, de 185 años; Yenkins, de 169; Parr, de 152; Effingham, de 144; y Drakakenberg, de 146.

Javal, en su relación de 30 centenarios que vivían en Francia años pasados, cita una mujer de 107 años.

da arquitectura cerebral, ó cierta facilidad en las corrientes centrífugas ó expansivas (1).

También la sabiduría es compatible con la vejez (2) y tampoco faltan viejos, muy viejos, entre los hombres de Estado (3).

Los artistas no dan centenarios, al menos entre las celebridades (4), y son raros los músicos que logran la extrema vejez (5)

(1) El único centenario que recuerdo entre los literatos es Fontenelle. Le siguen con 96 años Joinville, el historiador de San Luis, Ranke y Moratín con 91; Xenofonte con 90; el P. Feijóo con 88; el P. Mariana con 87; Quintana con 85; Tomás Corneille 84; el P. Ribadeneira y Voltaire con 83; Fray Luis de Granada, Goethe y Victor Hugo con 82; Flores Estrada con 81; Calderon y Mesonero Romanos con 80; Chateaubriand y Lamartine con 79; el P. Isla y Pedro Corneille con 78; Bretón de los Herreros con 77; Baltasar de Alcazar, Tirso, Solís, D. Juan N. Gallego y Zorrilla con 76; el Duque de Rivas con 75; Bartolomé Leonardo de Argensola, Hartzzenbusch y Vicente Espinel con 74; Lope de Vega y Martínez de la Rosa con 73; y con 72 Hurtado de Mendoza y García Gutiérrez. Algunos meses le faltaron á Cervantes para alcanzar los 70 años, tres á Milton, y cinco á Quevedo, Shakespeare no pasó de 56 años, el Dante murió de 52 y se malograron Taso Ariosto, Lord Byron, Heine, Larra, Espronceda, Ed. Poe y muchos más.

(2) Un siglo vivieron Demócrito, Pitágoras, Apolonio, Xenoplano y Gorgias; 92 años Ferguson y Hobbes; 90 Thales, Pyrrhón y Diógenes; 80 Bacon y Kant, y 71 Arias Montano y Leibnitz.

Cherreul vivió 103 años, Cassini 98; Leuwenhoeck 91, Humboldt 90, Jussieu 88; Newton 85; Franklin 84, Volta 82, Buffón 81, más de 80 Don Mariano del Amo, Hatly y Cavendish 79, Galileo 78, Parmentier 76, Bertholet 74, Darwin y Pasteur 73, Gay Lusac 72, Linneo 71, y Sáenz Diez 69.

(3) Valgan de ejemplos Dandolo de 95 años, Andrea Doria de 91, Alfonso I de Portugal, Adam y Gladstone de 91; Guizot de 87; Metternich de 86, Betham de 85; Talleyránd de 84; el Marqués de Pombal y Espartero de 83; Bismarck de 82; Cisneros y Thiers de 80; Floridablanca de 79; Tiberio de 78; Antonio Pérez de 77; Augusto de 76; el canciller Pero López de Ayala de 75; Pero Niño y el gran Duque de Alba de 74; Felipe II de 73; Necker de 72; y Colón y el Cardenal Granvela de 70.

(4) He aquí el nombre y edad de los más viejos pintores de que tengo noticia. El Ticiano 99 años, Miguel Angel 89, Jordaens 85, Teniers 84, Tintoretto, Van Hals y Goya 82, Rizi 80, el Greco y David 77, Jauregui 75, Juanes 74, Benvenuto Cellini 71, Ribera (el Españoletto) 71, Carducho 69, Leonardo de Vinci 67 y Alonso Cano 66.

(5) Cherubini vivió 82 años, Haydn 77, Rosini 76, Gluck 75, Barbieri 71, Meyerbeer y Ricardo Wagner 70 y Palestrina 65.

La profesión de médico, no obstante sus emociones, trabajos y peligros, da también un buen contingente de longevos (1).

Sólo dos papas, Gregorio XII y Juan XXII, pasaron de los 90 años, y nonagenario fué también nuestro compatriota Pedro de Luna.

Si ha sido posible espigar ilustres ancianos entre las celebridades de todos los órdenes, no es fácil encontrar jóvenes que hayan legado su nombre á la posteridad (2). Genio felicísimo, circunstancias favorables ó accidentes históricos han sido precisos para que los hombres muertos antes de los 40 años, resulten inmortales por sus obras.

Pero si grande es el valor negativo de los ejemplos antes citados, escaso es su poder afirmativo. Tampoco se adelanta gran cosa en el análisis de la vida de los longevos, pues si los ha habido morigerados y virtuosos, como el sabio Chevreul, que jamás bebió vino, no faltan borrachos, como Van-Hals, y Glúck; sóbrios y santos, como Pablo el anacoreta, Antonio el ermitaño, Romualdo y otros, todos centenarios; castos como Newton y Linneo; enamorados, como Vicente Espinel y Lope; sensibles, como Augusto; crueles, como Tiberio; poseídos de su alto valer, como Dante, Galileo y Victor Hugo; envidiosos, como Boileau y Chateaubriand; egoistas, como Fontenelle (3), etc., etc. No hay virtud ni vicio que no pueda personificarse en un anciano célebre; pero insisto en que estos ejemplos nada prueban. Poco importa que el intelectual y bebedor X, ó el artista y glotón Z, ó el voluptuoso Y, llegaran á nonagenarios, pues siempre cabe invertir el argumento en esta forma: ¿cuánto hubieran vivido X, Z é

(1) Hipócrates alcanzó 104 años, Cloquet 93, Tenón 92, Ricord 90, Ch. Bell 88, Hahnemann 88, Scarpa 85, Cruveilhier y Viñals 83; Pinel y Argüeta murieron de 81; Harvey y Serres de 80, Brown-Sequard de 77, Du Bois Reymond de 76, Flourens de 73, Brucke de 73, Magendie y Argumosa de 72, el Bachiller Gómez de Cibdad-Real (dado caso que existiera), Hailer, Creus y Letamendi de 69.

(2) Recuérdese á Alejandro el Magno, Rafael Sancio, Lucano, Garcilaso de la Vega, Alejandro de Farnesio, Balmes, Varolio, Bichat, Mozart y Bellini.

(3) Fontenelle decía que para vivir mucho se necesita buen estómago y mal corazón.

Y, á tener mejores costumbres? Es la naturaleza humana tan clásica, que sólo cabe decir de un hombre que muere, cuando ha muerto.

La esperanza matemática que tiene un español en el instante de su nacimiento varía según las épocas, y con arreglo á las últimas tablas de supervivencia que he podido proporcionarme, es de 32,1 años (1).

En cambio puede dilatarse mucho la ambición de pasar de los cien años, en vista del número de centenarios que hay en España: 25 por millón de habitantes, según cálculos de D. Federico Olóriz (2) sobre los dos últimos censos. Tratando de las circunstancias que concurren en los centenarios españoles, dice nuestro digno compañero que el celibato influye favorablemente en los varones y es indiferente ó adverso para la longevidad de las mujeres. El 77 por 100 de los centenarios carecían por completo de instrucción, y de las mujeres de más de cien años, sólo el 4 ó el 5 por 100 sabían leer y escribir. En vista de estos datos ocurre pensar, y apunta Olóriz la ocurrencia, que las letras estorban para vivir; pero hay que advertir que la vida no consiste en vegetar, y que lo que echa á

(1) La vida de los franceses es de 33 años; la de los noruegos 34,2; la de los ingleses 32,4; la de los italianos 32,4 y la de los suizos 31,8.

Las anteriores cifras han sido calculadas sobre las tablas de supervivencia que inserta Rochard en su Enciclopedia de Higiene, y datan: las de España del quinquenio de 1880 á 84; las de Francia del trienio de 1880 á 82; la de Noruega del bienio de 1881 á 82; las de Inglaterra del mismo bienio; las de Italia del cuatrienio de 1881 á 83 y las de Suiza también de 1881 á 83. Los cálculos se han hecho con arreglo al método de Bernouille, según el cual la vida media se deduce de la suma de los productos de las cifras de las tablas supervivencia por las edades respectivas, dividida por la suma de las dichas cifras. El cociente es la vida media.

(2) Por el número de centenarios hace nuestra patria brillante papel en el mundo, pues sólo la superan Noruega, Irlanda y Grecia que cuentan 42, 132 y 153 centenarios por millón de habitantes, respectivamente. Son inferiores en este concepto á nuestra nación. Suiza que da 0,5 centenarios por millón de individuos; Holanda 3; Bélgica 4; Austria cisleltana 4; Francia 7; Alemania 8; Italia y Prusia 13; Inglaterra 3 y Escocia 16. («La Longevidad extrema en España, por el Dr. D. Federico Olóriz. Memoria al IX Congreso Int. de Higiene y Demografía»).

perder el espíritu y daña el cuerpo no es la instrucción, sino los desvaríos y errores de la falsa cultura.

El centenarismo se logra con más frecuencia en las templadas costas del Mediterráneo que en las Cantábricas, y en estas más que en el interior. Las mesetas castellanas, con sus rígueros fríos en el invierno y sus altas temperaturas en verano, se prestan mal á la longevidad (1).

Con error se cree por el vulgo, que hoy se vive menos que en los pasados tiempos, porque se vive más deprisa y han aumentado extraordinariamente los medios de destrucción. El primer argumento tiene apariencias de verdad, pues, en efecto, parece que hoy se gasta la máquina humana mucho más que antaño: el segundo es falso. Actualmente está menos amenazada la vida que lo estaba en los siglos pasados, tanto por lo que hace á las enfermedades como por los accidentes (2).

Prescindiendo de las influencias climatológicas y telúricas, la vida media crece al compás de la civilización, es más larga hoy que ayer, y en los países cultos que en los ineducados y salvajes. Cuando se reflexiona sobre la pésima vida que llevan la mayor parte de los españoles y las edades media y máxima que alcanzan, se para en la conclusión de que somos pueblo de mucha vida. Fama de sóbrios, de sufridos y de duros hemos tenido; y la merecemos. Nos desconocen los que nos tachan de pueblo viejo y decadente: somos pobres y atrasados, es cierto; pero podemos curarnos, caminando deprisa, y señales ciertas mostramos de que nos preocupa el porvenir. Adelante, pues, en busca de triunfos para la Higiene.

HE DICHO.

(1) Málaga y los presidios de Africa dan más de 100 centenarios por millón de habitantes. Desde Sierra Morena al mar y en las posesiones de Africa y Canarias, de 50 á 60 por millón; en la región del Noroeste de 35 á 40; en la zona cantábrica disminuye mucho de Poniente á Levante; en las cuencas del Tajo y Guadiana apenas llega á 15; en la del Ebro 7 y en la del Duero 5.

(2) Cuando se comparan los riesgos de la antigua y de la moderna navegación, resulta esta última con gran ventaja por lo seguro. Un muerto y un herido por 21.000.000 de viajeros de ferro-carril acusa la última estadística de siniestros en Inglaterra; en Alemania da un muerto por 9.000.000 y en España 1 por 1.263.000 (E. de la Torre. Anuario de los ferrocarriles, Madrid, 1898).

DISCURSO

del Ilmo. Sr.

DON FEDERICO OLÓRIZ AGUILERA,

Académico numerario,

EN CONTESTACIÓN AL ANTERIOR.

ANALFABETISMO EN ESPAÑA.

Señores Académicos:

ESTA ilustre Corporación, de que formamos parte, es cuerpo vivo, que, como tal, se nutre y regenera; sus miembros, que son como sus elementos anatómicos, perecen uno á uno por ley natural ineludible, pero nuevos elementos vienen á reemplazarlos, y el cuerpo, constantemente renovado y siempre joven, se conserva más robusto y fecundo cada día.

Realizamos ahora uno de esos actos de reconstitución interior que prolonga la vida corporativa más allá de lo que dura la vida individual, y el realizarlo despierta en nuestras almas opuestos sentimientos de duelo y de alegría: duelo por la pérdida de D. Manuel Rico y Sínobas, y alegría por el advenimiento á esta Academia de D. José Gómez Ocaña.

Todos conocíais al Dr. Rico, y ninguno habrá olvidado la completa y hermosa biografía de aquel sabio, leída en este recinto por su autor, nuestro concienzudo compañero el Sr. Casaña (1); sería pues inútil empeño por mi parte, el de añadir nuevos datos á dicha biografía.

Cada uno de vosotros conserva, sin duda, en el rincón de su espíritu

(1) Creo favorecer á los amantes de nuestro prestigio científico, recomendándoles que lean la admirable biografía del Dr. Rico, escrita por el Dr. Casaña y publicada en el tomo último de los Anales de la Real Academia de Medicina.

destinado á los recuerdos melancólicos, la imagen del anciano profesor Don Manuel Rico, despues de 60 años dedicados á la enseñanza, la investigación científica, la publicación de obras merítisimas y la recolección de mapas, encuadernaciones, hierros y mil otros objetos que, al pasar por sus manos, adquirirían, gracias al talento y á la inmensa erudición del coleccionador, la importancia de verdaderos documentos, útiles para la historia de las ciencias, las artes y las industrias nacionales.

Alto, erguido aún, á pesar de los años; de expresivo rostro, blanco bigote y encanecida la no escasa cabellera; de mirada viva, velada por los cristales que la edad y el estudio le obligaron á usar; de boca jovial, en que vagaba siempre una sonrisa entre bondadosa y excéptica; de conversación animada, amenísima, cuajada de citas interesantes, recuerdos curiosos y cuentos picarescos, de que su feliz memoria conservaba tesoro inagotable; de trato sencillísimo, en que se descubría, sin embargo, cierto sello de distinción aristocrática, muy natural en quien, dentro y fuera de España, había pisado palacios y tratado con próceres y príncipes; y de caracter elevado y recto, no agriado en su vejez, á pesar de las amarguras que en su larga experiencia del mundo habría gustado, fué nuestro llorado compañero, al final de su vida, maestro venerable, sabio de justísimo renombre, escritor siempre fecundo y académico de difícil reemplazo, digno por todos conceptos del cariñoso homenaje de admiración y de respeto que tributamos hoy á su memoria.

Pero si reemplazar al Dr. Rico en esta Academia era empresa difícil, no era de las imposibles, por fortuna, y á ocupar el sillón que aquél honrara viene á honrarse y á seguir honrándolo otro académico, que también es maestro, y sabio, y escritor, y á quien sólo faltan los años para ser tan venerable y de tanto renombre como el que perdimos.

Porque el Sr. Gómez Ocaña, aunque joven aún, es ya fruto maduro del árbol de la ciencia española, y su breve historia basta para asegurarle un puesto en la del progreso intelectual de nuestra patria, puesto que él encumbrará seguramente con los nuevos trabajos que de su talento y laboriosidad debemos prometernos.

Hijo el Sr. Gómez Ocaña de la escuela médica granadina, á la que yo también saludo agradecido como á madre ilustre y cariñosa, mostró ya en grado extraordinario las cualidades de memoria, entendimiento y voluntad con que Dios le dotara, y obtuvo en ella el internado, premios, títulos y, sobre todo, la justa reputación que merecía. Desde entonces dió pruebas, nuestro nuevo compañero, de su innata vocación por la enseñanza, pues, siendo aún alumno, repasó varias materias á sus condiscípulos y empezó la serie no interrumpida de tareas docentes, que permiten considerarlo hoy como uno de los maestros más experimentados de nuestro profesorado universitario. Residió luego en la corte, y conquistó en ella por el mérito sobresaliente de su historia académica el honroso cargo de Ayudante en las clínicas de la Facultad de Medicina; pero pronto, y gracias á pública y reñida oposición, pudo abandonarlo para ostentar, á los 26 años, la codiciada medalla, como Catedrático de Fisiología de la Escuela Médica de Cádiz. Llevado del entusiasmo que por su ciencia predilecta siente, obligado por el concepto que tiene de los deberes que la enseñanza impone, y sintiendo el noble anhelo de ayudar por su parte al progreso de la ciencia española, vivió desde entonces el Sr. Gómez Ocaña consagrado al cultivo de la Biología, desdeñando el seguir otros caminos que se abrían á su juvenil actividad y que seguramente le hubieran dado lucro, pero no tanta gloria como su austero desinterés le ha proporcionado y le promete.

Impulsado por estímulos tan puros, emprendió en Cádiz, sin más recursos que la tenacidad de su caracter y la entusiasta cooperación de sus discípulos, vivisecciones para comprobar y descubrir hechos referentes al funcionamiento del aparato circulatorio y del cerebro; reorganizó posteriormente el laboratorio de Fisiología de Madrid; hizo investigaciones delicadas sobre localizaciones cerebrales, innervación cardíaca, secreciones internas y otros puntos, á la vez que regularizó y amplió la enseñanza experimental de la Fisiología, haciendo que los alumnos practiquen por sí mismos las manipulaciones que los recursos y amplitud del laboratorio consienten, y por fin, cuidó desde el principio de publicar el fruto de sus

trabajos prácticos, de sus meditaciones y de sus estudios, de que son muestras sus libros (1) y numerosos artículos y notas dispersos por varios periódicos científicos.

Pero no necesitáis vosotros que yo enumere los méritos del Sr. Gómez Ocaña, pues en realidad no es á un extraño á quien abrimos hoy las puertas de la Academia, sino á un compañero que, desde hace tiempo, logró franquearlas, gracias á su libro sobre el cuerpo tiroides; que recibió de esta Corporación el premio fundado por el Dr. Rubio, en consideración al mérito de su tratado de Fisiología, y que ilustró algunas sesiones públicas de las celebradas en este sitio, comunicando observaciones propias del mayor interés.

Ciertamente el Sr. Gómez Ocaña era académico de hecho antes de que vuestro voto sancionara de nuevo su elección, y debemos recibirlo como á miembro de la familia, cuyo parentesco se proclama hoy oficialmente; mas no por ser él como de casa, hemos de omitir nosotros la pública expresión de nuestro júbilo, sino antes al contrario, podemos extremarla con motivo, pues, además del valor científico que aporta el Sr. Gómez Ocaña al prestigio de la Academia, ha demostrado con sus actos dentro de ella la positiva utilidad de su colaboración para el logro de los ideales que todos perseguimos.

Lo más elemental del vivir es nutrirse; para su nutrición consume el hombre alimentos animales y vegetales que, en definitiva, proceden de la tierra, de modo que la explotación del suelo es la base de sustentación de la especie; la vida se manifiesta en el sér humano por el trabajo vegetativo, animal y racional; gracias al último, domina las fuerzas naturales,

(1) He aquí una nota de los libros que ha publicado el Sr. Gómez Ocaña: «Fisiología de la Circulación,» Madrid, 1894; «Fisiología del Cerebro,» Madrid, 1894; Nuevas Investigaciones sobre el tiroides y la Meditación tiroidea,» Madrid, 1895; «Fisiología Humana Teórica y Experimental,» premiada por esta Real Academia, Madrid, 1896; y la segunda edición de esta última obra, que acaba de publicarse, impresa en ésta corte y año que corre.

se apropia la experiencia de las generaciones pasadas, creó la industria y el comercio y se ha emancipado, en parte, del terruño productor; cultivando el elemento racional del hombre, se hace más fecundo el trabajo manual, se aumentan los medios de defensa contra los agentes destructores y surge la riqueza, que es condición favorable para vivir mucho y bien, si bien se emplea; el saber es fuente de progreso moral y material, tanto que, en igualdad de otras circunstancias y aun á pesar de ellas en algunos casos, los pueblos más cultos son los más ricos y salubres, y en definitiva el bienestar y la salud de un pueblo derivan en parte de su instrucción y su cultura.

Tal es la serie de proposiciones explícita ó implícitamente contenidas en el hermoso discurso que acabais de oír. Todas las desarrolla el Sr. Gómez Ocaña con exuberancia de datos positivos y con galas sugestivas de lenguaje, tanto en los términos generales del tema biológico que estudia, como en los particulares de nuestra vida nacional; pero entre esas proposiciones y entre los varios aspectos de la vida en España que examina, muestra el nuevo académico especial predilección por todo lo relativo á la enseñanza.

Le da lugar preferente entre los signos que permiten juzgar de la vida en nuestro pueblo; la estudia con gran detenimiento y profundidad; la pinta con el más vivo colorido, y á sus reflexiones de pensador añade los recuerdos de su infancia, trazando con gracioso donaire el cuadro realista de la escuela desmantelada en que aprendió las primeras letras. Seguramente pensaría el Sr. Gómez Ocaña, al evocar tales imágenes del pasado, que en aquel refectorio de convento y bajo la penosa impresión de aquel ambiente escolar tan antipático, dió los primeros pasos que le conducen hoy á recibir uno de los más preciados emblemas del saber, y es probable que experimentara al meditar sobre este punto la misma tierna impresión que experimentaría si contemplara, sintiéndose ágil y robusto, los andadores, conservados por maternal capricho, en que se apoyó cuando, débil y torpe, daba los primeros pasos en la infancia.

Siendo la instrucción del pueblo español la parte del tema que con más

carriño trata el Sr. Gómez Ocaña en su discurso, por sola esta razón debiera yo elegir el mismo tema al contestarle, pues considero que será grato á mi querido amigo el ver ampliado un punto al que sin duda sintió no dar toda la extensión que hubiera deseado, por mantener las proporciones que para el desarrollo de su vasto plan hubo de imponerse; pero además creo que todo lo referente á la cultura popular es de vivo é inmediato interés para la Higiene, puesto que la misma Higiene es en gran parte una de las manifestaciones de la cultura, y gran número de las infracciones de las reglas higiénicas son hijas de la ignorancia; de modo que, por agradar al Sr. Gómez Ocaña hablándole, aunque torpemente, de lo que más parece interesarle y por ajustarme al contenido doctrinal de la Sección de Higiene, á que pertenece la vacante que se cubre hoy en esta Academia, cumpliré el honroso mandato que de ella he recibido dedicando algún tiempo al examen del *analfabetismo* en nuestra patria.

La distinción entre el ignorar y el saber es precisa y completa cuando se trata de puntos muy limitados y concretos, pero es vaga y tanto más indeterminada cuanto más extensa y general sea la materia á que se refiera el saber y el ignorar. Si yo cojo un puñado de monedas, por ejemplo, y presento la mano cerrada á otra persona, esta permanecerá en absoluta ignorancia acerca del valor de las monedas, pero si abro la mano y las cuenta, pasará de pronto al saber más completo y más cierto que del valor de ellas es posible: en este caso la distinción entre ambos estados del conocimiento es clara é indudable. Si preguntamos á un pastor si sabe Astronomía, nos dirá que no, probablemente, y dirá verdad en cuanto al saber sistematizado ó científico y, sin embargo, es posible que el pastor conozca el cielo observado á simple vista mejor que algunos astrónomos de gabinete. ¿Dónde está el límite entre el saber y el ignorar en materia de astros? Y, si en vez de reducirnos al campo de una ciencia, pretendemos establecer la misma distinción en el campo ilimitado del saber humano, será nuestra pretensión irrealizable, pues todo ser inteligente posee cierto caudal de conocimientos, como que sin él es imposible concebir la inteli-

gencia. El saber todo de todo entra teróricamente en lo posible, y la humanidad lo realiza en cada momento histórico, el no saber nada de nada es imposible hasta en teoría, y en materia del saber en general, el estado efectivo de los individuos y aun el de los pueblos es intermedio, porque la complejidad de las materias cognoscibles permite conocer algunos de sus elementos y desconocer los otros, realizándose una escala infinita de matices en la sabiduría parcial y relativa, única apreciable en los individuos sueltos y en los grupos humanos.

Según el razonamiento que precede, la cuestión que respecto á nuestro pueblo podemos plantear, no es la determinación precisa de la cantidad de instrucción que posea, ni aun limitando el examen á la llamada elemental, sino su instrucción relativa, ó sea comparada á la que existe en otros pueblos cultos. Pero aun reducido así el asunto, es todavía tan complejo y de esclarecimiento tan difícil, por ser muchas las materias comprendidas en la instrucción elemental ó primaria, y muy escasos los datos aprovechables para calcular su extensión y profundidad en nuestro país, y aun en los otros á que se quisiera compararlo, que se impone la necesidad de circunscribir el estudio á un solo punto fácil de precisar y de significación igual en todos los países.

Ese punto, límite convencional entre el ignorar y saber, debe ser, á mi juicio, la lectura, de modo que con arreglo á ella podamos distinguir los individuos de un pueblo en instruidos, que para este caso serán los capaces de leer impresos en su propio idioma, é ignorantes ó analfabetos, que serán los incapaces de leer, y además podamos clasificar los pueblos según la proporción en que se hallen los analfabetos con los instruidos.

No es arbitraria la elección del saber ó no leer, como base para clasificar los individuos y naciones según su instrucción, pues tiene esa circunstancia la fijeza y la significación del cero en la escala termométrica, y así como éste señala el paso del agua del estado sólido al líquido, así el aprendizaje de la lectura señala en el hombre un cambio de estado no ménos profundo y radical en su valor sociológico, pues pasa de la vida estancada y casi solitaria, como es la del que sólo tiene medios de comunicación di-

recta con sus inmediatos, á otra vida de acción intelectual ilimitada en que, á favor de la lectura, comunica con los puntos más distantes de la tierra y con los hombres más remotos del pasado.

El analfabeto tiene su inteligencia como congelada por el frío de la ignorancia, pero si deja de serlo, si aprende á leer y lee, habrá encendido el fuego que funda el hielo, excite la actividad intelectual, multiplique su intensidad y su extensión, la caldee hasta que hiervan las ideas, y quizás la inflame y le arranque chispas de genio que iluminen al mundo al través de los siglos.

La instrucción elemental es á la vez un estado superior en la evolución orgánica y psicológica del individuo y un instrumento complementario para la adquisición de los conocimientos.

Como progreso evolutivo, el que determina la instrucción elemental se debe á que el aprendizaje de la lectura es una gimnasia productora de nuevas energías psicológicas y de verdaderos perfeccionamientos cerebrales. En igualdad de circunstancias, el niño ejercitado en transformar imágenes visuales en sonidos, que no otra cosa es la lectura en voz alta, será más capaz de establecer asociaciones entre la vista y el oído, que el niño no acostumbrado á tales ejercicios; y el que sepa traducir en ideas los signos de la escritura, interpretará mejor toda clase de signos simbólicos ó naturales que quien no haya cultivado la lectura ideológica ó mental. Y si estas complicadas operaciones del espíritu llegan á realizarse con tanta facilidad y tan pequeña fatiga, es porque se hacen automáticas, lo cual implica el establecimiento, allá en las intimidades del cerebro, de nuevas vías materiales de comunicación entre diversos grupos celulares, con aumento de complejidad en el substratum anatómico del pensamiento y paso del mismo á un grado superior de evolución.

Como instrumento del saber es la lectura más potente que el microscopio, el telescopio y el análisis químico, pues con ella el lector se apropia el pensamiento escrito de los sabios que fueron, conquista hartos más difícil sin ella que el descubrir con sólo los sentidos la estructura de los seres, las cualidades de los astros y la composición de los cuerpos. La lectura es

además instrumento universal accesible á todos y aplicable á la adquisición de todo género de conocimientos, así como á los usos más comunes de la vida, mientras que los demás instrumentos del saber son particulares, técnicos, de difícil manejo y de utilidad limitada á determinadas materias de investigación científica, de modo que, si los últimos se perdieran, el atraso de la humanidad sería insignificante comparado con el estado de barbarie en que caería, si se perdiera el maravilloso invento de la escritura y el arte de interpretarla.

Sin grande exageración podría decirse que son los analfabetos en los pueblos cultos lo que en el orden físico son muchos enanos y sordo-mudos, esto es, hombres defectuosos que, por suspensión del desarrollo, han quedado incompletos, sin alcanzar el tipo medio de perfección que corresponde á su especie. Y así como sociólogos y médicos se alarmarían en extremo si el mayor número de los habitantes de un país se hallara privado del oído, y por consecuencia de la palabra, ó permanecieran indefinidamente con la talla propia de la infancia, y buscarían con empeño las causas de tales aberraciones del desarrollo, y se aplicarían con ardor á remediar la enorme inferioridad en que pueblo tal se encontraría respecto á los demás normal y completamente desenvueltos, así debemos alarmarnos todos ante la falta de instrucción elemental, verdadera endemia de los pueblos atrasados, y aplicarlos á combatirla con igual decisión que si de una endemia mortífera se tratara, puesto que el valor efectivo de los grupos humanos depende más de la calidad que del número de los individuos que los compongan.

Sí: el analfabetismo es como una endemia social, y aunque sólo sea por analogía con las endemias cuyo estudio corresponde á los higienistas, resulta pertinente el tratar aquí del analfabetismo en España, siguiendo los métodos de investigación más usuales en las ciencias médicas.

¿Cuál es el grado en que padece España el mal de ignorancia que ahora nos ocupa? ¿Cuántos son los analfabetos españoles y cómo se encuentran distribuidos según la edad, el sexo y la residencia? Preguntas son estas á



que sólo se puede contestar con estadísticas referentes al ejército, los registros matrimoniales y la población entera.

El ejército no ha sido utilizado, que yo sepa, en nuestro país para investigar el estado de cultura de la juventud masculina, á pesar de lo sencillo que sería recoger estos datos mediante un examen elemental de lectura y escritura de cada recluta, al ingresar en filas; pero además preciso es confesar que aunque existiera una estadística perfecta de esta clase, de nada serviría para juzgar de la cultura general del país, ni para comparar la de nuestra juventud con la de otras naciones de servicio militar obligatorio, pues aparte de las exenciones legales y del sorteo, que dejan fuera de filas jóvenes de todas las clases sociales, existe aún la redención á metálico, que priva á nuestro ejército de muchos mozos pertenecientes á clases acomodadas y que recibieron por lo menos la instrucción primaria, bastando esta circunstancia para afirmar que la proporción de analfabetos en nuestro ejército será mayor que en los demás de Europa, mientras rijá esa selección, que pone las armas sólo en manos de los jóvenes más pobres, y por lo común más incultos.

Creo que tampoco se han revisado los registros civiles, donde se consignan las actas matrimoniales, para contar los cónyuges que las firmaron por sí mismos y deducir la proporción de adultos de uno y otro sexo que saben escribir, y por lo tanto leer. Poco trabajo costaría al Estado formar esta estadística en todo el reino, y pienso que no se ofrecerían dificultades serias al investigador que se propusiera hacerla en capitales ó comarcas determinadas; pero reconozco que el valor de los resultados, siempre grande, disminuye, al considerar los muchos casos en que cónyuges poco duchos en el manejo de la pluma se habrán dejado reemplazar en el acto de la firma, aun pudiendo en caso de apuro escribir algunas líneas, y á la inversa, cuántos más habrán sido los contrayentes que sólo supieran trazar las letras de su nombre inconscientemente y á manera de dibujo complicado y cabalístico. A lo cual se añade que la estadística de actas matrimoniales no distingue los cónyuges que saben leer, pero no escribir, y los confunde con los totalmente analfabetos, que son los de que pretendemos ocuparnos.

Las cifras acumuladas en el Censo de 1887 son, pues, las únicas de que podemos valernos, y aunque en rigor adolezcan de algunas causas de error, como estas son inevitables, por nacer del distinto aprecio que de su propia instrucción hicieran los individuos al inscribirse, y afectan lo mismo á los censos de todos los países, y como además se atenúan y aun se compensan por el inmenso número de sujetos incluidos en la estadística, resultan sus cifras admisibles como suficientemente aproximadas á la verdad para fundar sobre ellas nuestros juicios acerca de la intensidad y extensión del analfabetismo en España.

De los diecisiete y medio millones de habitantes (17.565,632) registrados en el censo de 1887, cerca de doce millones (11.945,871) esto es, más de 68 por 100 (68,006) carecían de instrucción elemental. La proporción es aterradora, sobre todo si se la compara con la de analfabetos de otros pueblos europeos, que era de 35,5 en Irlanda, 36,9 en Francia, 42,2 en Bélgica, 44,5 en Austria y 57,1 en Hungría, sin contar las proporciones, menores que todas estas, que resultarían de comparar la población entera de Suiza, Escandinavia, Alemania y Norte América con el número de sus analfabetos respectivos. Pero en honor de la verdad debemos consignar que pocos años antes del censo español á que nos referimos, los faltos de toda instrucción eran el 63,3 por 100 de la población entera en Italia, el 79,1 en Portugal, el 80 en Bulgaria y el 93,3 en Rumanía, cifras que bastan, á falta de otras muchas de pueblos europeos, para demostrar que si España figura desgraciadamente entre las naciones menos cultas, no es sin embargo, la última de la lista, como acaso pensarán los más impresionables, al considerar la enorme proporción de ignorantes que en nuestra patria existe.

Adviértase además que en el total de la población se incluyen los niños incapaces de recibir enseñanza, como son los menores de cuatro años y los que estaban entonces recibéndola ó en edad de recibirla, y que no pueden considerarse, por lo tanto, como presuntos analfabetos definitivos; de modo que para apreciar con más claridad las proporciones hay que

calcularlas con relación á la población mayor de cuatro años, como lo hace nuestro censo, ó mayor de seis, como lo hacen muchos censos extranjeros, y aun mayor de los diez años, según aparece en las estadísticas norteamericanas. Se comprende bién que el número relativo de analfabetos disminuirá á medida que se resten los niños de menos de 4, 6 ó 10 años, y en efecto, en España la proporción de 68 por 100 desciende sucesivamente á 64,4, 62,7 y 61,4 y aun resulta menos vergonzosa la cifra indicadora del analfabetismo nacional, si se limita el cálculo á la que pudiera llamarse población activa, ó sea la comprendida entre los 15 y 50 años, pues entonces se reduce al 59,4 por 100 el número de los que no saben leer.

Clasificando la población española por edades y representando las cifras expresivas del analfabetismo en cada una por líneas de longitud diversa ó por signos análogos, se tendrá la imagen gráfica de lo que podría llamarse evolución literaria elemental de nuestro pueblo, sorprendida en un momento dado, y considerando la gráfica no sólo como representación estática que es de la cultura española según las edades en 1887, sino también como expresión dinámica de la misma cultura, es decir, como símbolo de lo que hubiera progresado en el saber una sola generación, al pasar por todas las edades sucesivamente, se hallará motivo para consideraciones de algún interés, que acaso habrán sido hechas ya por los que hayan meditado sobre estas materias, pero que adquieren ahora la precisión peculiar de la estadística.

De cien niños de uno y otro sexo sólo cuatro aprenden á leer antes de los 6 años; otros ocho aprenden de los 6 á los 7; diez más se instruyen de los 7 á los 8; sólo siete son los que dejan de ser analfabetos de los 8 á los 9 años, y el mismo número de niños se ilustra en el siguiente, siendo tanto lo que disminuye después el contingente de los que todavía adquieren la primera enseñanza que, mientras á los 10 años hay ya 33,4 niños capaces de leer, á los 15 la proporción sólo ha subido á 43,3 y á los 21, edad que arroja la máxima cultura, no hay más que 47,6 jóvenes que posean instrucción rudimentaria.

El hecho está bien claro; el porvenir literario de cada generación se de-

termina por la enseñanza primaria recibida de los 6 á los 10 años, y aun que todavía pueda más tarde instruirse el 10 por 100 de los individuos, siempre el grado general de cultura dependerá de la que se adquiere durante la llamada edad escolar. A esta, pues, hay que dirigir principalmente los esfuerzos de los educadores, y á las causas que sobre ella obren habrá que atribuir las anomalías que la estadística descubra.

Ya que no anomalía, es fenómeno interesante el que ofrece la segunda mitad de la gráfica, la que corresponde á las edades de 25 años para arriba, y que consiste en que la proporción de analfabetos aumenta lentamente al principio y con rapidez al fin, hasta ser en la extrema vejez casi la misma que antes de los seis años. Cuanto más viejo sea el sujeto con quien tratemos, más probable será que carezca de instrucción elemental, y como no puede explicarse por completo el fenómeno admitiendo que nueran más pronto los instruidos que los indoctos, hay que atribuir la ignorancia dominante entre los ancianos al abandono en que se hallaba la enseñanza cuando ellos fueron niños, ó al olvido, por falta de ejercicio, de los rudimentos de cultura que acaso recibieran.

Notorio es que la instrucción pública ha mejorado mucho en España durante la segunda mitad del siglo, y es lógico inducir que entre los nacidos á principios de él y á fines del pasado habrá, como en efecto hay, más ignorantes que entre los venidos al mundo en los últimos decenios. Si, guiados por esta idea, analizamos la historia de España en relación con los frutos de la enseñanza de que actualmente conservamos muestras, hallaremos algunas curiosas coincidencias.

Los 23.000 viejos varones de más de 80 años que existían en 1887 pasaron su edad escolar entre los años 6 y 15 del siglo XIX, esto es, durante la guerra de la Independencia, cuando casi todas las escuelas se cerraron y la nación entera se entregó á la lucha, olvidando temporalmente las tareas de la paz; explicándose así el que sólo el 35 por 100 de los octogenarios supiera leer, cuando entre los septuagenarios, educados en época más bonancible, la proporción era de 44.

Las generaciones educadas entre los años 15 y 57 no llegaron con

oportunidad para recibir los beneficios de la Ley de Instrucción pública de esta última fecha, que aún nos rige; por eso la cultura de los españoles registrados en el censo con más de 35 años es notablemente inferior á la que expresa la cultura de los que, teniendo menos edad, por haber nacido después del año 50, se hallaron en sazón para aprovechar el gran desarrollo que adquirió desde entonces la enseñanza. La influencia de la Ley de 1857 es tan marcada que afecta por igual á los dos sexos, y en un solo quinquenio elevó en 4 ó 5 por 100 la proporción de los que sabían leer, á la fecha del censo, determinando en la gráfica un gran escalón, inexplicable sin la positiva influencia de la Ley. Para ponerlo aún más de manifiesto basta comparar la cultura de los españoles que en 1887 tenían de 10 á 35 años, y que son los que principalmente aprovecharon el progreso de la instrucción pública, con la de aquellos españoles que á igual fecha contaban de 35 á 60 años, es decir, que apenas pudieron recibir sus beneficios, pues la proporción de analfabetos, que en el conjunto de los últimos era de 65,4 por 100, descendía en los primeros á 57,2, quedando así probada la eficacia de la reforma, la cual en 25 años y á pesar de no haberse realizado más que parcialmente, ha disminuido en más de 8 por 100 el número de analfabetos, en igualdad de las otras circunstancias.

El movimiento político de 1868 á 75 no se ha reflejado en la estadística que examinamos, sin duda porque no modificó sensiblemente la enseñanza primaria, y sólo despertó el deseo de leer en los adultos que sabían hacerlo, como sucede siempre que la dispersión de las familias y el interés de los sucesos públicos activa las relaciones escritas entre los individuos y exalta la vida nacional.

Los rudimentos de instrucción son en todo caso menores en la mujer que en el hombre y, según la edad, las curvas que los representan ofrecen en ambos sexos variaciones muy parecidas, aunque no completamente paralelas. En el período escolar aumenta rápidamente la desigualdad entre el número de niñas y el de niños instruidos, de modo que á los 10 años hay doce de aquellas menos que de estos que sepan leer en cada

ciento. En las edades sucesivas aumenta todavía, hasta duplicarse, la inferioridad de la cultura femenina, la cual permanece estacionaria mientras la masculina aumenta, y disminuye cuando la de los hombres se hace estacionaria, resultando de todo esto que las gráficas sexuales divergen más cada vez hasta los 60 años, en que, inesperadamente, se vuelven á aproximarse bastante.

En conjunto, las hembras de la población activa (15 á 50 años) cuentan más de 70 (70,7) por 100 de analfabetos, mientras que el conjunto de los varones correspondientes cuenta solo el 47 por 100, diferencia de un tercio que no es sin embargo la mayor que entre los dos sexos existe, pues á los 50 años los varones instruidos son más del doble que las hembras respectivas. En general se explican estos hechos por el abandono tradicional en que se ha tenido la enseñanza primaria de la mujer, y por el retraso en que respecto á ella va realizándose el progreso, sucediendo que para la cultura de las hembras comparada con la de los varones de la misma edad es como si ellas hubieran nacido mucho antes que ellos, con diferencias que pudieran estimarse en medio siglo, si no contribuyera á explicar la desigualdad del saber entre los sexos, el que son muchos más los motivos que tiene el masculino para conservar en la vejez lo que aprendiera en la juventud, y mayores las probabilidades de que se cuenten como analfabetas muchas ancianas, por haber olvidado la instrucción rudimentaria que acaso recibieran.

En ambos sexos hay una edad, los 21 años, en que se reduce al mínimo la proporción de los ignorantes (43,6 y 61,7), fenómeno que puede explicarse en los varones por la influencia del servicio militar, pero que resulta para mí sin explicación satisfactoria respecto de las hembras. En la gráfica de los hombres se observa que, pasada la edad escolar, se atenúa mucho el aumento en el número de los que saben leer; pero á los 16,17 y sobre todo á los 19 años, crece de nuevo dicho número, quizás porque bastantes jóvenes sin instrucción procuran adquirirla antes de ingresar en el ejército, para mantener más fácilmente relaciones con sus familias, ó la adquieren durante el mismo servicio militar, que es un positivo medio de

cultura. A pesar de todo resulta el hecho, poco lisonjero, de que la masa de varones españoles de 20 á 25 años que, si el servicio militar fuera obligatorio, constituiría el ejército, cuenta con 46 por 100 de analfabetos, mientras que esa proporción es de 1 por 10,000 en Sajonia, menos de 1 por 1,000 en Badén, Baviera Wurtemberg y Prusia, de 4 á 7 por 100 en Finlandia, Holanda y Francia, de 15 por 100 en Bélgica y el Japón, de 30 á 36 en Austria y Hungría y de 40 en Italia; países todos que aventajan al nuestro en la cultura elemental de los soldados, si bien las estadísticas referentes á aquellos son muy recientes y los resultados de la comparación no serían tan desconsoladores si se estableciera con las nuestras, aún no publicadas, del último decenio. Pero aún se encuentran países situados, como nuestra península, en los límites de Europa, donde el ejército es más inculto todavía que nuestra población militar, pues en Rusia hay 68 soldados que no saben leer por cada 100, y en Sérvia y Rumanía el número se eleva á 79 y 89 respectivamente.

Fácil es de presumir que los frutos de la enseñanza primaria no se hallan repartidos con uniformidad por toda España, y bastaría visitar las diversas comarcas del territorio nacional, para notar sin esfuerzo la desigual cultura del pueblo en cada una; pero si se someten los juicios formados por medio de esta observación ligera, que pudiera llamarse impresionista, á la comprobación que la estadística permite, se confirma y se determina con exactitud la desigualdad regional de la cultura, se rectifican algunos de los juicios formados acerca de la instrucción comparada de las distintas regiones y se descubren particularidades curiosas que no hubiera sido fácil observar directamente. Tales resultados justifican la prolija labor que para conseguirlos se requiere, y aun me permito pensar que los cuadros de cifras, los cálculos y los mapas demostrativos en que esa labor consiste tienen más valor que las consideraciones y comentarios que sobre ellos puedan hacerse; pero, ajustándome á las circunstancias, procuraré no abusar de vuestra atención, fatigándola con exceso de números y de nombres geo-

gráficos, áridos siempre y más si falta, como á mí, el arte de hacerlos tolerables, velándolos con el encaje sutil de la retórica.

Si en un mapa de España señalamos las provincias con números de orden, desde la que menos analfabetos cuenta en relación con el total de sus habitantes, hasta la que cuenta más, y si pintamos luego las provincias que, por su mayor cultura, constituyen la cabeza de la serie ordenada, con un color diferente de los que se empleen para pintar las que forman el centro y la cola de la misma serie, tendremos la distribución geográfica del analfabetismo español en su conjunto.

Se notará desde luego la agrupación regular de las provincias primeras, medianas y últimas de la serie, formando grandes zonas de color uniforme, en vez de aparecer mezcladas á manera de mosaico irregular, y este primer hecho indica que las principales causas determinantes del analfabetismo obran con bastante uniformidad en grandes extensiones de terreno, y que las circunstancias locales sólo en pocos puntos influyen en grado suficiente para convertir las provincias en excepciones de la regla, por su contraste con las inmediatas ó su alejamiento de las afines.

El primer grupo, compuesto de 18 provincias, en que la proporción de los analfabetos con el total de los habitantes, oscila entre 37 y 60 por 100, comprende el país vasco-navarro, Asturias, el antiguo reino de León y Castilla la Vieja, más la provincia de Madrid, que es la segunda de la serie total, y se halla incorporada al grupo, y la de Barcelona, que es la catorce, y se halla muy distante, entre las otras provincias catalanas, que pertenecen á la segunda zona, por ser bastante inferiores en instrucción primaria. También se distingue claramente en la gran masa compacta de cántabros y castellanos un núcleo constituido por Alava (37,85 por 100), Santander (44,95), Palencia (45,20) y Burgos (45,56), en que los analfabetos están en minoría, pues, aun contando los niños y las mujeres, no llegan á ser la mitad de la población entera. Alrededor de ese núcleo, excluyendo Madrid, cuya favorable proporción (44,48 por 100) se explica por la existencia de la capital del reino, se disponen las siete provincias limítrofes por el Norte, el Este y el Sur, formando una faja continua en que la pro-

porción de analfabetos aumenta, pero sin pasar de 55 por 100. Las cinco provincias restantes de la gran zona quedan al Oeste del núcleo central y ofrecen proporciones entre 55 y 60. Parece como si un foco de cultura residente en los orígenes del Ebro se hubiera difundido alrededor y especialmente hacia el Sur, en el sentido de las principales vías que conducen al interior de la Península.

En el segundo segmento de la serie ordenada, el alfabetismo varía de 60 á 75 por 100, y las 18 provincias que comprende aparecen en el mapa separadas en dos grupos desiguales: uno pequeño al Noroeste, constituido solamente por Galicia, en que la proporción de analfabetos pasa de 73, y otro mucho mayor, en forma de S vuelta del revés y diagonalmente extendida desde Gerona á Huelva; ancha en un extremo, donde la constituyen Cataluña entera, menos Barcelona (57,05 por 100), todo Aragón y además Guadalajara y Cuenca; estrecha en medio, donde se reduce á la provincia de Toledo (70,36), pues las de Madrid y Ciudad Real pertenecen á las otras zonas, y descendiendo verticalmente en el extremo opuesto, donde la gran *ese* está formada por Extremadura y la Andalucía baja, menos Córdoba (75,25). Dentro del grupo, las provincias de menor analfabetismo lindan con la primera zona, ó se hallan junto á Barcelona y Cádiz (67,19), que parecen focos secundarios de cultura con irradiación muy limitada.

Las doce últimas provincias de la serie ordenada son bastante homogéneas, pues la proporción del analfabetismo oscila en ellas entre 75 (Valencia) y 86 (Almería), y aparecen juntas en compacto grupo que cubre el Sudeste de la Península, en forma de triángulo irregular, con la base en el Mediterráneo entre Castellón y Málaga y con un vértice obtuso hacia el interior, en Ciudad Real (77,71). También se marcan diferencias en esta zona, la más inculta de España, pues las provincias litorales, Murcia (80,71), Málaga (81,67), Granada (82,90), Castellón (84,16) y Almería (86,00), cuentan más de 80 analfabetos por cada 100 habitantes, mientras que las de Valencia (75,23), Alicante (79,51) y Baleares (79,57), y todas las interiores, menos Albacete (80,01), cuentan menos de 80 y más de 75.

Recapitulando lo expuesto, se podrían formular las siguientes proposi-

ciones generales: el analfabetismo español aumenta de Norte á Sur entre Alava y Almería; es mayor al Este de la cordillera ibérica que al Oeste de la misma, y es menor entre el Tajo y el mar Cantábrico que entre el mismo río y el Mediterráneo.

No coincide con mucha exactitud el agrupamiento natural de las provincias por sus índices de analfabetismo con las regiones históricas, cuyo recuerdo y algo más persiste en nuestro suelo; pero á pesar de las compensaciones que atenúan las diferencias regionales, todavía son estas de bastante bulto para que podamos dejar de consignarlas.

Castilla la Vieja (49,51) es la región menos enferma del mal que ahora estudiamos; le siguen la inmediata región vasco navara (52,32), el antiguo reino de León (57,50) y el principado de Asturias (59,80); vienen luego Castilla la Nueva (60,79) y Cataluña (64,09); á continuación figuran Aragón (70,24), la baja Andalucía (71,59), Extremadura (73,46) y Galicia (73,71), y, por último, alcanza el analfabetismo su mayor intensidad en los antiguos reinos de Valencia (78,30), Murcia (80,49) y Granada (82,22), que son los que principalmente elevan la proporción de ignorantes en el conjunto de España y los que determinan la inferioridad del lugar que nuestra patria ocupa entre las demás naciones europeas.

No sé la impresión que causará esta lista en los que hayan pensado alguna vez en la materia de que se trata y tengan opinión formada sobre el orden en que, por su instrucción elemental, debieran clasificarse las regiones históricas de España; por mi parte declaro que los resultados de la estadística rectifican dos ideas erróneas que abrigaba al empezar estas investigaciones: una era la de considerar á Cataluña como superior en instrucción primaria á casi todo el resto de la Península, y era la otra el atribuir á los gallegos más noción de las primeras letras que á la masa general de aragoneses, extremeños y andaluces.

Más bien que en datos positivos numéricos ni de observación personal, se fundaba mi error, por lo que á Cataluña se refiere, en la frecuente predicación que suele hacerse de las excelentes cualidades que realzan al pueblo catalán sobre los demás de España, cualidades entre las que no podía

menos de incluir la difusión de la primera enseñanza, por ser el rasgo que mejor caracteriza la superioridad intelectual de un pueblo, y se fundaba también mi error en que la riqueza y el genio mercantil é industrial son circunstancias más favorables al desarrollo de la cultura popular que la pobreza y el trabajo agrícola, que son las circunstancias dominantes en las sierras y mesetas castellanas. Pero ante la fuerza incontrastable de la aritmética no valen presunciones ni razonamientos; el hecho es evidente; de cada 100 catalanes hay 14 analfabetos más que entre igual número de castellanos viejos; 11 más que entre los vasco-navarros; 6 más que entre los habitantes del antiguo reino de León, 5 más que entre los astures, y hasta supera Cataluña en 3 por 100 al analfabetismo de Castilla la Nueva. Verdad es que Barcelona aventaja bastante la cultura de sus tres provincias hermanas, dos de las cuales (Tarragona 71,62 y Lérida 74,46) figuran en la segunda mitad de la lista formada con todas las de España en el orden de su proporción de analfabetos; pero lo mismo ocurre en Madrid respecto á las otras provincias castellanas y á Cádiz respecto de las andaluzas, y aun la misma Barcelona habrá de reconocer la superioridad, por el concepto que estudiamos, no sólo de Madrid sino de Alava, Santander, Burgos y Valladolid, y hasta de provincias tan secundarias como Palencia y Segovia, y tan pobres y olvidadas como Soria, sin contar otras cinco provincias que también la aventajan, aunque en menos grado.

Tampoco puede alegarse la persistencia del dialecto catalán para explicar la menor difusión relativa de las primeras letras, pues no ya dialecto, sino lengua verdadera y de caracteres especialísimos se habla en las Provincias Vascongadas, y sin embargo es en ellas mayor que en Cataluña la proporción de los que saben leer el castellano, aparte de los que además leen el vascuence, y aunque se demostrara que fueron inscriptos como analfabetos los catalanes que sólo sabían leer en su dialecto, cosa poco verosímil, pues en las instrucciones para formar el censo no se determina la lengua en que se halle instruido el que lo esté en alguna, todavía resultaría Cataluña desfavorecida respecto á otras regiones, por disponer en menor proporción que ellas del instrumento natural de comunicación

con el resto de España y con los otros pueblos que hablan castellano.

En cuanto á mi error acerca de la cultura relativa de Galicia, nacia sin duda del contraste que había notado varias veces entre la rudeza aparente y la instrucción efectiva de muchos gallegos observados por mí entre los más humildes que suelen emigrar á Madrid, comparados con la vivacidad y despejo de otros extremeños y andaluces que, sin embargo, desconocían las primeras letras: en los primeros el conocerlas tomaba el valor de un verdadero mérito y en los últimos el ignorarlas venía á ser como un delito, de donde, sin pensar en proporciones ni estadísticas, mi ánimo estaba impresionado en favor de los gallegos y casi indignado contra el desperdicio de aptitudes que creía notar en mis paisanos. Adviértase además que entre estos no distinguía yo entonces los de la baja de los de la alta Andalucía, que sólo tenía en cuenta los varones adultos y que no reparaba en que la comparación de gallegos emigrados á la capital de España y andaluces sedentarios, no podía conducir á conclusiones justas, pues naturalmente el que emigra de su pueblo natal debe de ser, en igualdad de circunstancias, más instruido que el que sigue apegado al terruño, quizás porque su misma ignorancia lo retiene.

Pero dejando á un lado mis errores y prejuicios personales, que á nadie importan, y que sólo refiero para confirmar con mi abjuración de ellos el respeto que guardo á la estadística, comprendo que no todos le profesarán tal vez igual respeto, ni estarán tan dispuestos como yo á rectificar las opiniones que acaso tuvieran arraigadas sobre la instrucción primaria en las varias comarcas españolas, y para confirmar ó modificar en vista de nuevos datos la lista presentada hace un momento, á la vez que descubrir, si es posible, el caracter peculiar de cultura en cada región, estudiaremos de nuevo las cifras consignadas en el Censo, distinguiendo la edad, el sexo y la residencia urbana ó rústica de los habitantes en cada comarca, aunque, por no abusar de vuestra paciencia, sólo exponga aquí los resultados de ese estudio.

El número relativo de niños menores de cuatro años no es igual en todas las provincias españolas, y ha de influir necesariamente en el índice

de analfabetismo calculado sobre la población entera, en el sentido de hacerlo aparecer mayor donde los niños abundan y disminuyéndolo donde escaseen. Si se aparta esa causa de error, restando del total de habitantes los menores de cuatro años, que son analfabetos porque no han llegado á la edad de instruirse, y se calculan los índices sobre la población de cuatro años para arriba que haya en cada provincia, se obtendrán cifras menores y más exactas que las calculadas sobre la población entera, pues señalarán la proporción de los que no saben leer teniendo edad para saberlo.

Una lista ordenada según tales proporciones confirma la que antes comentamos y ratifica ó rectifica los puntos de esta, en que las dos difieren sensiblemente. Así se observa que mientras en 43 provincias coinciden los números que las señalan en ambas listas, ó sólo difieren en una unidad, hay cuatro: Huelva, Sevilla, Barcelona y Madrid, que pierden dos y aun tres puestos en la segunda lista, y otras dos: Coruña y Pontevedra, que los ganan. Y si en vez de las provincias comparamos las regiones, veremos ratificada la inferioridad de Cataluña respecto á Castilla, León, Asturias y la región vasco navarra, y aun notaremos que se acentúa, pues en la población de cuatro años para arriba el exceso de analfabetos catalanes, con respecto á los de las regiones citadas, es mayor que en la población entera.

En cambio Galicia, que iba en la primera lista después de Extremadura, se antepone á ella cuando se apartan los niños pequeños, sin duda porque éstos abundan más al Norte de Portugal que al Este del mismo reino.

Y si, concretando más, formamos una tercera lista de provincias con las cifras calculadas por el Instituto geográfico, que expresan la relación centesimal de analfabetos varones y adultos de 21 á 30 años, es decir, en la edad más á propósito para el servicio militar, encontraremos bastante modificado el ordenamiento de las provincias y regiones, de tal modo que, en términos muy sintéticos, puede afirmarse que, si España tuviera ejércitos regionales diferentes, los más ilustrados de todos estarían constituidos por castellanos viejos (21,26 por 100 de analfabetos), leoneses (24,68) y asturianos (25,23); les seguirían en cultura los formados por vasco-na-

varros (27,74) y castellanos nuevos (35,55); tendrían menos instrucción primaria los ejércitos de Cataluña (40,63), de Galicia (43,40) y de Aragón (48,41), y la proporción de analfabetos oscilaría entre 50 y 70 por 100 en los ejércitos más ignorantes de Extremadura (54,73), Andalucía (56,78), Valencia (61,02), Murcia (63,88) y Granada (69,23). Como se vé por lo expuesto, la inferioridad de Cataluña se confirma y exagera, mientras que la de Galicia se rectifica, subiendo á un lugar muy honroso en la escala de cultura regional, cuando se restan las mujeres, los niños y los viejos.

No es igual la instrucción en los dos sexos, y es regla invariable que el conjunto de las mujeres en cada comarca sea menos instruído que el de los hombres, pudiéndose formar mapas de la cultura masculina y femenina, cuya comparación conduce á interesantes resultados.

El analfabetismo masculino domina tan sensiblemente desde el paralelo 40 al Mediodía, que todas las provincias meridionales, excepto Cádiz, pertenecen al último tercio de la lista ordenada, y que sólo Lérida, perteneciente al mismo tercio, se encuentra al Norte de dicho paralelo. El analfabetismo mínimo de los varones reside en los orígenes del Ebro y en la cuenca del Duero, y las provincias que lo tienen intermedio constituyen las regiones de Cataluña, Aragón, Galicia y parte de Castilla la Nueva. En cambio el analfabetismo femenino, distribuído con más irregularidad, se marca mucho en el Sudeste y en Galicia; se reduce al mínimo en la región vasco navarra y la antigua Castilla con Madrid, Barcelona y Cádiz, y queda intermedio en Leon, Extremadura, Andalucía y en las demás provincias. Resulta de la comparación de ambos mapas y de las diferencias entre los índices provinciales del analfabetismo, según los sexos, que la característica de la cultura en cada región es la siguiente: mínima y poco diferente de varones á hembras en Granada, Murcia y Valencia, mediana y casi igual en unos y otras en Andalucía; máxima y también poco distinta en las provincias vasco-navarras, menos Vizcaya; máxima, pero con diferencias sexuales muy grandes, en Castilla la Vieja, Asturias y Leon;



mediana y con extremada diferencia sexual en Galicia, y mediana por el doble concepto del analfabetismo en conjunto y de la desigualdad entre el particular de los varones y de las hembras, en las otras regiones de Castilla la Nueva, Cataluña, Aragón y Extremadura.

Dos hechos principales resultan en esta fatigosa exposición: es uno la notable inferioridad de la mujer gallega, que la iguala casi á las más incultas del Sur y de Levante, y que contrasta con la instrucción, bastante buena, de los hombres gallegos; y es el otro la notable instrucción relativa de la mujer andaluza, que la eleva casi á la altura de sus hombres respectivos y la pone en el nivel medio de la mujer española (74,44).

Si se atribuyeran todas estas particularidades á la desigual atención que en las diversas comarcas se concede á la enseñanza de la mujer, y se expresara esa desigualdad por la diferencia entre los índices del analfabetismo masculino y femenino, se llegaría á la imprevista conclusión de que, exceptuando la región vasco-navarra y en términos generales, los sexos tienden á igualarse por su cultura yendo de Norte á Sur, y á distinguirse por la mayor ignorancia de la mujer yendo de Este á Oeste en la mitad septentrional de España, y á la inversa en el meridional. Aunque he de procurar más adelante apuntar la explicación de algunos de estos hechos, reconozco mi incompetencia para interpretarlos cumplidamente, y me contento por ahora con señalar su existencia y recomendar su explicación á los estudiosos conocedores de las complejas circunstancias que, en cada localidad, determinan la intrucción primaria de los habitantes.

Otra de las circunstancias que influyen sobre la cultura es la residencia urbana ó rústica de los sujetos, considerando para el caso como urbana la población de todas las capitales de provincia, más la de aquellas ciudades que, sin serlo, cuentan 20,000 almas por lo menos, y como rústica el resto, diseminado en villas, lugares y cortijos ó viviendas aisladas. Siempre y sin excepción aparece menor el analfabetismo en las ciudades que en los campos respectivos, y más desigual en aquéllas que en éstos, quizás porque las causas que lo determinan se modifican más fácilmente en las capitales, donde el celo de las autoridades puede bastar para que me-

jore la enseñanza de millares de alumnos, y su desidia es suficiente para que decaiga. El analfabetismo de la población rústica se distribuye en el país de un modo muy semejante al observado respecto á la población total, en razón á que aquélla es el sumando principal de ésta, y acaso debiera preferirse el ordenamiento de las provincias por el número proporcional de analfabetos entre los habitantes de sus campos, pues así como estos constituyen los verdaderos tipos locales del país, también deben ser ellos los que den principalmente la característica de su cultura.

Suele ocurrir en algunas naciones del nuevo continente y en ciertas grandes colonias, que las capitales contrastan extraordinariamente con el resto de la población, tanto que podrían compararse por su cultura relativa á focos luminosos cercados de profundísimas tinieblas. No llega á tal grado el contraste en nuestra patria, pues donde mayor se observa, que es en Cádiz, no exceden los analfabetos del campo más que en 32 por 100 á los de las ciudades, y sólo en doce provincias pasa de 20 la diferencia, sin que guarde ésta relación con lo populoso de las ciudades ni con la ilustración general de las regiones.

Capitales tan pequeñas como Vitoria (29, por 100), Burgos, Soria, Segovia y Bilbao, aventajan por su menor proporción de analfabetos á la gran Barcelona (40,37 por 100); también la supera Madrid (36,72), que es sin embargo la tercera ciudad de España por su cultura elemental; aparecen en lugares muy bajos de la lista ordenada de capitales, las demás que pasan ó se aproximan á 100,000 habitantes (Zaragoza 51,02; Sevilla 52,85; Valencia 56,93; Málaga 71,41), y es la última de todas Murcia (80,02), quizás por el gran número de huertanos que comprende.

De las capitales con Universidad, Madrid, Barcelona, Salamanca, Santiago, Valencia y Granada, contienen menos analfabetos que las otras del mismo distrito, mientras que en las restantes no es la capital universitaria la más culta, pues Cádiz supera á Sevilla, León excede á Oviedo, Valladolid es aventajada por todas las capitales de su distrito menos Palencia y San Sebastian, y por fin, Zaragoza es la penúltima de las ciudades que preside, de todo lo cual se deduce que la residencia de la Universidad in-

fluye poco en la distribución del analfabetismo en el distrito, quizás por la escasa eficacia de la autoridad del Rector sobre la instrucción primaria.

Entre las poblaciones de más de 20,000 almas que no son capitales de provincia, merecen especial mención por su cultura El Ferrol (43,75) y Gijón (45,60), y por su atraso Orihuela, Elche, Lorca, Velez-Málaga, Antequera y Huerca Overa, en que pasa de 80 la proporción de analfabetos y, sobre todo, La Unión, junto á Cartagena, y Cuevas de Vera, en Almería, poblaciones esencialmente mineras, en que la proporción sube á 90 por 100.

Aún podrían señalarse detalles curiosos, y hasta de verdadera trascendencia, haciendo el mapa del analfabetismo español según los partidos judiciales, tarea penosa que tengo empezada; pero considero que lo expuesto es bastante, si no es excesivo, para lo que pide la ocasión presente.

No basta conocer la enfermedad nacional que el analfabetismo constituye, ni determinar comparativamente la intensidad con que la padecen uno y otro sexo, los rústicos y los urbanos ó los habitantes de unas y otras comarcas, sino que importa mucho más indagar sus causas, tanto para inferir la génesis del analfabetismo en cada caso particular, como para dar base firme al tratamiento.

Pero son tales causas tan variadas y complejas que, aun limitándonos á examinar las principales, se impone la necesidad de clasificarlas, por lo que, sin pretensiones de acierto y sólo para metodizar su enumeración, las agruparemos, según la amplitud de su influencia, en: generales que afectan á la nación entera; locales, si obran sólo sobre comarcas ó grupos humanos limitados, é individuales, cuando son inherentes á ciertos sujetos sin trascender á los demás.

Entre las causas generales del analfabetismo español deben contarse: la raza, la religión, las instituciones, la organización de la enseñanza y el ambiente social.

Sería infundado el suponer que nuestra raza tiene menos aptitud que otra cualquiera para el aprendizaje de las primeras letras, y estoy seguro que si niños blancos de todos los países recibieran la misma enseñanza en igualdad de circunstancias, ofrecerían tan pequeñas diferencias de aptitud imputables á la raza, que podrían considerarse como iguales, y hasta me complazco en pensar que, si la hubiera, no figurarían nuestros alumnos entre los más torpes. Pero aunque propios y extraños admitieran que todos los pueblos europeos tienen igual capacidad para la instrucción primaria, siempre quedaría la presunción de que la raza influye en el número proporcional de los que la poseen, pues la estadística demuestra que, en conjunto, los anglo-sajones y germanos cuentan menos analfabetos que los latinos del Mediterráneo y estos, menos que los eslavos; como si entre los rasgos psicológicos de las razas se contara un grado variable de amor á la enseñanza, ya que no sea de aptitud para recibirla. Que esa inclinación colectiva á difundir la instrucción primaria es más fuerte en unos pueblos que en otros, es tan notorio que no requiere pruebas, y lo único dudoso es si se debe á causas étnicas persistentes ó á circunstancias sociales transitorias. Pero entre lo persistente y lo transitorio no hay límite preciso, y en la vida de un pueblo basta el que durante algunos siglos actúen causas que aparecieron pasajeras al principio, para que vaya modificándose la psicología popular hasta ser ella el principal motivo de que lo transitorio se convierta en permanente y los rasgos adquiridos lleguen á ser esenciales en el carácter nacional. Y todavía es más fácil esto en materia de educación, pues siendo ella la que moldea los individuos é imprime por lo tanto su sello á las colectividades, si ella cambia de orientación por causas poderosas, luchará primero con el ambiente creado, y, si llega á vencerlo, será la educación la que imprima nuevos rasgos psicológicos á la raza. Las modificaciones que esta sufra en su genio serán más rápidas y fáciles cuanto más flexible sea la raza y más apta para recibir las influencias morales que sobre ella obren, de modo que, en último término, dado que la difusión de la enseñanza es corriente general en toda Europa, su eficacia depende en parte de lo que podríamos llamar flexibilidad étnica ó

capacidad para la adaptación en cada pueblo ¿Es el nuestro más refractario que otros de Europa á las ideas modernas, por inflexibilidad de raza? No tengo fundamento serio para dar contestación categórica á tan grave pregunta, pero me inclino á pensar que entre nosotros han sido y serán más difíciles que en otros pueblos los cambios positivos del alma nacional, y por eso concluyo atribuyendo en parte nuestro atraso en materia de instrucción primaria, lo mismo que en otras muchas, á cierta tenacidad de caracteres étnicos que conserva nuestras antiguas virtudes nacionales, á la vez que dificulta la adquisición de otras nuevas.

Levasseur (1), al tratar de las relaciones entre la escuela, la religión y la Iglesia, observa que los sacerdotes de todos los cultos cuidan de las necesidades espirituales de sus fieles y, entre ellas, de la inteligencia y de la instrucción, para lo que gozan de autoridad y medios más eficaces que los simples particulares, pero que los resultados no son los mismos en pueblos de religiones diferentes, pues los protestantes y los judíos son, en general, más instruidos que los católicos y estos más que los griegos, musulmanes y budhistas. Los estados que cuentan más de 15 escolares por cada 100 habitantes son total ó principalmente protestantes, y no lo es ninguno de los que cuentan menos de 10 alumnos por 100. La regla no es absoluta, pues el Sur de Alemania, la Argelia, el bajo Canadá, el Este de Francia, y yo añado que algunas provincias de España (2), demuestran que hay pueblos católicos comparables en instrucción primaria á los protestantes; pero en conjunto, preciso es confesar que el hecho es cierto.

Levasseur lo atribuye á dos causas. Es la primera que la iglesia reformada exige á sus fieles que lean la Biblia, para sacar de ella por sí mismos las reglas de su fe y de su conducta, de modo que, en rigor, no podrá ser verdaderamente religioso quien no sepa leer, mientras que la Iglesia católica enseña sus dogmas por la predicación de los sacerdotes

(1) E. Levasseur *L'enseignement primaire dan les pays civilisés*. 1897, pg. 507.

(2) En León, Palencia, Zamora y otras provincias castellanas hay 16 escolares por cada 100 habitantes.

tanto ó más que por el aprendizaje del catecismo, de modo que los analfabetos pueden adquirir la educación religiosa casi lo mismo que los instruidos, y unos y otros son guiados en su conducta por medio de la confesión. La segunda causa es que los protestantes retrasan la imposición de ciertos sacramentos, como la comunión primera y la confirmación, lo cual prolonga el tiempo en que los niños concurren á la escuela, mientras que los católicos, anticipando aquellos actos, acortan el período de preparación para ellos, período que, en la mayoría de los casos, es el único dedicado á la instrucción.

Claro es que de admitir como fundadas estas consideraciones, sólo tendrían valor para explicar el atraso relativo de España y de otros países católicos en los tiempos pasados, cuando la Iglesia era casi la única educadora de los pueblos y la salvación del alma era el exclusivo objeto de la educación, pues en los actuales, la escuela persigue también otros fines menos transcendentales que los religiosos, y debe preparar los hombres tanto para la vida eterna como para la temporal, de modo que su influencia en la cultura debe ser igualmente benéfica en todos los países, sin distinción de religiones.

No hay relación directa entre la forma de gobierno y el analfabetismo en cada pueblo: monárquicas son Escandinavia y Rusia, Alemania y Portugal, sin que figuren por eso en el mismo nivel por su cultura; repúblicas son Francia y Suiza, á pesar de lo cual la segunda aventaja á la primera en instrucción primaria, y más notable aún es el contraste entre las repúblicas del Norte y del Sur del nuevo mundo, y sin embargo es evidente que el espíritu democrático arraigado en un país estimula á los ciudadanos á participar con su crítica y su voto en la vida pública, excita el deseo de aprender por lo menos las primeras letras, y hasta impone el deber de conocerlas como medio indispensable para ejercer conscientemente los derechos y cumplir los deberes. Por el contrario, allí donde la masa popular permanece de hecho separada de los asuntos públicos, no se siente tan vivo el deseo de conocerlos ni la necesidad de instruirse para juzgarlos, y la enseñanza elemental no encuentra ambiente favorable para su desarro-

lo. Así ha sucedido y aun sucede en nuestra patria, víctima de un círculo vicioso, pues la falta de educación política mantiene al pueblo en la ignorancia, al par que esta le priva de intervenir con acierto en la política.

La organización de la enseñanza es de influencia decisiva en la intensidad del analfabetismo nacional, y lo es, no por la calidad de las leyes que la rigen, pues son buenas, aunque no perfectas, sino por quedar en gran parte incumplidas, y por la deficiencia de medios para su aplicación. Un número crecido de niños, queda sin saber leer, porque no hay suficientes escuelas, ni son bastante amplias las que hay para que concurran todos los que deben; porque escasea el material de enseñanza en muchas de ellas; porque no hay bastantes maestros y auxiliares para cuidar eficazmente de la instrucción de todos; porque hay maestros que carecen de la vocación necesaria para ejercer su ministerio, ya que no puede dudarse de su capacidad para enseñar á leer; porque, siendo mezquina la remuneración de los profesores, pocos pueden subsistir con sólo ella, y muchos buscan fuera de la escuela y con perjuicio de los escolares, los recursos que para vivir les faltan; porque la posición inferior en que la pobreza coloca en la sociedad á los maestros, les merma el prestigio que por su misión les corresponde y les quita influencia para hacer cumplir en lo posible el precepto de la enseñanza obligatoria; porque las inspecciones, sabiamente concebidas, no siempre son eficazmente realizadas, y por tantos otros defectos positivos de organización, demasiado técnicos para que, dada mi incompetencia, pueda yo enumerarlos.

Pero la causa general más poderosa de analfabetismo en nuestra patria, es el ambiente social de indiferencia y aun de hostilidad á la enseñanza, que la tradición, la miseria y las preocupaciones han creado desde hace varios siglos, sin que los esfuerzos del que termina ahora hayan logrado más que atenuarlo. En las clases humildes y alejadas de centros de cultura suele venir la ignorancia de abolengo; los padres, resignados y acaso satisfechos con su suerte, no estiman el saber de letras y no se interesan porque sus hijos las aprendan; los hijos, imbuidos en las mismas ideas, repugnan un trabajo cuya finalidad no comprenden y del que no esperan

provecho positivo; las nuevas generaciones miran con desdén la escuela, sin la que fueron felices sus antecesores; las autoridades municipales desatienden sus deberes con relación á la enseñanza, sin temor á protestas de sus administrados, y todos anteponen el más pequeño ahorro de gastos ó la ganancia más insignificante del momento, al beneficio, remoto y para ellos problemático, que la instrucción pudiera reportarles.

Y gracias si se reduce todo á instalar la escuela en una cuadra ó en algún granero abandonado, ó á no dotarla de recursos ni pagar al maestro, á distraer los escolares de sus tareas ocupándolos en otros menesteres, ó á desentenderse por completo de su asistencia y adelantos, pues todavía es de más funestos resultados la preocupación, que aún no ha desaparecido por completo, de atribuir algunos padres la perdición de sus hijas á la lectura y escritura que aprendieron. Sólo interrogando, como yo he hecho, á cientos de mujeres adultas, sin instrucción, sobre las causas de su ignorancia, es como puede formarse clara idea de lo arraigada que aún se halla la creencia de que el enseñar á leer á las muchachas pobres es abrir puertas á la seducción; así como es sabido, que aun en las clases cultas suele haber repugnancia á enseñar demasiado á las mujeres. Y ya que no se llegue á tal extremo, seguro es que muchas familias dispuestas á hacer algún pequeño sacrificio por instruir á sus varones, jamás lo harán por dar siquiera las nociones más rudimentarias á las hembras, pues suele ser máxima corriente que estas no las necesitan para servir á Dios, cuidar su casa y obedecer á su marido, misión única de casi todas las mujeres españolas.

Claro es que ninguna de las causas generales de analfabetismo ligeramente apuntadas obra con uniformidad en toda España, de modo que, por su distinto grado, se confunden las causas generales con las locales, y contribuyen con ellas á explicar las diferencias de intensidad y carácter de la cultura según las regiones.

Entre las causas de acción local mejor definida están: el clima, la topografía y diseminación de las viviendas, la pobreza, la profesión y la rutina.

Aparte de la relación general que se ha pretendido establecer entre el clima moderadamente frío y la mayor instrucción de las naciones, es indudable que en la nuestra influye el clima en la enseñanza directamente, facilitando ó dificultando la asistencia de los niños á la escuela, é indirectamente, determinando varias condiciones de la vida local. Allí donde el invierno es riguroso, el trabajo de los campos se interrumpe casi por completo y las familias se recluyen forzosamente en sus moradas, cuidan más los padres de enviar sus hijos á la escuela, si está muy próxima, ó por el contrario, dejan estos de concurrir si quedan niños y adultos aislados por los torrentes y los hielos. Así sucede en varios pueblos de sierra, y especialmente en algunos de la Alpujarra, donde recuerdo haber oído decir que los vecinos de ciertos barrios permanecen durante varias semanas incomunicados, hasta el punto de que, no ya para acudir diariamente á la enseñanza, sino para recibir los auxilios médicos ó espirituales, tienen que correr verdaderos peligros, dado que el paso de las personas sea posible. Por otra parte, el rigor del clima suele producir la esterilidad del suelo y la pobreza del país, circunstancias desfavorables para la instrucción.

El aislamiento permanente de los pueblos y aldeas por motivos topográficos, es siempre adverso á la cultura, pues ora sea esta casi nula, ora la instrucción sea relativamente buena, como sucede en lugarejos de la alta meseta castellana, perdidos en la estepa, lejos de las grandes vías de comunicación, el adelanto en la enseñanza como en todo, será lento y difícil, por no alcanzar á esas localidades el influjo de los grandes focos de cultura, ni ser ellas bastante grandes para evolucionar por sí mismas. Y mayor es todavía la perniciosa influencia de la diseminación de las viviendas; pues si estas se encuentran completamente aisladas ó reunidas en mínimos grupos, insuficientes para costear maestros, y se hallan tan distantes entre sí que es prácticamente imposible ó resulta, por lo menos, muy difícil la concurrencia asidua y regular de los escolares, se comprende bien que la mayoría de los niños quede sin recibir instrucción suficiente, si es que recibe alguna. La población diseminada en los cortijos andaluces y en las dehesas de Extremadura debe, sin duda, á la residencia gran parte

de la crecida proporción de analfabetos que presenta. Mas no se deduzca de esto que el hacinamiento de las grandes capitales es el medio mejor para la instrucción de los niños, pues también hay en ellas circunstancias desfavorables, como son: el excesivo número de alumnos que suele corresponder á cada escuela, la mayor dificultad para vigilar su asistencia, y el funesto ejemplo de los niños vagabundos. Las villas de caserío denso y mediano vecindario parecen ser las mejores, en igualdad de las otras circunstancias, para que sea fructuosa la enseñanza.

La pobreza es formidable obstáculo que se opone á ella, bien sea privándola de medios materiales y de personal docente en las naciones pobres, ó bien, lo que es más grave, restando alumnos á la misma enseñanza gratuita, ó mermando la asistencia de los que la reciben, hasta el punto de hacerla casi esteril. Muchas familias pobres envían sus hijos á la escuela cuando son muy pequeños, más por tenerlos recogidos en ella y evitar-se el cuidarlos durante algunas horas, que por deseo verdadero de que aprendan, de modo que en cuanto los escolares pueden auxiliar en algo á sus familias son retirados, temporal ó definitivamente, de las aulas y dedicados á las faenas domésticas y al cuidado de los hermanitos más pequeños, si son niñas, ó á las tareas del taller ó del campo proporcionadas á su edad, si son varones. Tampoco es raro que la extrema pobreza, complicada á veces con la holgazanería y desidia de los padres, lance los hijos á la mendicidad y al vicio, sin intento siquiera de proporcionarles el más ligero rudimento de cultura. También se esterilizan casi siempre por falta de recursos los propósitos de muchos analfabetos adultos que desean instruirse y, esclavizados por el trabajo y la miseria, carecen de tiempo y de elementos para satisfacer tan loable deseo. Por no omitir nada apuntaré el hecho observado en mi información individual, de que madres venidas á menos se han abstenido de enviar sus hijos á la escuela, por no tener vestidos decorosos que ponerles y no tener tampoco valor moral para declarar públicamente la disminución de su fortuna: véase como no sólo es la falta de pan, sino también la de calzado, causa real y efectiva de analfabetismo.

Hay que reconocer, sin embargo, que la pobreza de una comarca no es indicio seguro de su atraso, y hasta se observa en España cierta contradicción bajo este aspecto entre las ricas provincias del Mediodía y Levante y las mucho más pobres de Castilla, pues ya va consignado que las últimas aventajan bastante en ilustración á las primeras, lo que en parte se explica por estar la riqueza total de Andalucía concentrada en pocas manos y ser en ella realmente más numerosos los pobres que en Castilla.

Además de las profesiones liberales, hay muchas otras que requieren cierto grado de instrucción literaria, pero la inmensa mayoría de las ocupaciones femeninas y aun todas las masculinas exclusivamente manuales, en que el obrero queda reducido á instrumento de labranza ó á pieza de maquinaria, pueden cumplirse medianamente, y de hecho se cumplen por muchedumbre de sujetos que no saben leer, y desde el momento en que sin aprender las letras se puede ganar lo indispensable para vivir, se comprende que cuantos se consideren, por su origen y el medio en que nacieron, destinados á trabajar con sus brazos y no con su cabeza, miren la instrucción literaria, aunque sea elemental, como adorno difícil y costoso é inútil, á su juicio, para quién espera pasar su vida apacientando ovejas, cultivando tierras, tendiendo redes ó entregado á domésticas faenas. Tan natural es que el humilde instruído aspire á mejorar su condición social y desdeñe aquella inferior en que naciera, que algunos pensadores han llegado á temer si la generalización de la enseñanza creará conflictos sociales, por extremada competencia en unas profesiones y falta de brazos en las más modestas y peor retribuídas; pero la experiencia demuestra que los cultos jornaleros de Suiza y Sajonia se resignan á las mismas labores que los ignorantes aldeanos de Rusia ó de Sicilia, sin que la difusión del saber entre los primeros haya alterado ostensiblemente el equilibrio de las clases sociales, de modo que, en definitiva, el saber leer no influye tanto sobre la profesión que se adopte, como influye la que los padres ejerzan y se propongan dar á sus hijos sobre la instrucción que estos reciban.

Entre los agricultores abundan más los analfabetos que entre los obreros, y en ambas clases, la proporción varía según la rudeza y continuidad

de los trabajos. Si la suavidad del clima, la feracidad del suelo y la variedad de los cultivos ocupa en todo tiempo á los adultos y á los niños, la asistencia de estos á las aulas será tan breve y tan irregular, caso de haberla, que el fruto será nulo, mientras que la forzosa interrupción de las tareas, la abundancia de brazos y la rudeza de las labores, impropias de la infancia, favorecen la instrucción de esta y disminuyen el analfabetismo local. Estas consideraciones y otras semejantes explican las diferencias por tal concepto, prolijas de exponer y difíciles de comprobar, que sin duda existen entre comarcas esencialmente agrícolas, como la tierra de Campos en Castilla y las huertas de Valencia y Murcia, por ejemplo, y entre poblaciones principalmente obreras, según trabajen en el mar, en las minas ó en las grandes fábricas.

La ocupación habitual y el porvenir probable influyen más todavía en la instrucción, según los sexos, y son las causas principales de la superioridad que antes notamos de la mujer andaluza respecto á la gallega, al contrario de lo que sucede con los hombres de las dos regiones. En Andalucía la mujer no concurre sino por excepción á las faenas del campo, ni sale de las calles de su aldea, ni se iguala al varón como elemento productor de la familia, sino que, aun entre los más pobres, y aunque la mujer trabaje cuanto sus aptitudes le permitan, es siempre considerada como sér débil y necesitado de la protección masculina, de lo cual resulta que, cuando niña, asiste á la escuela con más regularidad y durante más años que los varones, cuando joven y matrona, suele tener tantas ó más ocasiones que sus hermanos y maridos para confirmar con el ejercicio la lectura que aprendiera, y hasta, por su natural despejo, llega á ser muchas veces el cerebro director de los hogares. La mujer pobre en Galicia y en gran parte de Castilla, á juzgar por el resultado de mis informes individuales, laborea el campo casi como el hombre, es distraída de la escuela más precozmente que los muchachos, y suele ser tratada con más egoísmo por sus naturales protectores, pues mientras se cuida de que los jóvenes se instruyan algo para afrontar mejor las peripecias de la vida militar y de la emigración en busca de trabajo, suele mantenerse á las hembras más sujetas á la es-

clavitud de múltiples faenas y relegadas á papel más secundario en la familia, de todo lo cual resulta la enorme diferencia que notamos entre la cultura de uno y otro sexo en el centro y el Noroeste de la Península.

No bastan, sin embargo, las numerosas causas de analfabetismo expuestas hasta ahora para explicar el propio de cada comarca, descubierto por la estadística, y ciertamente quien analizara las circunstancias de muchas localidades españolas para determinar la génesis de su analfabetismo particular, tarea fecunda, pero impropia de estos momentos, observaría que la combinación de varias ó de todas las causas examinadas, no siempre conduciría á la interpretación completa y satisfactoria del hecho resultante. Es que también debe tenerse en cuenta lo que podría llamarse la tradición, ó, si se quiere, la rutina, que es de influencia decisiva en muchos casos. Si las instituciones municipales son antiguas y tienen verdadero arraigo en el país, si las poseyeron villas florecientes un tiempo y convertidas hoy en miserables aldeas, como sucede con algunas de Castilla, si hasta los pueblos más pequeños se acostumbraron al régimen algo autonómico de los municipios, y á cumplir sus deberes, imitando y hasta pretendiendo rivalizar con poblaciones importantes, casi seguro es que, donde esto ocurra, habrá gozado la enseñanza de favor relativo, y que seguirá gozándolo por tradición, aunque hayan cambiado muchas de las circunstancias locales. Y donde la tradición no exista, por lo reciente de la fundación del pueblo, ó por los profundos cambios que en su administración haya sufrido, ó por no haber disfrutado nunca de suficiente autonomía, estará el crédito de la enseñanza local á merced de la costumbre establecida por los caciques ó personajes influyentes, ó por el mayor ó menor prestigio de los profesores, ó por circunstancias más secundarias todavía, de modo que, transformada la costumbre en rutina, será difícil combatirla, aunque las circunstancias, los profesores ó los caciques cambien, y acaso permanezca la enseñanza abandonada, contra el deseo de muchos, y lo que de los medios disponibles debiera esperarse, por la única y absurda razón de que «así estuvo siempre».

Sean cuales fueren las causas generales de analfabetismo que actúen sobre colectividades humanas más ó menos numerosas, siempre habrá casos particulares, bien sea de sujetos instruídos, en circunstancias completamente opuestas á la instrucción, ó bien de sujetos ignorantes, á pesar de que todo estuviera dispuesto para precaver la ignorancia, y estos casos se deben á causas individuales ó inherentes á los sujetos mismos.

Imposible es disertar con fundamento sobre tal orden de causas, sin estudiarlas directamente en los adultos que no saben leer, pues nadie más autorizado que cada uno de ellos para explicar el porqué de su ignorancia, sobre todo cuando el motivo es singular ó reside en su propia persona. Por esto abrí hace unos meses una información entre los analfabetos y los que apenas tienen rudimentos de primeras letras, y anoté en hojas individuales las contestaciones al interrogatorio préviamente adoptado; pero aunque las hojas que hoy poseo pasan de 500, y son de 15 á 20 los datos inscriptos en la mayoría de ellas, considero este material insuficiente todavía para fundar en él la etiología del analfabetismo, y más aún para determinar el valor relativo de cada causa, por lo que me limitaré á consignar aquí las ideas que me ha sugerido el examen de mis notas, en lo relativo á las causas individuales, acerca de las que nada dicen ni pueden decir las estadísticas.

Son estas causas: la orfandad, las enfermedades, la incapacidad, el carácter y el olvido de las nociones adquiridas.

El cuidar de que los niños se instruyan suele estimarse entre las clases pobres como acto de abnegación y sacrificio, que ni aun los padres consideran siempre como un deber; así sucede que cuando los padres mueren y el huérfano es aceptado como una carga por sus parientes, ó es acogido por caridad en el seno de otra familia pobre, quede á menudo desatendida la enseñanza, por no sufragar los gastos que á veces ocasiona, por no retrasar la fecha en que el huérfano empiece á rendir utilidades, y hasta por la reflexión egoísta de que los beneficios de la instrucción, tardíos y muy personales, aprovechan más al educando que á sus protectores.



Puede presumirse, por lo tanto, que, en igualdad de las otras circunstancias, las clases más incultas que pueblan las cárceles, cuarteles y hospitales ofrecerán mayor proporción de analfabetos entre los que perdieron el padre, la madre, ó los dos, antes de los quince años, que entre los adultos que gozaron de la protección paterna hasta después de la edad escolar. Y en efecto, eso es lo que he observado en mi deficiente observación: de cada 100 huérfanos, más de la mitad (55) carecen por completo de instrucción primaria, y de cada 100 sujetos á quienes vivieron los padres hasta después de tener ellos 15 años, sólo hay menos de la mitad (46) que no sepan leer. Y lo mismo resulta examinando la proporción de huérfanos en dos grupos de las mismas condiciones sociales, pero con instrucción los individuos de un grupo y sin ella los del otro, pues entre 100 analfabetos hay 42 huérfanos, y entre 100 instruidos solo hay 24. El hecho presumido queda demostrado; la orfandad predispone á la ignorancia en la prole, y los huérfanos de familias pobres tienen 8 por 100 de probabilidades menos de instruirse que los no huérfanos. Tal diferencia no parece muy grande, considerando la situación aflictiva en que los hijos de corta edad quedan, si sus padres mueren y falta por completo el misero jornal que á todos sustentaba; pero adviértase que la pública beneficencia suele socorrer á los más desamparados, y que los hospicios alimentan y enseñan á bastantes huérfanos. El 7 por 100 de los que aparecen con instrucción elemental en mis apuntes, debieron quizás á su orfandad el haberse librado de la completa ignorancia.

Es curioso el hecho de que la falta del padre y de la madre, y la de sólo esta última durante la edad escolar, influyan poco sobre la cultura de los hijos, puesto que los que se instruyen de entre ellos son igual número y aun algo más numerosos que los que no se instruyen, mientras que si es el padre quien falta la proporción de analfabetos es doble que la de instruidos, pues de 39 huerfanos que interrogué sólo hubo 13 que supieron leer. Sin duda la protección y autoridad paternas son decisivas en materia de enseñanza de los hijos: si desaparecen, la miseria se impone, la autoridad materna no es tan respetada ni se emplea con tanta eficacia en

pro de la instrucción, y los niños abandonan la escuela y se entregan á la mendicidad ó á la vagancia, mientras que si es la madre quien falta, es más facil que haya quien la sustituya en el cuidado de la prole, esta permanece más disciplinada y obediente á las órdenes del padre y es más probable que su enseñanza se realice como si la madre viviera, y si faltan los dos progenitores, el desamparo es completo y los establecimientos benéficos lo remedian en bastantes casos.

Claro es que ciertas enfermedades, como la imbecilidad y la ceguera, aunque no sean completas, la sordo-mudez y las alteraciones graves de las formas ó de la nutrición imposibilitan la enseñanza ordinaria y producen un número irreductible de analfabetos; pero además se cuentan muchos casos en que una simple erupción cutánea, oftalmías prolongadas, defectos físicos ridículos ó vergonzosos, ó achaques de salud más frecuentes que graves fueron motivo para que pasara sin provecho la edad escolar y quedaran los sujetos irremediamente condenados por toda su vida á la ignorancia.

Aun entre los individuos sanos hay una extensa escala de capacidad desde los que apenas pudieron, tras largos esfuerzos, deletrear en la cartilla, hasta los que lograron en pocas semanas leer de corrido y entender claramente los conceptos. Es natural que los primeros se cansen pronto, viendo la inutilidad de sus esfuerzos y cobren repugnancia á la escuela, por el desairado papel que en ella hacen y acaso por los castigos que reciban, lo cual engendrará en la mayoría de los casos la desaplicación y la falta de asistencia á las aulas y dará por resultado, á poco que flaquee la voluntad paterna, el abandono definitivo de toda tentativa de enseñanza. Verdad es que hasta el más torpe puede y debe ser instruido al menos en el arte de leer y escribir, pero á costa de una enseñanza particular paciente y prolongada, que el maestro no puede dar sin perjuicio de los alumnos más capaces y que, en la familia, rara vez hay quien tenga aptitud y constancia para darla. Donde hasta los muchachos más listos apenas llegan á medio instruirse, es muy natural que los torpes queden en la ignorancia más completa. De cada 100 analfabetos interrogados hay por

lo menos ocho que atribuyen humildemente á su torpeza el no saber.

Suele decirse que los niños carecen de carácter propio y obran casi siempre por inducción ajena; pero en lo tocante á la frecuentación de las escuelas dan á menudo los muchachos de uno y otro sexo clara muestra de voluntad firme y decidida, sobre todo para no concurrir á las aulas. Una niña acogida en un asilo sufrió resignada fuertes castigos y se dedicó gustosa á las faenas más repugnantes y penosas del establecimiento antes que asistir á la escuela; un veterano inválido me ha referido que su padre llegó hasta á conducirlo atado ante el maestro, pero él fué siempre tan rebelde á la disciplina escolar que gozaba en infringirla y en sublevar á sus compañeros, y sólo más tarde comprendió su error, cuando por no saber leer no llegó á cabo del ejército, á pesar de sus 20 años de servicio y de sus campañas en África, Italia, Santo Domingo y las Provincias Vascongadas; un viejo valenciano refería que al ser golpeado una vez por el maestro juró no volver á la escuela y lo cumplió á costa de los vapuleos, mucho más severos, con que le castigó su padre, único de quien se resignaba á recibirlos; un 5 por 100 de los sujetos interrogados atribuyeron también su ignorancia á la dureza y malos tratos de los profesores, que les hicieron aborrecer la escuela, y otros 20 por 100 declararon sin rodeos que siempre tuvieron repugnancia y hasta verdadero horror al aprendizaje de las letras. Ciertamente los caracteres aviesos son reformables por la educación, y muchas veces la aversión á la escuela depende más del carácter del profesor que del de los niños, pero en definitiva, la hostilidad existe en muchos escolares y se manifiesta en desaplicación, faltas de asistencia y esterilidad de la enseñanza, causas eficaces todas para la persistencia y agravación del analfabetismo.

Hay por fin, otro motivo particular de no saber leer, tan importante ó más que los expuestos, y sobre el que no se ha fijado la atención de los pedagogos tanto como conviniera: es el olvidar lo que se supo y caer en lo que podríamos llamar analfabetismo secundario ó adquirido. Pudiera creerse que la lectura y aun la escritura son conquistas que jamás se pierden aunque no se practiquen, tal como lo es casi siempre el dominio

de la lengua materna, y, sin embargo, la observación más superficial demuestra lo contrario. Así como el adulto instruido olvida una lengua extraña que aprendiera, á poco que deje de cultivarla, y lo mismo que se olvidan rápidamente multitud de conocimientos que en algún tiempo nos parecieron perfecta y definitivamente dominados, así también son muchos los niños que abandonan la escuela pudiendo leer impresos con bastante soltura, pasan algunos meses sin leer absolutamente nada, encuentran luego dificultad para entender algún papel que por acaso caiga en sus manos, rechazan después toda tentativa para interpretar lo escrito por no vencer la dificultad, cada vez mayor, con que tropiezan, y acaban por quedar totalmente incapacitados para leer, aunque pongan en ello vivo empeño de momento. Esta génesis bastante común del analfabetismo adquirido se precipita cuando la lectura aprendida fué más bien fonética que ideológica, si el ejercicio de ella durante el aprendizaje fué muy corto y cesó en seguida por completo, y cuando faltan el apetito de saber y la ocasión ó la necesidad de practicar la lectura.

Llamo apetito de saber á la curiosidad natural de muchos niños pequeños por enterarse del cómo y del porqué de todas las cosas, curiosidad que más adelante se transforma en cierta avidez por aprender de todo y en afición decidida por la lectura. Los maestros distinguen bien los discípulos despiertos, preguntones, atentos á cualquier novedad y siempre dispuestos á emprender nuevas tareas intelectuales, de aquellos otros apáticos, silenciosos, cumplidores estrictos del deber é indiferentes á los estímulos nacidos de las materias mismas que cultivan. Ambos tipos de escolares aprovecharán quizás la enseñanza en igual grado y, activamente el uno, pasivamente el otro, llegarán los dos á los primeros puestos en la escuela; pero al salir de ella, poseyendo ambos el maravilloso instrumento de la lectura, será muy distinta la conducta de los de cada tipo, aunque todos se dediquen á las mismas faenas, las agrícolas, por ejemplo. Los que fueron antes entusiastas leerán por instinto cuanto papel se halle por azar ante sus ojos, se plantarán al salir de misa ante las puertas de la iglesia á leer los anuncios religiosos ó ante los edictos municipales por enterarse de

ellos, aunque nada le importen y, si disponen de algún libro, descansarán de sus rudas faenas recorriéndole y si se solicitan sus servicios para escribir una carta, los prestarán con gusto y si tienen algunos céntimos disponibles, los gastarán en romances ó en historias de guerreros, de bandidos ó de santos: estos son los que tienen vivo el apetito intelectual y casi nunca recaen en el analfabetismo secundario. Por el contrario, los del otro tipo, los de temperamento pasivo, serán excelentes trabajadores, pero no harán nada que esté fuera de su obligación y, no teniendo ya la de estudiar en sus libros de la escuela, ni siquiera la de leer ó escribir alguna vez que otra, prescindirán por completo de papeles, se sentirán aliviados de una carga al no tener que descifrarlos, encontrarán más cómodo oír leer noticias de interés que el leerlas por sí mismos y jamás se les ocurrirá entre tener sus ocios con lecturas, ni gastar sus cuartejos en romances: estos son los que, si circunstancias especiales no lo impiden, irán olvidando poco á poco todo lo que aprendieron y acabarán por ser nuevamente analfabetos. Para mí es indudable: el resultado ultraescolar de la enseñanza depende en primer término de la organización psicológica de los sujetos, y el arte del educador consiste en conocerla á tiempo, perfeccionarla, si es favorable y transformarla, en lo posible, cuando no lo sea.

En cuanto á las ocasiones y á la necesidad, es evidente que si el joven recién salido de la escuela se retira á lugar solitario y apartado, sin más trato que el de gentes ignorantes, sin correspondencia con nadie, sin impresos ni inscripciones que le recuerden alguna vez los signos del alfabeto, y sin esperanza ni deseo de cambiar de condición, pronto recaerá en la ignorancia más completa; mientras que si la suerte pone al joven en una ciudad donde, para orientarse, ha de leer los letreros de las calles, donde los carteles de espectáculos y los anuncios comerciales solicitan su atención á cada instante, donde el trato con gentes más instruidas mantiene vivo el deseo de conservar lo que supiera y aun de aumentarlo, y donde, por fin, la separación de la familia ó las exigencias del oficio, le obligan á ejercitar sus pobres conocimientos literarios, seguro es que no los olvidará del todo, por apático que fuera, ni volverá á su analfabetismo primitivo.

El deseo de saber se sobrepone, sin embargo, á las circunstancias desfavorables de la miseria y el aislamiento, si las ocupaciones manuales del sujeto no son tan rudas y continuadas que priven de libertad á su cerebro para pensar en algo que no sea, el trabajo incesante y las necesidades urgentes de la vida. Tal suele suceder con los pastores, por ejemplo. Recuerdo el caso de un muchacho, falto en sus montes de libros en que leer y hasta de gentes con quién hablar, pero sobrado de tiempo para discurrir, que entretenía el reposo que la vigilancia de sus ovejas le permitía, escribiendo, sobre trozos irregulares de pizarra hallados en la sierra, los rezos y las lecciones aprendidos en la iglesia y en la escuela; gracias á esto, cuando el pastor fué soldado pudo instruirse con rapidez y llegar á sargento, en cuyo grado lo conocí, sirviendo voluntariamente de maestro á los reclutas.

Se comprenderá toda la importancia del analfabetismo adquirido, reflexionando en que no todos los niños españoles son inscriptos en los registros escolares, ni todos los inscriptos asisten regularmente á las escuelas, ni todos los que asisten aprenden siquiera las primeras letras, y, para mayor desdicha, no todos los que aprenden y constituyen por lo tanto la cosecha de la cultura nacional, conservan lo aprendido, sino que, según mis informes, del 15 al 20 por 100 recaen en su ignorancia primitiva. Si mucho interesa en materias de enseñanza prodigar la simiente y cuidar de su arraigo, no importa menos asegurar el fruto, y bien justificado estaría el que, para salvar esa quinta parte de él que en cada generación se pierde, se abriera una información oficial completa y minuciosa sobre el analfabetismo adquirido y las medidas más convenientes para evitarlo y corregirlo.

No puedo yo suplirla con los escasos datos que poseo, y aunque no sería difícil extenderse, fundado en ellos, en consideraciones sobre la instrucción extraescolar de que el pueblo dispone, hacer el inventario del papel impreso que á sus manos llega, analizar sus gustos literarios, calcular lo que gasta espontáneamente en satisfacerlos y apuntar los medios de fomentar la lectura popular, no sólo para elevar el nivel intelectual del país, sino para salvar, por lo menos del analfabetismo secundario, á los muchos

sujetos que están en grave riesgo de sufrirlo por falta de lectura apropiada á sus circunstancias, todos comprendereis que tal programa excede con mucho los límites que impone la misión que ahora cumplo, y espero que no sólo me perdonaréis, sino que acaso me agradezcáis, el que lo suprima y el que deje truncado el estudio, al estilo médico, de la endemia española constituida por la ignorancia de las primeras letras, omitiendo los capítulos que en otro caso hubiera dedicado al pronóstico y al tratamiento del analfabetismo nacional.

Ya el Sr. Gómez Ocaña expone en su discurso luminosas ideas sobre estos puntos y, dada la predilección de nuestro nuevo é ilustrado compañero por todo lo relativo á la enseñanza, confiemos en que los hará tema de futuras y fecundas investigaciones, continuando así la serie de las fisiológicas con que ha dado vida á su laboratorio y gloria á la literatura científica española y alternando con los trabajos que traerá seguramente á esta Academia, feliz al darle otra vez la bienvenida y orgullosa hoy por recibirle en su seno.

